

**UNIVERSIDAD NACIONAL  
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
ESCUELA DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE  
MAESTRÍA PROFESIONAL EN TRADUCCIÓN (INGLÉS-ESPAÑOL)**

***NECROPHILIA VARIATIONS*: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS  
PARA LA TRADUCCIÓN DE LENGUAJE OFENSIVO Y TABÚ**

Traducción e Informe de Investigación  
Trabajo de investigación para aspirar al grado de  
*Magíster en Traducción Inglés-Español*

presentado por

**KARLA FONSECA CHAVES**  
Cédula No. 3 0483 0562

2018

**Nómina de participantes en la actividad final  
del Trabajo de Graduación**

***Necrophilia variations*: una propuesta de análisis para la  
traducción de lenguaje ofensivo y tabú**

presentado por la sustentante  
**Karla Tatiana Fonseca Chaves**  
el día  
20 de octubre del 2018

*Personal académico calificador:*

M. A. Sonia Rodríguez Salazar  
Profesora encargada  
Seminario de Traductología III

---

Dr. Francisco Javier Vargas Gómez  
Profesor tutor

---

M. A. Sonia Rodríguez Salazar  
Coordinadora  
Plan de Maestría en Traducción

---

Karla Fonseca Chaves  
Sustentante

---

## **Nota aclaratoria**

*La traducción que se presenta en este tomo se ha realizado para cumplir con el requisito curricular de obtener el grado académico de la Maestría en Traducción Inglés – Español, de la Universidad Nacional.*

*Ni la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, ni el traductor, tendrán ninguna responsabilidad en el uso posterior que de la versión traducida se haga, incluida su publicación.*

*Corresponderá a quien desee publicar esa versión gestionar ante las autoridades pertinentes la autorización para su uso y comercialización, sin perjuicio del derecho de propiedad intelectual del que es depositario el traductor. En cualquiera de los casos, todo uso que se haga del texto y de su traducción deberá atenerse a los alcances de la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, vigente en Costa Rica.*

A mi familia,  
por ser luz durante todos los días de mi vida.

## **Agradecimientos**

En primer lugar, a mi familia, que ha sido mi sostén y mi motivación. A lo largo de todo este proceso, cuando el camino era áspero y creía que era difícil continuar, fueron ellos quienes tuvieron las palabras exactas para que yo tuviera el valor de seguir persiguiendo mis sueños.

A mi madre, el ejemplo más grande de amor, luz y esperanza, por enseñarme a dar lo mejor de mí, ser valiente y a nunca darme por vencida. A mi padre, por enseñarme a ser fuerte, por apoyar y aplaudir cada uno de mis pasos. A mi hermano, por enseñarme a encontrar las risas incluso en los momentos inciertos y abrumadores.

A mi abuela, por su amor incondicional y a mis tíos por apoyarme como si fuese su propia hija desde el día en que nací. A mis amigos, quienes han celebrado mis logros a lo largo de los años y siempre me recuerdan el potencial que ven en mí.

Al profesor Francisco Vargas, por aceptar ser mi tutor en este proyecto, por brindarme su valioso tiempo, conocimiento e ingenio. Al profesor Allan Pineda, por guiarme y creer en mi proyecto desde el día que lo presenté por primera vez. A la profesora Sonia Rodríguez Salazar por toda su ayuda al final de este proceso.

Finalmente, a cada uno de los profesores que estuvieron involucrados en mi formación académica a lo largo de estos dos años.

Cada una de las personas que he mencionado es parte de lo que soy el día de hoy y me han dado las herramientas necesarias para salir al mundo a intentar hacerlo un lugar mejor.

## Resumen

El siguiente trabajo de graduación está compuesto por la traducción al español de una selección de cuentos del texto *Necrophilia Variations*<sup>1</sup> de Supervert y de un análisis posterior en el cual se aborda el estudio del lenguaje ofensivo y tabú. El objetivo central de este proyecto es brindar una propuesta para la traducción de este tipo de lenguaje en la que el traductor supere la barrera de la interdicción lingüística, y represente de forma fiel la carga semántica de los términos en lugar de atenuarla o censurarla. Este objetivo se cumplirá analizando la esfera comunicativa, pragmática y semiótica propuesta por Hatim y Mason.

**Palabras clave:** equivalencia dinámica, tabú, literatura, necrofilia, carga interdictiva, lenguaje ofensivo.

---

<sup>1</sup> Supervert. *Necrophilia Variations*. United States of America: Supervert 32C Inc, 2005.

## **Abstract**

This graduation project consists of the Spanish translation of a selection of stories from the text *Necrophilia Variations*<sup>2</sup> by Supervert and a subsequent analysis in which the study of offensive and taboo language is addressed. The main objective of this project is to provide a proposal for the translation of this type of language in which the translator overcomes the barrier of linguistic interdiction, and faithfully represents the semantic load of the terms instead of attenuating or censoring it. This objective will be accomplished by analyzing the communicative, pragmatic and semiotic sphere proposed by Hatim and Mason.

**Key words:** dynamic equivalence, taboo, literature, necrophilia, linguistic interdiction, offensive language.

---

<sup>2</sup> Supervert. *Necrophilia Variations*. United States of America: Supervert 32C Inc, 2005.

## Índice

### *Necrophilia Variations*: una propuesta de análisis para la traducción de lenguaje ofensivo y tabú

Nómina de participantes en la actividad final.....	ii
Nota aclaratoria.....	iii
Dedicatoria.....	iv
Agradecimientos.....	v
Resumen.....	vi
Abstract.....	vii
La traducción.....	1
El informe de investigación.....	60
Introducción.....	61
Capítulo 1. Estado de la cuestión.....	64
Capítulo 2. Presencia de términos ofensivos y tabú en <i>Necrophilia Variations</i> .....	74
2.1. El tabú religioso.....	76
2.2. El tabú sexual.....	79
2.3. El tabú escatológico.....	82
Capítulo 3. Marco teórico-referencial.....	85
3.1. El lenguaje tabú.....	85
3.2. El tabú mágico-religioso.....	86
3.3. El tabú sexual.....	87
3.4. El tabú escatológico.....	87
3.5 La aproximación teórica.....	88
Capítulo 4. Marco metodológico.....	91
Capítulo 5. Análisis y traducción de términos.....	93

<b>Conclusiones</b> .....	107
7.1 Sobre la traducción del lenguaje ofensivo y tabú.....	107
7.2 Sobre la efectividad y limitaciones del enfoque traductológico.....	108
7.3 Sobre las ventajas y limitaciones metodológicas.....	109
7.4 Sobre trabajos previos y en análisis realizado.....	110
<b>Recomendaciones</b> .....	111
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	113
<b>Bibliografía de consulta</b> .....	115
<b>Anexos</b> .....	117

## **Traducción**

## Variaciones Necrofílicas

Uno de los privilegios considerables del arte es que lo aterrador puede transformarse, a través de la expresión ingeniosa, en belleza — Charles Baudelaire

### **Deseos repulsivos**

La belleza está en el ojo del espectador. El amor es ciego. La diosa de un hombre es la musaraña de otro. Todo el mundo tiene un atractivo sexual para alguien, de lo contrario muchos de nosotros no estaríamos aquí... ¡Trivialidades! La belleza es relativa, decís, pero tal vez deberías ser cauteloso. Quizá no has pensado realmente en las consecuencias de tus palabras. La belleza es relativa ¿verdad? ¿Te das cuenta de que esa idea, si es cierta, es un verdadero abismo? La belleza es relativa ¿Pero podría ser tan relativa que algunos de nosotros nos hundamos hasta el fondo y una fealdad nos parezca total y absolutamente atractiva?

Lo que te voy a contar es la reversión sistemática de mi libido, o más bien lo que aprendí como resultado de esta reversión. No intentés este experimento en casa.

Como cualquier otra persona, yo naturalmente deseaba la belleza, hermosura, encanto y atractivo hecho carne. Viví en una cultura inculpada por su adoración superficial a supermodelos, reinas de belleza, actrices, chicas de portada, y me gustó. Pensé que establecía un estándar de hermosura que todo el mundo debía cumplir. En los anuncios más mundanos de lápiz labial y sombra de ojos, con

sus fondos blancos puros y cuadros exactos de tonos exóticos, vi un valor moral, una lección, una incitación para esforzarme a alcanzar la excelencia y la perfección. El mundo superficial de las apariencias, pensé, era el producto de un mundo subterráneo de esfuerzo e impulso. La belleza era relativa, no sólo para la persona que la contempló, sino para quien la produjo también.

En consecuencia, me enorgullecía de mi apariencia. Me mantenía en forma. Asistía al gimnasio. Nadaba, sobre todo, porque me parecía más atractivo ser ágil que musculoso como un levantador de pesas. Visitaba de forma regular al nutricionista, al peluquero y a una masajista. Me vestía de una manera en la que lucía a la moda, pero al mismo tiempo clásico. Evité modas y ropa casual en favor del buen vestir, en su lugar me incliné por trajes bastante caros. Lo reconozco, yo era, más que elegante, un hombre de ciudad, un completo canalla.

Tenía una fascinación por las mujeres. No había necesidad de llamar a la belleza «relativa» en presencia de mis amigas. Cualquier hombre habría estado de acuerdo, babeando, con que mis mujeres eran encantadoras. Pero déjenme contarles un pequeño secreto. ¿El hombre que se casa con la mujer más hermosa del mundo? Se aburre de ella. A-b-u-r-r-i-d-o, aburrido. La engaña con putas drogadictas. Va tras sus espaldas con transexuales pre operados. ¿Por qué? Es como dijo un famoso cantante. En su noche de bodas en Las Vegas, le pidió a uno de sus encargados que le contratara una prostituta. Este estaba asombrado.

—Una prostituta? Pero ¿por qué? ¡Es tu noche de bodas! ¡Tenés una de las mujeres más hermosas del mundo esperándote arriba!

El cantante lo miró. —Sí —dijo—, pero ella es mi esposa.

¿Lo entendés? En algún momento se establece la Ley del Placer Decreciente. Salís con una actriz y luego querés una modelo. Salís con una modelo, y luego querés una supermodelo. Vas con una supermodelo, ¿y qué querés entonces? ¿Una superdupermodelo? ¡Mala suerte! Cuando estás íntimamente involucrado con la mujer más hermosa del mundo, no hay ningún lugar donde ir más que abajo, abajo, abajo-abajo en el abismo de las bellezas relativas. Primero pasás de una supermodelo a una modelo o tal vez a una mera reina de la pantalla. Luego de ahí te hundís y te seguís hundiendo: una porrista. Una peluquera. Una camarera. Una trabajadora de construcción.

¿Pero dónde está el fondo?

En el momento en que me cansé de la obrera de construcción, con su cuerpo que se asemejaba a un Bull Terrier, había empezado a entender algo muy fundamental sobre la libido: cuando tratás de superarte a ti mismo, la Ley del Placer Decreciente se ejerce a sí misma, querés más, mejor, pronto. Y aun así estás agotado, aburrido, debilitado, sin fe. Por el contrario, cuando se juega la Ley del Placer Decreciente al revés, cuando dejás de tratar de superar el último empujón y voluntariamente das la vuelta para descender a través de las profundidades de las emociones inferiores, algo muy sorprendente sucede. Escuchame. Te sentís más fuerte, mejor, más duro. ¡Imaginate! La libido es un músculo: se hace más fuerte con la exposición repetida a la resistencia. ¿Y qué es, para la libido, la resistencia? Fealdad.

Mis amigos estaban sin duda sorprendidos de ver que, después de la obrera de construcción, pasé a una mujer gorda y me refiero a una realmente gorda. Me vieron con mi cuerpo delgado de maratonista y se preguntaron qué era lo que admiraba en esta corpulenta amante con los calzones talla grande. Vos, sin duda, ahora sabés, podés ver claramente qué era lo que con dificultad podían suponer. Mi obesa odalisca era un instructor para mi libido. Ella me hizo levantar la barra del asco y correr la caminadora de la repulsión. Ella me hizo sudar el esteticismo limitado y lo hizo más resistente para los encuentros eróticos con una gama de deseos repulsivos cada vez mayor.

El siguiente era un hombre deforme, un amputado y después de él, un perro. En la bestialidad me sentí como si me hubiera acercado al peldaño inferior en la escalera de las bellezas relativas. Estaba preparado para dar un paso final, abajo, hacia un reino tan lejano de la sensibilidad humana normal que, a diferencia del adulterio, la homosexualidad y la bestialidad, ni siquiera estaba prohibido en la Biblia. ¿Quién habría pensado en prohibir un acto, una perversión que ya parecía tan inherentemente repelente? Incluso para mí siguió siendo repulsivo y, sin embargo, eso era precisamente lo que yo buscaba: algo cada vez más potente para proporcionar resistencia a mi libido.

No podría ser algo que evocara una vida normal. Tenía que ser algo distinto, sin el pretexto o el gesto del compromiso hacia las predilecciones naturales de la libido masculina. No podría ser un mero simulacro de la Bella Durmiente, Julieta en su tumba con el rubor de la juventud todavía enmascarando los efectos de un

veneno letal. Necesitaba algo enfermizo. Algo no sólo muerto, sino que estuviera tan muerto que no pudiera confundírsele con cualquier otra cosa.

¿Y sabés lo que descubrí? Rigor mortis, palidez, putrefacción; estas también pueden ser fuentes de exquisita sensación. La carne que está, digamos, madura, puede proporcionar un abrazo suave y ceñido, incluso en lugares donde antes no había orificio. Y los gusanos, por muy espantosos que parezcan al principio, y reconozco que son espantosos, los gusanos, cuando se arrastran o se corretean por tu órgano de placer, envían deliciosas cosquillas a través de tu sistema nervioso, como pequeños dedos o un vibrador.

¿Entonces qué sigue? La necrofilia es donde la relatividad de la belleza se topa con un límite: la muerte. ¿Qué podría ser más feo? No podés ir más abajo, más lejos de las sensibilidades humanas innatas. A partir de ahí, sólo se puede dar la vuelta y comenzar a subir el camino de regreso a la cadena alimenticia de la belleza; pero escuchá, una vez que has estado allí, una vez que has tocado fondo en el abismo, estarás condenado para siempre a ver belleza a través de los lentes de la fealdad. El resto de tu vida te será imposible ver el clítoris de la mujer más hermosa del mundo sin sentirte asombrado de lo mucho que se asemeja a un gusano en su cadáver.

**Cruel  
e  
inusual**

Yo era feliz cuando tenía mi propio cubículo. Pero entonces mi compañía se expandió y decidió meter otra computadora, o peor, otra persona, en mi espacio. Janice, mi nueva colega, se esforzó mucho por ser amigable.

—Entonces, ¿dónde almorzamos? —me preguntó, sin duda esperando que la acompañara al elegante bar de sushi de la empresa.

Ella se puso de pie detrás de mí y pude ver su reflejo en el monitor de la computadora delante de mí. La hoja de cálculo en la pantalla cortó su cuerpo en pequeñas celdas numeradas. Si la desmembraras y pusieras las partes en una caja, podrías enviarla por correo a algún lugar con la hoja de cálculo y podrían usar los números para volver a montarla.

—Yo como en mi escritorio, le respondí.

—Oh. —Se inclinó un poco y comenzó a sacar el bolso de su hombro.

—Todo el mundo va al bistró que está cruzando la calle, le dije, con miedo de que se quedara. Pedí papas fritas.

Ella se fue y yo saqué la última copia de la alternativa local de revista semanal que estaba en la parte superior de mi archivo. Hojeé los anuncios en la parte de atrás y luego hice una llamada furtiva. Una voz con acento respondió.

—¿Podés decirme cuáles son tus tarifas? —pregunté.

—200 por hora; 150 por media.

—¿Y dónde queda?

La voz me dio una dirección y colgué. Llamé a otros números y repetí las mismas preguntas. No estaba buscando el mejor precio, más bien el peor acento. Prefería chicas que no hablaran bien español. De esa manera no había posibilidad de conversar.

Cuando Janice regresó, me trajo una taza de café.

—Yo no sabía cómo lo tomás, así que lo pedí negro, traje crema y azúcar.

—Yo no tomo café —mentí.

—Oh, es una pena. Cogió un gancho de la parte superior del archivo, evidentemente con la intención de hablar. Sin cuidado se había sentado justo sobre la revista semanal que, sin duda, había manchado la parte posterior de su falda con tinta. Podía imaginar el papel de periódico en su culo, las letras negras borrosas que parecían haber sido marcadas en la carne. Si pudieras a marcar a una persona como una vaca, me preguntaba, ¿qué palabras elegirías?

Janice se inclinó delante del monitor de mi computadora para ver una foto que había colgado en la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó, tratando de entablar conversación.

—Ruth Snyder.

—Parece que están electrocutando.

—De hecho, la están electrocutando.

—Espeluznante —se estremeció.

—Esa es una de las fotografías más famosas de la historia del periodismo. Ruth Snyder fue encontrada culpable de asesinato en un juicio sensacionalista en la década de 1920. Cuando fue condenada a morir en la silla eléctrica, más de 1500 personas pidieron presenciarlo.

—Qué horror... ¿Te interesa el fotoperiodismo?

—No —le dije— me interesan las ejecuciones.

Después del trabajo me fui a mi cita. Todavía estaba tratando de decidir qué palabras marcar en el culo de Janice. ¿O preferiría un símbolo? ¿Un eslogan? ¿Una línea de poesía? De repente me imaginaba fotografías sexuales de identificación policial: en lugar de delincuentes que sostenían carteles con números debajo de sus caras, imaginé que les marcaban los culos con expedientes y números de casos, pechos con identificaciones quemadas en ellos. Pude ver un cartel de «se busca» mostrando un pene tatuado con un código de barras. Podía ver a los empleados de la corte masturbándose con fotografías de genitales criminales.

Finalmente llegué a mi destino, un edificio justo en las afueras de Midtown. Había un restaurante chino en la planta baja. El olor era repugnante. Toqué el timbre, casi atragantándome por el olor a glutamato monosódico, y subí las gradas hasta el segundo piso. Una puerta se abrió y entré en un apartamento en maltrecho. La luz era tenue. Un televisor parpadeó. Había una chica sentada en el piso comiendo fideos en un tazón. Otra me agrarró de la mano y me guió a un cuarto. Extendió una toalla gastada sobre la cama y le dio unas palmaditas. Me quitó la

ropa y me acosté. Me envolvió con la boca y cuando se detuvo ya estaba usando un condón. Tomó una botella de aceite para bebé de la mesita de noche y estaba a punto de salpicarlo en sí misma cuando la detuve.

—¿Qué? ¿No quelel cogel?

—Todavía no, tan rápido no. —Hablé con ella con la exagerada simplicidad que usás con los extranjeros. —Despacio, ¿ok? Lento.

La puse sobre mí. Podía oler su aliento cerca de mi cara; los olores a comida. Me preguntaba si sus dientes estaban limpios. Cuando me puso el condón con la boca, ¿me habría dejado saliva de chop suey? ¿Olería ahora mi pene a pollo? Podía sentirme perdiendo el interés. Intenté imaginar una máquina de escribir anticuada, un teclado atado a las puntas grandes del metal con las letras grabadas en las extremidades. Podrías calentar las letras en un fuego, las letras, candentes rojas, que marcarían palabras en un cuerpo cuando escribís en el teclado.

—¿Tenés lápiz labial? —pregunté.

—¿Lipstick?

—Sí, lápiz labial. —Hice un puchero y rodeé mi boca con un labial imaginario.

—Dal buena plopina —advirtió ella. Se levantó de la cama y sacó un labial del bolso. Empezó a ponérselo.

—No —le dije— dámelo.

—¿No quelel lipstick?

—Dámelo. Extendí la mano.

Se encogió de hombros y me lo dio. Se acostó de nuevo. La volví boca abajo y balanceé la punta del lápiz labial sobre su pequeña espalda. Escribí «Muñeca china, descansa en paz» en dos filas a través de su piel, efectivamente transformando su espalda en una lápida. Podía imaginar un cementerio entero en el que las lápidas eran las espaldas de mujeres desnudas. Se sentaban con las piernas cruzadas sobre el zacate, en la parte superior de las tumbas, y los nombres de los muertos se verían marcados en sus espaldas. Las flores crecerían entre sus piernas y las regarían con orina y lágrimas.

Cambiamos de posición y me rodeó con sus rodillas, una a cada lado de mi cabeza. La chupé con el ritmo constante de un sepulturero. Comencé a masturbarme, preguntándome cómo quería terminar. Luego se bajó, sujetó firme mi pene y lo guió hacia su vagina.

—No. —Me senté bruscamente. —Así no.

—¿Qué? ¿No que le cogel?

—No —sin coger.

—¿Tene enfermedad? —Soltó mi pene con asco.

—No, no estoy enfermo. Solo no quiero que pegués algo.

Parecía insultada. Murmuró algo que no entendí.

—¿Gato miedoso? —repetió.

—No, no soy un gato miedoso. Solo no quiero contagiarme de nada... Es por tu seguridad también.

Pero todavía parecía insultada, casi enojada.

—¿Qué hacel con una chica afuela? —hizo gestos con la cabeza hacia la puerta— ¿No cogel?

—Sí, sí cojo, le dije, inútilmente.

— ¿Entonces pol qué no cogelme? ¿Gato miedoso?

—No, no soy un gato miedoso. Es solo que una chica afuera probablemente no ha tenido tantos hombres como... No supe cómo terminar la frase. No tantos hombres como vos.

—¿Vos sos prostituta?

—Sí. Con una risa desdeñosa me sugirió que yo era estúpido e ingenuo. Era como si hubiera dicho: ¿cleés que todas las chicas son vílgenes? Qué tonto...

—¿Entonces qué quelel, gato miedoso? Ahora estaba burlándose abiertamente de mí. ¿Quelel que te la chupe? ¿O tenel miedo, gato miedoso? Mostró los dientes y sonrió.

Francamente, ya no sabía lo que quería. No quería esto, no quería que una prostituta se burlara de mí. Me sentí humillado, pero también indignado, tentado a repetir el viejo adagio que dice «El cliente siempre tiene razón». Al mismo tiempo sentí la necesidad de probarme a mí mismo, cogérmela duro, convencerla de que no era un gato miedoso y destruir su vagina con mi pelvis. Sin embargo, eso no era realmente lo que quería. En realidad quería que se acostara inmóvil en la cama, boca abajo, mientras me masturbaba en su epitafio. Pero no podía hacer eso ahora,

no podía engañarme pensando que ella era algo que en realidad no era, no cuando estaba obviamente tan... viva. Así que le pagué, a regañadientes, pero pensando que era mejor perder el dinero que correr el riesgo de ser golpeado por un proxeneta de la mafia china. Cuando salí a la calle su voz todavía hacía eco en mi cabeza:

—¿No cogel? ¿Tú gato miedoso?

Sabía que no hubiera querido una chica que hablara español. En el camino a casa paré en un diminuto puesto de falafel. Un ventilador sopló el calor de la estufa hacia la zona de las mesas. No había otros clientes y el tipo solitario que dirigía el puesto se sentó en una mesa a ver un canal de noticias árabes en un viejo televisor. Vi las letras exóticas desplazarse; titulares, citas, subtítulos, y pensé en lápidas hechas de televisores. Los epitafios serían emitidos por la red funeraria y cada pocos minutos los epitafios serían interrumpidos por un anuncio: «Esta lápida es auspiciada por los creadores de...». Llegaría el día en que los patrocinadores corporativos pagarían por nuestros entierros con el fin de comercializar la crema de hemorroides entre nuestras familias afligidas.

Después de comer sentí una necesidad abrumadora de lavarme las manos y me apresuré para llegar a casa. Al recoger el correo, encontré tres cartas, una de una cárcel en California, otra de una en Alabama y una tercera de una en Texas. Por lo general, recibo dos o tres cartas al día de varias instituciones correccionales. Las puse en la mesa de la cocina y me lavé las manos con jabón para platos. Luego me senté y abrí la primera. Era de María. Era tan apasionada. Habló de Dios, del amor eterno y de estar juntos en el cielo. Luego abrí la segunda carta. Era de Linda. Linda escribió que me extrañaba y quería saber cuándo iba a visitarla de nuevo.

Entonces abrí la tercera carta. Era de Christa. Christa expresó todas las clases de inseguridad en sí misma. Me amaba, pero no entendía cómo podía amarla, después de lo que había hecho. Se sentía como una mala persona, y no tenía sentido que un buen tipo como yo cuidara de ella.

Este derroche de amor y afecto me hizo sentir mucho mejor. Pensé en la prostituta china con desprecio. ¿Alguien le escribiría para decirle cuánto la amaba? Probablemente no. Era solo un trapo viejo. Los hombres se limpiaban el semen en ella y la tiraban a la basura. Tomé un cuaderno rayado y un marcador negro de un cajón y me senté a escribir. «Querida María», comencé. Jesús es nuestro cupido. Cuando nuestro amor está en Dios y Dios está en nuestro amor, nada puede interponerse en el camino. ¿Qué son las celdas de la cárcel y los guardias de la prisión frente a la voluntad del Señor? ¡Nada! Si Dios pudo abrir el mar rojo, puede unir a dos que se aman con una pasión como la nuestra. Vos escribís sobre estar juntos en el cielo, pero sé un día te absolverán, y entonces nuestro cielo estará aquí en esta tierra».

La firmé y comencé la siguiente carta. «Querida Linda, escribí. Pienso todo el tiempo en vos. Cuento los segundos hasta que pueda volver a verte. Te necesito, te quiero, y sé que un día, cuando seas absuelta, serás mía, toda mía y solo mía. Te amo e iré a visitarte en la primera oportunidad que se me presente. Es solo que Alabama está tan lejos, y solo tengo una semana de vacaciones...».

Sonó el teléfono. Se activó el contestador y pude oír la voz de mi madre a través del parlante. «¿Estás ahí, querido? Contesta. Contesta. ¿Estás ahí?» Supongo que no estás ahí. Llámame cuando llegues a casa».

Me acordé de la última vez que visité a Linda. Tuvimos una especie de sexo telefónico dentro de la cabina sin contacto en su cárcel de máxima seguridad. Sentado frente a ella, emitiendo dulces susurros en el intercomunicador, presionando las manos juntas contra el divisor de plexiglás, yo había pensado en espectáculos eróticos en cabinas similares. En ambos lugares tuve la libertad de irme mientras las niñas estaban confinadas en sus pequeñas cabinas despejadas. Tendía a hacerme pensar en los reclusos como bailarines exóticos haciendo un espectáculo de crimen y castigo, va va voom en el corredor de la muerte.

Terminé la carta de Linda y comencé con Christa. «Querida, escribí. Me preguntas cómo hago para amarte. ¿Cómo podría no hacerlo? Solo porque una vez hiciste algo malo no significa que seás una mala persona. Cuando miro tu foto, veo tus hermosos ojos ¡la ventana del alma! y sé que sos buena. Veo tu sonrisa y sé que sos amable. Te veo, como mujer, y sé que sos mía. Un día serás absuelta, lo sé, y entonces seremos libres para vivir y amarnos en paz y armonía. ¡Lo sé! Te amo».

Me quité la ropa, entré en el dormitorio y me acosté. En Texas, Christa probablemente moriría por inyección letal. En Alabama, habían utilizado recientemente la silla eléctrica con una mujer, pero yo no estaba seguro si todavía lo harían para cuando las apelaciones de Linda fallaran. Hubiera preferido que muriera en la silla eléctrica, como Ruth Snyder. Pude imaginarla rebotando en la silla como una estríper dándole a un hombre un baile erótico, pero no era probable que ocurriera. La silla eléctrica está claramente correrá el mismo destino que la guillotina, el escuadrón de fusilamiento, y la cámara de gas. La inyección letal era

la pena capital del momento. Probablemente también la usarían con María en California.

Por la mañana, me levanté y recogí los pañuelos desechables que había tirado al suelo. El semen se había secado en ellos durante la noche, por lo que estaban crujientes como un croissant rancio. Los tiré por el inodoro, viéndolos desaparecer como tiopental sódico en las venas de mi amada y luego me di una ducha caliente. En el estrecho compartimiento imaginé lo que sería hacer el amor en una cámara de gas.

En el metro, tomé café negro y traté de leer los titulares de los periódicos de otras personas. Fue asombroso el número de idiomas diferentes que había: periódicos españoles, periódicos coreanos, periódicos ídish. Pero no necesitaba leer los titulares para saber lo que decían, porque todos tenían las mismas fotos y las caras de las fotos pertenecían a personas muriendo, muertas o acusadas de asesinato.

Finalmente llegué al consultorio de mi terapeuta. La recepcionista me abrió la puerta y me acomodó en una cómoda silla frente al escritorio del médico. Después de un momento entró por una puerta lateral. Parecía que acababa de llegar del gimnasio: su cabello era liso, su piel brillaba, su ropa aseada y limpia sobre su compacta y atlética figura. Me lo imaginé señalando el suelo y ordenándome que le hiciera 50 flexiones. Pero en vez de eso, sonrió y me dio la mano como si fuera un viejo amigo que no había visto desde la escuela de medicina.

—¿Así que, qué tiene en la cabeza hoy? —preguntó.

Miré al suelo.

—Bueno —murmuré— si no le importa que se lo diga, me gustaría que no me sacuda la mano así cada vez que lo veo.

—¿Por qué no?

Realmente era porque me afligió un impulso insoportable de lavármelas. Durante toda la sesión, ya me imaginaba en el baño del trabajo lavándome la mano. Usted no es mi mejor amigo, —dije— cuando me da la mano así, parece muy falso.

—No es falso —insistió el doctor—. Me alegra verlo. De verdad me interesa saber cómo se siente. Un apretón de manos es una expresión de mi estima por usted como un cliente y como persona.

—Tal vez —admití—. Pero, ¿por qué habría de importarle yo como persona? Solo nos reunimos porque mi seguro lo paga.

—¿Entonces usted cree que soy un proveedor de salud mental o una prostituta de salud mental? —se rió.

—Si tuviera que elegir...

Se inclinó hacia adelante en su silla y juntó las manos sobre su escritorio.

—Esto no es realmente de lo que quiere hablar, ¿verdad? ¿Esto es realmente sobre otra cosa?

No dije nada. Me miró un minuto, esperando a que comenzara el diálogo. Finalmente se acomodó el cuello y miró por la ventana.

—Está caliente afuera —dijo.

—Supongo.

— ¿Aún sigue manteniendo correspondencia con aquellas? —titubeó—.  
¿Cómo debo llamarlas; mujeres o convictos?

—Sí —le dije.

—¿Cuántas?

—Nueve o diez.

—¿Todas condenadas a muerte?

—Sí.

—¿Ha pensado en el hecho de que estas mujeres son vulnerables? ¿Es justo que les dé esperanzas o juegue con sus emociones?

—Son asesinas.

—¿Eso justifica aprovecharse de ellas?

Miré al suelo. —No lo sé.

—¿Y qué pasa con usted? ¿Por qué no va y se consigue una novia normal?

—¿Qué es normal?

—Normal, me refiero a alguien que no esté en la cárcel, sin condena de muerte.

—¿Pero no estamos todos condenados a morir?

—En cierto sentido, sí. Pero no puede dejar que eso interfiera con la vida y el vivir. Las probabilidades apuntan a que usted tiene muchos años por vivir.

—Así ha sido. Puede tomar años hasta que se queden sin apelaciones.

—Puede ser, admitió. Pero aun así, estas mujeres son incapaces de mantener una relación normal. No pueden ir al cine, no puede llevarlas a cenar, no puede llevarlas a casa ni a la cama.

—Tendría los derechos de visita casándome en su momento. Cuando una sea ejecutada, me caso con otra.

—Pero es —parecía tentado a decir enfermo, pero se detuvo—. Es frustrante, ¿no?

—En realidad no. Me gusta de esta manera. No tengo que verlas o hablar con ellas más de lo que quiero.

—¿Le da miedo la gente?

—¿Qué me quiere decir?

Alzó un poco la voz, y me dio la clara impresión de que podría ordenarme que hiciera un centenar de flexiones.

—Quiero decir —dijo, de pie— ¿a qué le tiene miedo?

—¿Miedo?

—¿Le da miedo la gente?

—¿Cree usted que soy una especie de gato asustado?

—¿Lo es?

—El experto es usted doctor. ¿Es ese su diagnóstico, síndrome del gato asustado?

Se acercó a la ventana y miró por encima del parqueo. Era fácil ver que estaba exasperado. Apretó las manos detrás de su espalda. En su mente, probablemente estaba cancelando un servicio o clavando una volea. Creo que estaba molesto conmigo, como si yo fuera uno de sus socios de dobles que se negó a tomar el juego en serio.

Se volteó y me miró.

—¿Qué es exactamente lo que espera conseguir de estas sesiones?

—Realmente no tengo un objetivo —le dije.

—Entonces, ¿por qué viene?

—Para hablar.

—¿No tiene amigos?

—Prefiero pagar por ello.

—¿Por qué así?

Pensé en la prostituta.

—No lo sé —le dije.

—¿Es porque le da control? ¿Es por eso que le gustan esas mujeres condenadas a muerte? ¿Porque le da control?

—No lo sé —le dije.

—Bueno, si le pidiera que pensara en eso, ¿qué diría?

—No lo sé. Tendría que pensarlo.

Suspiró y miró su reloj. Cogió mi expediente de su escritorio, sacó una pluma de su bolsillo y escribió una nota.

—Durante nuestra próxima reunión, debemos tratar de establecer un objetivo más amplio para estas sesiones.

—Ok, voy a pensarlo —mentí.

Cerró mi expediente.

—Como sé que le molesta —dijo mirándome cuando me levanté para salir— no le ofrezco la mano.

**Fragmento  
de  
una  
carta  
de  
amor**

Era lluvia de marzo, una lluvia fría, una lluvia fría por el invierno y que el verano aún no calentaba. No era refrescante ni vigorizante, como pueden ser algunas lluvias. Tenía algo aterrador. Las nubes servían de escondite a los ángeles malévolos que disparaban sus ametralladoras desde del cielo. Las gotas de lluvia parecían ser de hielo. No querrías que una te cayera en un ojo. Te atravesaría el cerebro y te mataría. Era esa clase de lluvia. Homicida.

Te abrí la puerta del carro y entraste. Conectaste tu celular en el encendedor. Te miraste en el espejo retrovisor y te pintaste los labios. Pensé que te irías. Habíamos peleado. Toqué la ventana. Abriste. Metí la cabeza. Pudiste subir la ventana y decapitarme. Pudiste aplastarme la cabeza con el marco de la ventana y acelerar. Pudiste arrastrarme por la calle hasta arrancarme la cabeza del cuerpo; sin embargo, no lo hiciste. Me besaste y te fuiste.

Te observé irte. Me alegro de que tuviéramos un gesto de reconciliación antes de que te fueras. Me preocupaba que la lluvia se convirtiera en hielo negro. El carro podría deslizarse en algún trozo de hielo negro y chocar contra una calzada. Tu cabeza se estrellaría contra el parabrisas. Una camioneta a gran velocidad sería incapaz de detenerse y te chocaría por detrás. La fuerza del impacto te lanzaría a cien metros del vehículo. Aterrizarías en medio del tráfico en el carril contrario. Un

camión verde repartidor de agua Perrier te aplastaría. Chocaría y el agua carbonatada esparciría tu sangre por toda la carretera. La noche llegaría, la lluvia se detendría, y se congelaría. Se formarían nuevas capas de hielo al otro lado de la carretera, de hielo hecho con tu sangre.

Nunca te amé más que en ese momento en que te fuiste y me dejaste parado en medio de aquella lluvia homicida. Había algo en la posibilidad de tu muerte que avivó mis sentimientos por vos. No quería que te murieras. Es solo que la idea de no volver a verte jamás, el solo pensar que estarías tendida allí en el pavimento mojado, murmurando mi nombre por última vez, agitó mi amor, lo estimuló, lo hizo más agudo y conmovedor. Me di cuenta, cuando caminaba de vuelta a casa, que me llamarías desde tu celular en diez minutos. Me di cuenta de que no morirías. Sin embargo, también comprendí que la posibilidad de tu muerte, esa minúscula y totalmente improbable posibilidad, disparó mi amor de una manera en la que tu presencia nunca podría hacerlo. Viva entre mis brazos eras fuente de felicidad, pero también de frustración y resentimiento. Es natural. Pero muerta y en mis sueños, eras fuente de dolor y por lo tanto el amor, me vi obligado a concluir, era más pleno bajo tal condición que en la realidad de la rutina diaria.

El cliché dice que el amor debería ser para siempre. Pero la eternidad es precisamente lo que aplasta y destruye el amor. Si la intimidad engendra desprecio, solo imaginate cuán íntimo podés volverte con una persona después de mil o un millón de años. Dios no permita que vayamos al cielo los dos. Su eternidad nos haría odiarnos. Sería mejor que vos estuvieras en el cielo y yo en el infierno. Nos anhelaríamos el uno al otro, soñaríamos el uno con el otro, nos idealizaríamos el uno

al otro. Vos te revelarías contra Dios, ya que él te impide consumir tu amor. Yo enviaría señales de humo desde mi pozo de azufre, te enviaría cartas de amor con olor a azufre que te harían ahogarte. Tal vez incluso podríamos escaparnos al purgatorio para un encuentro ilícito. Serías un ángel y yo un demonio, con cuernos y pezuñas como una cabra, pero eso no restaría nada a nuestra apasionada reunión. Tu halo dorado temblaría mientras cogemos. Te cogería por detrás y las plumas de tus alas me harían cosquillas en el hocico.

¿No suena romántico? Ese es el punto. Cuando estamos juntos, el amor es atacado por todos lados por pequeñas imperfecciones. Huelo. Eructo. Me tiro pedos. Cago. ¿Cómo es posible que sintás romanticismo por mí? Y vos, vos no sos un ángel. Llorás, meás y gemís. Te quejás y te jodés. Me hacés desear a veces volverme sordo. Cuando hablás, fantaseo con meterme agujas para tejer en los oídos hasta perforarme los tímpanos. Y si de verdad lo hiciera, me quedaría allí con sangre saliéndome de las orejas y bajándome hasta el cuello, y vos probablemente dejarías de quejarte. Todas las pequeñas imperfecciones desaparecerían ante un enorme oleaje de amor y preocupación. Correrías hacia mí, me confortarías, me abrazarías y desearías que no muriese desangrado. La violencia, en definitiva, agudizaría tus sentimientos, así como lo hace con los míos.

Pero esta es una ecuación precaria, una fórmula de mierda, una receta para un desastre indudable. Si la muerte, o la perspectiva de ella, mejoran el amor ¿dónde trazás la línea? Por ejemplo, ¿es aceptable, es psicológicamente saludable, fantasear con la muerte de la mujer que amás precisamente para amarla mejor? Hay algo profundamente retorcido en imaginar tu muerte en un accidente

automovilístico solo decirte la palabra de cinco letras. Sin embargo, supongamos que es aceptable fantasear con que te estrellés contra un pilar de concreto, ya que una fantasía es solo una fantasía. ¿También estaría bien fantasear sobre matarte? ¿Debés morir solo en accidentes? ¿Por qué no puedo soñar con apuñalarte para amarte más? ¿Importa lo que te pase en mi vida de ensueño si en la realidad soy un novio ejemplar? ¿Un marido más sensible? ¿Un amante más amoroso? ¿Y qué pasa si la fantasía se acerca a la realidad?

Vamos manejando por la autopista. Voy detrás del volante manejando demasiado rápido. Me desvíó dentro y fuera del carril de adelantamiento. Juego a la gallina con los demás carros. Te aferrás al asiento. Tus nudillos son blancos, como huesos. Choco contra un taxi y bajo la velocidad, riendo. «¿Qué te pasa?», gritás. Te miro con ojos como lunas llenas. Solo lo hago porque creo que es romántico. La muerte me hace amarte. Creo que la muerte hace que vos también me amés. Te lo explicaré todo y lo entenderás. Así que seguimos poniendo en peligro nuestras vidas y las de las personas que nos rodean, solo con el fin de crear más intimidad. ¿Está bien? ¿Si atropello a un niño que monta una bici, el jurado me absuelve si digo que lo hice no por malicia o negligencia sino por amor?

## **Prescripción para el sufrimiento**

Cuando alguien que amás muere, ¿deberías masturbarte? Para cualquiera que haya experimentado el dolor verdadero, esta sugerencia resulta antinatural, si no francamente repulsiva. La tendencia común, al enterarnos del fallecimiento de un ser querido, no es inducirnos placer, sino dolor: nos jalamos el pelo, damos puñetazos en el suelo, nos azotamos y anhelamos morir. El dolor nos reduce a un espectáculo de automutilación, y esta patética exhibición es tan obviamente masoquista que no podés evitar preguntarte si hay una audiencia sádica esperando para verla: individuos enfermos que se exciten sexualmente con manifestaciones de duelo. No hay duda alguna de que existen, en efecto, aquellos cuyo pulso se acelera con el sonido de los sollozos y con el espectáculo de los velos negros; sin embargo, el propio sádico por excelencia, el Marqués de Sade, propuso al menos una cura para los dolores de la pérdida irremediable.

Iwan Bloch, autor de la primera biografía del sagrado Marqués, notó la idea de Sade en *Justine* en la que se afirma que un cierto estímulo apasionado, que puede saciarse a cada momento sin la ayuda de otros, era el mejor consuelo para la tristeza, porque el onanismo, en efecto, desaparece todo dolor. Tal fue, efectivamente, el consejo que Juliette le dio a su hermana menor, Justine, después de la muerte de sus padres. Juliette le advirtió que era posible encontrar en sí misma sensaciones físicas de tal voluptuosidad e intensidad que bastarían para acabar con todos los afectos morales cuya conmoción podría ser dolorosa y que era

absolutamente esencial poner en práctica este procedimiento, dado que la verdadera sabiduría se encontraba, por mucho, en duplicar la suma de los placeres en lugar de multiplicar las penas. Semejante razonamiento es difícil de refutar. Pocos entre los no sádicos debatirían que debe infligirse dolor a los que ya lo padecen. Si un hombre estuviera tendido en cama a causa de una enfermedad terminal ¿lo golpearías con un látigo? Por supuesto que no. No querrías multiplicar su sufrimiento. Sin embargo, si es así como pensamos ¿por qué nos laceramos a nosotros mismos cuando nos encontramos afligidos? Alguno podría decir que, cuando estamos tristes, el dolor en sí mismo se vuelve placentero, pero realmente esto no tiene más sentido que decir que, cuando somos felices, el placer se vuelve doloroso; una falsedad obvia.

Quizás Sade tenía razón: si la búsqueda del placer está por encima de la exacerbación del dolor, entonces cuando alguien muere, realmente deberías masturbarte. Como es de esperarse, esto traería cambios drásticos en los ritos y exequias fúnebres. Ya no se convocarían figuras clericales para dar discursos y elegías en los funerales. En cambio, habría entretenimiento estimulante: bailarinas exóticas saldrían detrás de los ramos de flores para crear una atmósfera de deseo sexual estimulante. Una atracción estelar podría salir de un ataúd para hacer un striptease con velos y mortajas. En vez de rasgarse las vestiduras, los afligidos reventarían sus cremalleras y expresarían sus lamentos en suspiros de placer. Las ceremonias podrían dejar de celebrarse en casas o funerarias, para realizarse en los nightclubs o en las tiendas de pornografía. Y a cualquiera tan mojigato como

para aferrarse a su llanto y dolor se le podría suministrar una fuerte dosis de afrodisíaco o alguna droga de esas que facilitan una violación.

En esencia el funeral se convertiría en algo así como un velorio irlandés, pero con cogidas en lugar de bebidas. Ciertamente, tal ceremonia aliviaría el dolor y la tristeza del duelo. ¿Pero qué pasa después? Las peores horas no son esas agitadas del funeral y el entierro, cuando todavía estás en un estado de conmoción e incredulidad, sino las que vienen después, cuando estás solo, tumbado en la cama rememorando o examinando las pertenencias tardías. Esas son las horas en las que la pérdida te aplasta como lo haría una roca desplazada y te sentís como que apenas podés moverte o respirar y mucho menos tocarte a ti mismo. ¿Cómo se toma entonces la cura prescrita por el sublime Marqués?

Por un lado, hay un elemento de autodisciplina involucrado. Después de todo, sos vos quien se permite disfrutar de la soledad y el lamento. En lugar de cavilar, podrías fantasear sobre actos de gratificación sexual escandalosos. En lugar de mirar las fotos del muerto, podrías leer revistas pornográficas o ver videos de *fisting*. En el peor de los casos, si en definitiva debés llorar, podrías recoger tus lágrimas y usarlas como un lubricante sexual. La mucosa acumulada de tus inhalaciones podría ser un reemplazo eficaz de los lubricantes y los geles. Pasate un pañuelo sucio en la ingle.

Por otra parte, sería irreal esperar que las personas atormentadas por el dolor ejerzan tal autodisciplina. Por lo tanto, es importante que se tomen medidas para ayudar a los afligidos a ayudarse a sí mismos. Por ejemplo, el viejo y el enfermo terminal deben esmerarse en dejar consoladores, micos de bolsillo y pornografía

entre sus cosas con el fin de aligerar el corazón de sus herederos. Tales juguetes sexuales podrían incluso convertirse en reliquias, pasadas de una generación a otra. «Estas fueron las bolas *Ben-wa* de mi bisabuela», dirán orgullosos los descendientes. Los cambios sociales más amplios tendrían que ser instituidos también.

El Día de los Caídos podría convertirse en una fiesta saturnalia, con los gobiernos locales proporcionando estríperes para que bailen en las tumbas. Estrellas porno podrían autografiar lápidas mientras sus películas de mierda se proyectan detrás de ellos en las paredes blancas de los mausoleos. Las prostitutas podrían mezclarse con los afligidos, dándoles sobos gratis. Los grabadores podrían ofrecerse para alegrar las viejas lápidas con nuevos epitafios de una naturaleza más excitante: «Cogeme» y «Cogeme más duro» que proporcionarían más ánimo espiritual a los afligidos que un «Descansa en paz». Incluso podría haber demostraciones de productos, tipos completamente nuevos de marcadores de tumbas. El mármol es frío y duro, un recordatorio concreto de la irreversibilidad de la pérdida. ¿Por qué no usar materiales más amigables? Las lápidas podrían confeccionarse para asemejarse a los sillones puf, de modo que los afligidos puedan recostarse confortablemente y ahogar con sensaciones autoeróticas sus penas.

Por supuesto, este alivio masivo del sufrimiento de los afligidos implicaría necesariamente otros cambios en la percepción social. La masturbación ya no debería ser tabú. Los trabajadores del sexo ya no deberían ser impugnados, ya que como el sacerdote, la prostituta proporciona refugio y consuelo a los afligidos. Y si en un día soleado un hombre con un abrigo de trinchera se te acerca, desabrocha

su chaqueta y se toca a sí mismo, vos no deberías concluir que él es un extraño exhibicionista. Lo más probable, en el nuevo orden de las cosas, es que este alguien intenta amortiguar un nervio después de una trágica pérdida, y por lo tanto la acción moral es darle una mano, o mejor aún, un sobo.

**¿Qué  
te  
parecería?**

Inevitablemente llegó un momento en el que tuve que detenerme y preguntarme: ¿qué te parecería? ¿Qué te parecería estar tendido en la mesa de autopsias mientras el forense te rebana en una variedad de juguetes sexuales? El fémur funcionaría como un excelente consolador. Los intestinos como profilácticos naturales. El corazón, el órgano del romance, podría utilizarse como un mico de bolsillo de cuatro cámaras. Los restos de tu cuerpo después podrían llenarse con K-Y, en lugar de formalina o viceversa. Tal vez una pequeña necroninfa excitada vendría y extraería el líquido de embalsamamiento de tu cuerpo para utilizarlo como su lubricante personal. ¿Quién sabe? Las posibilidades son infinitas. ¿Preferís que tu cadáver sea un desecho o un objeto sexual?

Cuando lo ponés de esta manera, podría pensarse que la gente, naturalmente, preferiría ser un objeto sexual. Después de todo, decir que tu cuerpo se convierte en un desecho equivale a decir que cuando morís te convertirías en excremento. Tu cadáver es una parodia tuya hecha a base de mierda. ¿Quién quiere eso? ¿No sería mejor ser un objeto sexual? Tus mortajas se convertirían en lencería, podrías hacer un estriptis con ellas, y si no pudieras moverte o bailar, eventualmente tu sudario se pudriría o se lo comerían gusanos, así que en ese sentido, cada cadáver, en última instancia, se convertiría en un estríper de todos modos.

Podrías instalar un periscopio inverso en tu lápida para que los voyeristas morbosos se acerquen a mirarte. Por supuesto que dejarían manchas de leche en tu lápida, pero eso no puede ser peor que descomponerse en el suelo como un excremento humano. Podrías incluso cobrar unas monedas por cada vez que miren a través del periscopio y, en tu testamento, podrías estipular cómo invertir los fondos... Quizás en contratar a un hombre para que raspe el espermatozoides de tu lápida cada primavera.

Uno pensaría que por lo menos algunas personas creerían que esto es razonable. Es decir, preferirían pensar en sus restos como algo más tentador en lugar de repulsivo... Tomarían una actitud de mente abierta con los necrófilos que llegarían a perturbar su descanso. Tal vez querrían marcar sus tumbas para que los necrófilos puedan encontrarlos. Una inscripción sería suficiente, un epitafio tan excitante como decir cochinas. Sin embargo, para los necrófilos leer todas las lápidas de un cementerio es una tarea que requiere mucho tiempo, en especial en la oscuridad y más aún si a menudo estas inscripciones se encuentran erosionadas por la lluvia y el viento. Una mejor solución podría ser transformar la lápida en un poderoso ícono visual. Por ejemplo, una lápida amigable con la necrofilia podría tallarse en forma de pene erecto y entonces su ataúd podría tener un pequeño agujero acolchado en el fondo para facilitar una especie de sodomía enfermiza. En vez de «glory hole» podrías llamarlo «gory hole».

Los opositores de esta visión sin duda argumentarían que complacer a los necrófilos fomentaría la desviación sexual y el descontento social. Sin embargo, ¿no podría ser justo lo contrario? ¿No sería posible que los cadáveres necro-amigables

puedan prestar un servicio a la sociedad? Pensalo. Si reprimís a un individuo sádico, este solo empeora, se vuelve más malo, más cruel, más depravado, hasta el punto en el que caminaría hacia el acto supremo del sadismo: el asesinato. ¿Pero qué tal si le proporcionás un desahogo para su afición reprimida? Lo enviás al cementerio para que encuentre tumbas necro-amigables. Dejá que le ponga esposas a los muertos y los flagele sin sentido. ¿A quién le importa? No estaría lastimando a nadie, hasta podrías estar salvando una vida al darle un cadáver. A lo mejor también aplica para los degenerados de todo tipo. Dejá que los pedófilos abusen de los cadáveres de niños muertos. Si realmente son duros y desean la carne cada vez más joven, se les darían los desechos médicos de los abortos de primer trimestre. ¿Por qué no? Esto no lastimaría a nadie, por el contrario, drenar el mal sería un bien social.

Una vez más, los escandalizados y horrorizados levantarían sus voces en símbolo de protesta. No se trata de herir físicamente a los muertos, dirían, sino de infligir heridas emocionales a los vivos, a los seres queridos, a los sobrevivientes y a los sucesores. ¿Quién quiere pensar en un tipo con pantalones de cuero azotando el cadáver de la abuela con un látigo y una cadena para perros? Incluso si no existe el cielo y la abuelita no está consciente, sigue siendo molesto para el resto de nosotros contemplar lo que sucede. Sin duda, esta es una objeción válida, sin embargo debés recordar que: de todos modos no podés evitarlo. ¿Qué harás, vigilar la tumba de la abuela? ¿Enterrarla en un ataúd a prueba de agresiones? Lo más que podés esperar es que el necrófilo tal vez respete algo como un testamento sexual.

Especificás cómo te parecería o cómo no te parecería que tu cuerpo fuera utilizado después de fallecido. Si tenés suerte, el necrófilo será lo suficientemente sensible como para respetar tus últimos deseos. Tal vez se abstenga de atarte y darte cuarenta latigazos, si eso es lo que no querés. Por otro lado, tal vez se limpie el culo con tu voluntad y azote tus restos con un gato de nueve colas. En ese momento, no hay mucho que podás hacer al respecto, a menos de que te entierren vivo, pero eso es aún más desagradable que una flagelación póstuma.

¿Cómo te parecería entonces? ¿Me molestaría pensar en mi cuerpo teniendo sexo sin mí? ¿O imaginarme mi culo dando placer una vez que muera? En cierto modo, esta es una pregunta graciosa para que un necrófilo se la plantee a sí mismo. Un pedófilo no puede convertirse en niño, un fetichista de zapatos no puede convertirse en un uno, pero un necrófilo puede y, en efecto, cruzará al otro lado. Eventualmente no, inevitablemente, se convertirá en el objeto de su propio y extraño tipo de perversión: un cadáver. ¿Y entonces qué? ¿Qué quiere el necrófilo que hagan con su cuerpo?

Por supuesto que el necrófilo pasa mucho tiempo contemplando la muerte y por lo tanto puede tener algún tipo de desviación que no anticiparías. Él podría no insistir en ser preservado en una condición prístina, ya que está consciente que para explotar y gozar un cadáver este no tiene que estar en perfectas condiciones sino ser una réplica corporal inerte. Podrías cocinar una extremidad y comértela como parte de un juego erótico, del mismo modo en que las aburridas parejas suburbanas lamen una de la otra crema batida de sus genitales. Puede que esto no sea tan

escandaloso como el fanatismo a cogerse un cadáver, pero ¿en realidad está por debajo de un acto de necrofilia?

Después de pensarlo, he decidido que quiero ser incinerado, no porque quiera privar a otros necrófilos de mi cuerpo, ya que eso sería hipócrita. En su lugar, me gustaría tener una lápida donde la gente pueda rendirme tributo. En ese sitio, me gustaría que mis cenizas estuviesen en un dispensador de algún tipo, algo como una máquina de chicles. Y de ese dispensador me gustaría que mis seres queridos, mis sobrevivientes, sucesores, mis admiradores y seguidores, así como transeúntes y genealogías al azar del futuro, tomen una pizca de cenizas y las rocíen dentro de su ropa interior.

Aquí estoy pensando particularmente en las chicas, con el fin de que mis cenizas se distribuyan en calzones de todo tipo: algodón, seda y satín, en color rosa, azul y crema. Cada vagina sería mi tumba, cada clítoris mi lápida, y, a modo de tributo tal vez, podrías incluso afeitarte en el vello púbico mi epitafio.

**Navidad  
para  
los  
enfermos**

En el almuerzo me reuní con algunos doctores en la sala de conferencias. Había decoraciones pero no parecían particularmente festivas. Decorar la sala en navidad era como usar papel de regalo en lugar de un torniquete o coser una herida con oropel. Era una forma de alegría un tanto desviada. Había niños con enfermedades incurables muriendo ahí arriba.

Aún así, eso no impedía que celebraran. Había pavo relleno y salsa de arándanos, y unas cuantas botellas de licor para ponerse contentos. Un traumatólogo contó una historia graciosa sobre una operación que practicó en un conductor ebrio en la sala de emergencias.

—Usaba unos calzoncillos de renos —y bromeó diciendo que todos los renos tenían la nariz roja por la sangre.

Todos se rieron. El radiólogo a mi derecha escogió una botella de mezcal entre el guaro que había en la mesa y echó un poco en un vaso de plástico transparente. Inclino la botella hacia mí, sonriendo; yo sostuve mi vaso para que me sirviera un trago. Todos debíamos haber estado pensando en lo mismo, «si los calzoncillos del conductor ebrio estaban ensangrentados, ¿qué le había pasado a su pene?». Seguidamente, un pediatra comenzó a contar una historia que le había sucedido mientras era residente. Llegó un adolescente a la sala de emergencias después de que intentó castrarse.

—Desafortunadamente —se rió el pediatra—. No entendía que la castración no implicaba, en el sentido técnico, amputación.

El oncólogo cogió un muslo de pollo y lo metió en la salsa de arándanos.

—¿Lograste unirlo?

—No pude —respondió el pediatra mientras hacía una mueca—. La madre del chico no lo trajo. No tuvo el valor de recogerlo.

—Podría haber utilizado un recolector de popó —dijo el radiólogo.

—O un levanta pichas —sugirió una enfermera.

—Mejor aún —dijo el oncólogo, sacando el muslo de pollo de la salsa de arándanos— podría haber utilizado pinzas para meterlo en un calzconcillo para pichas. Envolvió el muslo en una servilleta y lo levantó.

—¿Les divierte esta lección de anatomía pura? —preguntó el doctor a mi izquierda, un británico que respondía al nombre de Dr. Peterson—. Créanlo o no, no es raro ver pacientes que hayan intentado cortarse su propio miembro. Una vez tuve un hombre que hizo lo contrario. Se voló todo el cuerpo.

—¿Qué quieres decir? Me bajé un trago de mezcal. Podía sentir que me quemaba la garganta.

—En Londres hubo un coche bomba una vez: el IRA, ya sabes. Los paramédicos recuperaron todas las partes de los cuerpos de todas las víctimas, pero teníamos un apéndice que no podíamos explicar. Todos los cuerpos masculinos tenían sus penes, pero teníamos un pene que no tenía cuerpo.

—Así que debió de pertenecer a una mujer, le dije. Una hermafrodita o un algún sujeto operado que tomaba hormonas. No sé por qué pensé que esto era divertido, ¿sería la bebida?, me reí y agarré la botella de mezcal para servirme otro trago.

—Todas las mujeres tenían sus genitales —afirmó con seriedad el Dr. Peterson.

—Entonces, ¿de dónde salió? —le pregunté, todavía con la botella en la mano—. Debió haber otro cuerpo. Los paramédicos debieron pasarlo por alto.

—En el mundo occidental, nunca hay restos que no se recuperen. La gente siempre reclama sus muertos.

—¿Y si los cuerpos son mutilados más allá del reconocimiento?

—Tenemos técnicas de identificación muy sofisticadas: registros dentales, huellas dactilares, ADN... Entonces, ¿de dónde salió ese pene cortado?

—Sólo podría haber sido del terrorista.

—¿Cómo? —Yo eructaba, y el alcohol me quemaba la boca otra vez.

—Especulamos que la bomba explotó antes de tiempo. El coche bomba debe haber caído en un hueco de la carretera, lo que detonó la bomba accidentalmente. Es probable que la llevara en su regazo sobre una plancha o tabla. La tabla protegía solo una parte, y todo lo demás literalmente se hizo pedazos.

—¿Cómo es que nadie se presentó para reclamar el...?

—¿Los restos? ¿Quién lo haría? ¿Y qué harían con él?

Justo cuando comencé a imaginar un frasco de especímenes lleno de formaldehído o tal vez uno de esos pequeños ataúdes en los que ponen a los infantes, el radiólogo se paró en frente mío. Todavía sostenía la botella de mezcal en mi mano.

—Si no vas a verter —dijo— permíteme.

Cogió la botella y cuando la inclinó en mi vaso, el gusano cayó.

—¡El gusano! ¡Tiene el gusano! —gritó el radiólogo.

Pronto los doctores daban puñetazos en la mesa y animando rítmicamente. Comételo. Comételo. Comételo.

Vi el gusano, un pedazo rosado de carne flotando en el alcohol, y pensé en los restos del terrorista. ¿Qué habrían hecho los sobrevivientes con ellos? ¿Enterrarlos en una pequeña tumba del tamaño de una botella de cerveza? ¿O su viuda los mantendrá en un manto dentro de frasco de formaldehído? Y si es así, ¿alguna vez se sentiría tentada a sacarlos o, al menos, en un momento de soledad...? Después de todo, era un genital, y en el análisis final no hay mucho que puedas hacer para garantizar la santidad de tus restos. Podrás pedir que te cremen, pero entonces algún tipo raro llegará a eyacular en tu urna y revolverá su semen en tus cenizas con un dedo. Para cada tipo de cadáver, pensé, debe haber un tipo correspondiente de necrófilo. Nadie está a salvo. Sólo porque dejemos de hacer uso activo de nuestros órganos sexuales no significa que otros no hagan un uso pasivo de ellos. En la muerte nos convertimos en seres indefensos y, para los necrófilos, en irresistibles. Cada cadáver es un objeto sexual, y en ese sentido el terrorista que

explotó su cuerpo es un símbolo de nuestro destino común. Al final, todos nos reducimos a un genital muerto.

Sentí un codazo en las costillas.

—Adelante —dijo el Dr. Peterson—. El gusano no es realmente un gusano. Es una larva de mariposa. Pensá en ello como algo con potencial de extraordinaria belleza. Adelante. Hacélo.

## **Pulsión de muerte**

En el parqueo había, sin duda, espacios reservados para posibles pacientes. Me parqueé entre las dos líneas anaranjadas brillantes que definían el espacio que había sido reservado para mí por el poder omnisciente que sabía que vendría. Desde ya me sentía acorralado. El parqueo era un sistema moral pintado en el suelo. Te dice la manera correcta e incorrecta de parquear. Te dice en qué dirección podés moverte y cuánto espacio podés ocupar. Te prohíbe bloquear a tus vecinos o encajonarlos para que no puedan conducir lejos. Sin embargo, ¿qué me impide chocar el Lexus color plata, que sin duda pertenecía al neuropatólogo residente, con mi carro?

Nada. Nada me lo impide. Podría ignorar la cuadrícula anaranjada en el asfalto negro, podría embestir a mi vecino, si realmente quisiera. Esa es la esencia del asunto. Yo manejé hasta acá y me parqueé cortésmente porque así lo quise. Pensé que sería bueno para mí. Pensé que lo necesitaba.

Miré hacia el edificio angular de vidrio, seis historias de psicopatología sexual, discretamente situado en un parque corporativo en el suburbio de Nueva Jersey. Aquí, todo fue arreglado de forma minuciosa, trasplantaron zacate, compraron árboles en viveros, construyeron plácidos estanques y con delicadeza las niveladoras esculpieron las colinas onduladas. Te hacía dudar de la autenticidad del cielo, del sol asustadizo y de las nubes imprevisibles.

La Clínica de la Ruta Sexual es un servicio médico de moda que atiende a «víctimas» de patología sexual de alto ingreso. Cuando arrestaron a un analista financiero fuera de una escuela católica en Connecticut, donde intentaba comprar las chaquetas de colegialas adolescentes por cien dólares cada una, surgió el programa de desacondicionamiento erótico. Cuando arrestaron a un tenista profesional al descubrir que cometía actos lascivos en los baños de un estadio deportivo, este fue capaz de salvar sus contratos de endoso lucrativos, internándose en La Clínica de la Ruta Sexual para una normalización erótica intensiva. Llegué a la conclusión de que yo era un perverso activo en lugar de pasivo, cuando comencé a pensar en matar, en lugar de esperar a que la casualidad y las circunstancias arrojaran cadáveres decentes a mi camino. Ahí caí en cuenta de que tal vez yo también necesitaba esta clínica.

¿Pero qué me harían ahí dentro? Estudié el edificio, tratando de ver algo, cualquier cosa, a través de sus paredes de cristal, pero su superficie altamente pulida solo reflejaba el zacate impecable, los árboles recortados, los estanques apacibles. Un camión se movió hacia una parada al lado de uno de los lagos artificiales, y pude leer las letras que tenía a un costado: «Policía de gansos». «¡Saca la bandada de aquí!». Evidentemente, los dueños corporativos, no querían que la naturaleza cagara el lugar. Pero qué les hace la policía de gansos realmente a los pájaros, me preguntaba. ¿Dispararles? ¿Condicionarlos a mantenerse alejados? Probablemente recibieron pequeños choques eléctricos al aterrizar en la superficie de los estanques.

Parecía simbólico. Yo también era un ganso. Yo vine a que me condicionaran, me redimieran, a que me pusieran de nuevo en el camino correcto y estrecho. ¿Pero cómo lo harían? ¿Qué me harían ahí dentro? Parecía imposible que las formas normales de terapia me desprendieran de mi fetiche. No entendía cómo sentarme entre un grupo de pervertidos arrepentidos y comparar experiencias podría impedirme que actuara sobre las lujurias no naturales que había sentido. No veía cómo mentir en un sofá y hablar de mi mamá podría desarraigar una excitación fundamental proveniente de todas las cosas morbosas. No comprendía cómo alguna de las drogas psicoactivas habituales podría suprimir la extraña delicia que sentí en presencia de un cuerpo que olía a pan mohoso.

Deben tener otras técnicas, me dije a mí mismo. ¿Pero cuáles? Podrían darte un emético especial para inducir el vómito al ver un cadáver. Podrían incluirte en un programa de reacondicionamiento suave: las prostitutas imitarían cadáveres y luego lentamente se acercarían mientras te las coges, y así te habituarías a parejas sexuales que están vivas, se mueven y respiran. Pero de nuevo, los necrófilos empedernidos podrían reaccionar de forma psicótica y asesinar a las prostitutas. El seguro por negligencia, por sí solo, impediría que la clínica tomara tal riesgo. Además, un necrófilo de verdad nunca hubiera tomado a una prostituta comatosa. Hubiera olido muy bien. Su piel hubiera estado demasiado caliente. Sus pechos serían demasiado suaves, al verdadero necrófilo le gustan las tetas rigor mortis, pechos con cobertura rígida como los exoesqueletos.

Entonces, cómo, me pregunté, mirando hacia el edificio de cristal impenetrable, ¿Cómo me curarían de este antojo? ¿Qué técnicas aplicarían?

¿Terapia de aversión? Posiblemente. Podrían exigirme tener sexo con cadáveres más podridos, con la esperanza de que en algún punto extremo una repulsión fundamental con decaimiento me haría repudiar mi repugnante predilección. O tal vez podrían forzarme a cavar una tumba con mi pene, arrastrarlo a lo largo del suelo como una azada, a mi pene le crecerían ampollas, quedaría en carne viva y, finalmente callos, tal vez así llegaría a entender la injusticia inherente de lo que había sido propenso a hacer con él. La culminación de este método terapéutico implicaría enterrar a alguien, mientras una familia entristecida me acusaría con lágrimas mientras uso mi pene para empujar la suciedad nuevamente dentro de la tumba de su ser querido. Teóricamente, nunca sería capaz de experimentar una erección en presencia de un cadáver sin ver las cicatrices en mi pene y recordar el dolor de esa pobre familia incompleta.

Pero el problema con este enfoque era que me entusiasmaba. Los afligidos se volvieron porristas en mi enfermiza fantasía de castigo. Sus lágrimas lubricaban mi deseo. Probablemente eyacularía en la tierra de la tumba antes de terminar de enterrar.

—Rin.

—Era mi celular. Rin.

—¿Hola?

—Hola, soy Junie.

—Hola, Junie.

—Compare y contraste el existencialismo y el determinismo.

Me reí. Mi hermanita estaba en su segundo semestre en Princeton y había desarrollado un hábito de llamar con preguntas recónditas. Bueno, le dije, los deterministas creen que todo está predestinado, ya sea a través de Dios o del destino. Los existencialistas creen lo contrario, que el hombre es libre de tomar sus propias decisiones. Hay una cita de Dostoievski que los libros de texto siempre usan: «Si no existiera Dios, todo sería permisible».

—Ah, eso es genial. Es una gran cita. Déjame escribirla. ¿Podés repetirla?

—Si no existiera Dios, dije, enunciando cuidadosamente, todo sería permisible. —Eso es genial —dijo entusiasmada.

—¿Dónde dijo eso Dostoievski?

—No sé.

—Revisaré en internet. Me agradeció y colgó.

Me senté en el carro a meditar. El motor seguía encendido, ¿debería irme de aquí? ¿O debería entrar? Miré la clínica. ¿Qué les harían a las personas ahí dentro? ¿Qué me harían ahí dentro? ¿Drogarme? ¿Electrocutarme? ¿Encerrarme? Me senté allí distraído jugando con las llaves e imaginando lo que pasaría. Podía imaginarme acercándome a la recepción, llenando formularios, retorciéndome de vergüenza en cuanto admitiera cuál era mi problema. Un médico me entrevistaría, el encargado me llevaría a una habitación y me presentaría a mi nuevo compañero de cuarto, un coprófilo de White Plains. Y a la mañana siguiente, los tratamientos comenzarían...

¿Pero qué tipo de tratamientos? Los tratamientos en los que me imaginaba participando, eran aquellos en los que nadie podía formar parte o permitir. Podrían matar a mi hermana, por ejemplo, o a mi madre, y obligarme a tener sexo con el cadáver. Aunque Junie era atractiva, después de todo yo me habría sentido afligido y horrorizado. Lo mismo con mi madre, me enfermaría. Pero de nuevo, me enfermaría tener sexo con mi madre si estuviera viva, también. Además de eso, dudé de que esto pudiera ser un enfoque aceptado para el tratamiento de cualquier perversión. En primer lugar, era ilegal. En segundo lugar, puede haber ciertas personas enfermas que disfrutarían de una mezcla de incesto y necrofilia. En tercer lugar, a pesar de que podría disgustarte tener relaciones sexuales con el cadáver de un miembro de la familia, no hay garantía de que, por lo tanto, descartarías cadáveres como tales.

Tal vez, pensé, La Clínica de la Ruta Sexual tomaría un enfoque diferente por completo. Lo inteligente podría ser saturar el fetiche, abrumarlo, acabarlo con amabilidad. Si un niño da jode para que le des chocolate, y lo obligás a tomarse un galón de sirope de chocolate. Lo más probable es que ranche y nunca pida más, lo mismo podría aplicarse a necrofilia. Te internás en la clínica, y al principio creés que has encontrado el cielo. Te suministran cuerpos, tantos como querás. ¿De dónde los sacan? Donadores de órganos. Una vez que se han eliminado todos los riñones, corazones e hígados, las cáscaras humanas se donan a la ciencia. En lugar de enviarlos a las escuelas forenses para sus laboratorios de disección, unos pocos quedarían a la deriva en clínicas como esta, donde se utilizarían en el tratamiento de perversiones mórbidas. Después de un mes, la Ley del Placer Decreciente se

pondría en marcha. Te aburrís de cogerte los mismos cadáveres, día tras día. Empezás a anhelar algo diferente, algo nuevo, cuando llegás al límite anhelás algo tan diferente que ya ni siquiera esté muerto sino vivo. Y en ese momento estás curado.

¿Pero, en todo caso, cómo presumen de curar la necrofilia? ¿Es esta perversión realmente una patología y enfermedad? Solían «curar» a las mujeres de la frigidez y a los hombres de la homosexualidad. Ahora eso ha pasado de moda. Las feministas culpaban de la frialdad a los hombres y a su cultura de la violación. Los homosexuales formaron grupos de interés políticos. Tal vez la perversión no era una enfermedad después de todo. Tal vez cada forma de desviación era solo una fuerza potencial de unión y comunidad, una que aún no se había organizado en vestíbulos políticos, grupos de autoayuda, ligas de bolos. Tal vez un día los necrófilos tendrán su momento en el sol también. ¿Por qué no? Una vez que otorgás legitimidad social a una proclividad sexual, ¿qué impide que los demás exijan sus derechos también? Los homosexuales eran simplemente una vanguardia que abrió las puertas para un ejército de pervertidos del futuro. Sería como cuando los bárbaros saquearon Roma.

Miré hacia el edificio otra vez. Un guardia de seguridad había dejado su puesto detrás de las paredes de vidrio impenetrable, para fumar un cigarrillo afuera. Me imaginaba, y disfruté haciéndolo, una horda de pervertidos que se apresuraba, arrojándolo al suelo, agrediéndolo. Los fetichistas le despojarían de su ropa. Los sádicos lo amarrarían. Los homosexuales lo violarían. Los psicópatas lo matarían. Los necrófilos se divertirían con el cadáver mientras que el resto de la horda se

precipitaría hacia la clínica para liberar a los pacientes. Luego, lanzarían sillas a través de las ventanas y empujarían las mesas de examen contra las paredes. El humo se filtraría a través de los cristales rotos. Los enfermeros serían linchados y el neuropatólogo residente sería juzgado por un tribunal espontáneo de gente por sus crímenes contra la expresión libre de la excentricidad sexual.

Fue una fantasía agradable. Bajé la ventana del conductor, con la esperanza de escuchar gritos y oler humo. Pero todo estaba en silencio, excepto por el sonido de una podadora en la lejanía, olía a aire puro, un popurrí de flores y zacate recién cortado. Cerré la ventana, adentrándome en mi mundo y dejando atrás La Clínica de la Ruta Sexual en su torre de cristal. Ahora sabía qué quería realmente. Puse el vehículo en reversa y majé el acelerador. Lancé el carro contra el Lexus detrás de mí, destrozándole la parte trasera. El parachoques quedó arruinado y la cáscara de plástico roja de una luz trasera colgaba precariamente de un alambre, como una extremidad cortada colgando de un nervio o una arteria. Sonreí, feliz, y corrí de vuelta a la autopista para continuar por mi camino feliz.

**Sustitutos  
de  
la  
carne**

Estaba sacando algo de dinero del cajero automático cuando me volví y vi a al carnicero a mi lado. Era un hombre mayor con las manos grandes, a quien cualquiera podría imaginar fácilmente estrangulando un pollo. En un principio, lo imaginé con un delantal blanco manchado de sangre, por lo que era extraño verlo en el cajero automático vestido con ropa deportiva. Se veía incómodo manipulando el teclado y la pantalla táctil, como si prefiriera cortar su dinero de las entrañas de la máquina con un cuchillo.

—No te he visto por aquí últimamente —dijo.

—Mi esposa se dedica a lo orgánico ahora, le contesté, contando mi dinero. Aunque nunca he recibido la cantidad incorrecta de un cajero automático, todavía sentía la necesidad de contarlo. —Ya sabés, sin insecticidas, sin tomates genéticamente modificados, sin bioingeniería. En realidad no hemos estado comiendo mucha carne.

—Vos y todos los demás —tomó su recibo de transacción y lo examinó con la cara de un hombre que recibe malas noticias—. Ya nadie va al carnicero. La carne es un negocio que está acabado. Cuando mi papá abrió la carnicería, la gente comía tocino para el desayuno, hamburguesas al almuerzo, y chuletas de cerdo, bistec, ternera, pollos enteros para la cena. Ahora todo lo que quieren es tofu y soya —

sacudió la cabeza de un lado a otro—. Pollo artificial. Carne de imitación. La gente quiere que la carne crezca en una planta, por el amor a Dios.

De repente me sentí culpable por toda la ternera que había evitado y la carne de cerdo de la que me abstuve. Un viejo chiste pasó por mi mente. ¿Qué tienen en común los frijoles de soya con los vibradores? Ambos son sustitutos de la carne.

—Me gustaría poder venderlo todo, continuó, pero ¿quién quiere invertir en una carnicería hoy en día?

—¿Tus hijos no quieren entrar en el negocio?

—Mis hijos son adultos. Ya tienen sus propias vidas. ¿Y creés que mis nietos quieran invertir en la carne? De lo único que pueden hablar es de computadoras.

—Tal vez tenés que acoplarte a los tiempos modernos, sugerí. Reinventar el negocio.

—¿Qué querés decir?

—Todo es un asunto de percepción. La palabra carnicero asusta a la gente. Te imaginan retorciéndole el cuello a un pollo, dándole un mazazo a una vaca en la cabeza, colgando un cerdo boca abajo y cortándole la garganta. Tenés que ponerle un aire diferente. En lugar de llamarte carnicería, pensá en vos mismo como una boutique de carne. Poné algunas sillas en la acera y serví expreso. Contratá una banda de jazz en vivo los jueves. Programá algunas lecturas de poesía.

—¿Sí claro, y debería vestirme de payaso también? ¿Bozo el devorador de tocino? ¿Yo debería ser el P. T. Barnum de la carne?

—Solo si eso es lo que se necesita. —No —dio una palmada en el aire— Soy demasiado viejo.

—No estás demasiado viejo, dije. Es solo que los tiempos están cambiando.

—Para mal. ¿Qué clase de mundo es este, en el que tenés que hacer un espectáculo de perros y ponis solo para conseguir que la gente compre un pedazo de carne? Es comida, por el amor a Dios.

Yo sonreí. Aunque sentí lástima por él, tenía razón con lo que estaba diciendo.

—Yo simplemente no lo entiendo, continuó. Me agarró del codo y me apartó de las máquinas de dinero. Buscó en una bolsa plástica de compras y sacó un montón de papeles amarrados con una liga. —Mirá esto, dijo. Es el correo de hoy. Tres ofertas de tarjetas de crédito, puedo recordar los días en que era vergonzoso pedir dinero prestado a alguien. ¡Y ahora te lo lanzan! —luego sacó un folleto brillante de la pila. Y mirá este. No puedo entender de qué trata.

Miré la dirección de devolución en el folleto: «Instituto para la Fertilidad Póstuma». En la portada había un collage que mostraba un bebé recién nacido, tubos de ensayo y un edificio de vidrio de aspecto moderno. —Supongo que es algún tipo de tecnología reproductiva, le dije.

—¿Tecnología reproductiva? —Se inclinó hacia mí y susurró— ¿Querés decir como un consolador?

—No, es tecnología médica que ayuda a la gente a tener bebés.

—¿Qué necesita un hombre que Dios no haya puesto en sus pantalones ya?  
Para hacer énfasis se agarró el zipper de su pantalón.

Abrí el folleto y escaneé el texto, leyendo frases aleatorias como «Banco de esperma del futuro» «Tener hijos con los hijos de tus nietos». Describía la instalación archivística del instituto cerca de Silicon Valley, en California. Enumeraba todas las razones por las que podrías interesarte en guardar un óvulo o esperma para la posteridad. «El Instituto para la Fertilidad Póstuma cree», el folleto alegó, «que en el futuro el material genético será comprado y vendido como acciones y bonos». Imaginen los ingresos que podrían derivarse del esperma de Leonardo o del semen de Einstein. Podrías aportar para tus herederos y herederos de sus herederos simplemente haciendo depósitos regulares al instituto para el repositorio póstumo de la fertilidad, el cual es el mejor luagres para almacenar los materiales reproductivos.

Podría imaginar las campañas publicitarias que surgirían una vez que tuvieras productos genéticos competidores. Los donadores de esperma se desprestigiarían unos a otros en los medios de comunicación, los donantes de óvulos sacarían los anuncios impresos arremetiendo en contra del ADN del otro. Habría rumores desagradables sobre material defectuoso, genes anómalos, tendencias a la deformidad y a la enfermedad. Habría fraudes seminales e imitaciones ovulares, las mujeres llorarían cuando descubran que los técnicos perversos de un laboratorio rotularon los tubos como «Einstein», pero en realidad los llenaron con sus propias emisiones degradadas... Si no podés confiar en un banco con tu dinero, ¿cómo pondrías confiarles tu posteridad?

—Bueno, le dije, este lugar es algo así como un banco. Me dirigí hacia los cajeros automáticos. Excepto que en lugar de depositar tu dinero, enviás tu esperma para que lo congelen y lo guarden para el futuro.

—Ahora, ¿por qué alguien quiere ir y hacer algo así?

—Muchas razones, supongo.

—Decime una.

—Ok, le dije. Imaginá que un hombre de tu edad tiene una esposa de veinte años. Tal vez ella no está lista para tener un bebé, así que le pediría que congele parte de su esperma para tenerlo cuando esté segura.

—¿Y entonces ella tiene un bebé cuando estoy muerto?

—Bueno, sí.

— ¡Pero eso es una abominación!

—¿Qué querés decir?

—Es como esos tipos que se meten en los cementerios y juegan con los cuerpos.

Pensé por un minuto. Comprendí que tenía un punto válido. Fue asombroso, cuando de verdad lo considerás, las mujeres se estremecerían ante la idea de copular con un muerto, pero con gusto concebirían a un bebé con uno. La tecnología reproductiva ha creado, básicamente, una forma socialmente aceptable de necrofilia, una que no tiene más que ver con cadáveres que las hamburguesas sin carne con la carne.

—Bueno, le dije, la gente en realidad no piensa en ello en esos términos.

—Probablemente tenés razón, suspiró. No sé lo que piensa la gente. Solo soy un anciano. ¿Qué sé yo? Solo conozco la carne.

## **Loco por los gritos**

Quiero escucharte gritar. Me gustaría escucharte gritar, no de cólera o de euforia, ni de placer o dolor. Me gustaría escucharte gritar de pavor. Me gustaría correr detrás tuyo en la oscuridad o salir de algunos arbustos cuando estés sola en el parque. ¡Boo! Me gustaría meterte miedo dentro, penetrarte con pavor de la manera en que otros hombres te penetran con sus pichas, luego me gustaría escuchar el sonido que hacés, el suspiro de placer amplificado a un grito. El miedo te coge, te coge duro, con pasión e intensidad, y expresás lo mucho que te gusta cuando abrís la boca en un gran gemido. Ah, los placeres picarescos que he conocido, los pánicos climáticos, los horrores orgásmicos...

Hay tantos tipos deliciosos de terror, tantos estilos encantadores de pavor. Algunas mujeres les temen a los gusanos, otras se asustan con las moscas negras. Hay ninfómanas con neurosis, vírgenes con vértigo y ramerías temerosas de las alturas. Podés meter una araña dentro de los tacones o una serpiente dentro de las tenis de una colegiala y asustarlas para escuchar un grito de éxtasis. Aracnofobia, bacteriofobia, claustrofobia, demonofobia, electrofobia, frigofobia, gimnofobia, todos estos son puntos dulces para mí, los lugares que toco para sacarte miedo. Pondría una rana en tu sombrero, vos gritás, es música para mis oídos.

¿Cómo pude llegar a ser así? ¿Cómo aprendí a deleitarme con la consternación? Culpá a Drácula. Culpá a Frankenstein. Culpá a los monstruos, demonios y celuloides homicidas. Culpá a Hollywood y a las películas de bajo

presupuesto, a sus efectos especiales en abundancia. Culpá a la sangre, a las tripas, al horror y al gore. Culpá a mami. Cuando yo era un pequeño fenómeno, un adolescente pervertido, un fetichista con futuro, vi a Drácula inclinarse por las mujeres voluptuosas, mostrar sus colmillos, inclinarse hacia su escote, y luego, cuando comenzaba a descender, ¡la oscuridad! ¡No podía ver! Pero podía oír, ah, qué cosas podía oír. Gemidos, jadeos ¡Gritos!

¿Sería sexo? Tenía que serlo. ¿Por qué otra razón mami me taparía los ojos con sus manos?

Cuando los gritos se acabaron vi la sangre goteando deslizándose por el escote, el esperma color carmín, el vampiro de los sobos chinos. Me excitaba. Me hacía querer más, ¿pero más qué? ¿Drácula se cogía a sus víctimas por el cuello? ¿Usaría esos colmillos feroces para cometer una especie de sexo oral espeluznante en ellas? ¿Bebería sangre de sus clítoris? No podía saberlo. No lo había visto. Pero yo sabía que sonaba muy intenso, incontrolable, espasmódico. Fue como una repentina necesidad de vomitar, excepto que vino hirviendo fuera de la laringe, un sonido crudo, primitivo, una vocalización indiferenciada, un ruido primario, una abertura en la cáscara, en la manera de uno mismo de eyacular magma ardiente, una lengua ardiente y un cerebro que estalla en el aire, una erupción sonora enviando fragmentos de cráneo blanco que atraviesan el infinito espacio negro, la reverberación de una supernova.

Eso es lo que significa el clímax, pensé. Así es como una mujer tiene un orgasmo. Ella explota en el espacio, y el grito que penetra tus oídos es el estampido sónico cuando ella alcanza la velocidad de escape. Después de que ella se

desplaza de vuelta a la tierra atada a un paracaídas, suavemente temblando en el viento, y aterriza en el océano.

Eso pensé. Eso es lo que oía cuando escuchaba los casetes que había recolectado, sosteniendo mi grabadora en el altavoz de la televisión durante las repeticiones de un show de horror. Había confundido por completo pornografía con una noche de terror. Pensé que el miedo era un juego erótico y de fornicación. Pero la broma se volvió en mi contra, porque yo me había ceñido en la perturbación. Endedé a Kristin, cuando estábamos en la parte trasera de mi auto, y ella jadeó, y yo cerré los ojos, enfocándome en los sonidos que hacía. Sonaba como alguien susurrando o sacudiendo la cabeza en un sueño desagradable. Había también algo vagamente parecido a los roedores en ello, un correteo de los labios, como si el orgasmo fuera un pedazo de queso en una trampa y ella, nerviosa, trataba de agarrarlo sin que la trampa la agarrara.

Después se quedó allí, riendo en silencio. —Voy a mamarte, ofreció, poniendo su cabeza en mi regazo. Se me restregó y pude sentir su pelo en mi entrepierna. Pensé en bañarme desnudo en un estanque lleno de algas. Mi pene era una anguila. Yo solo, tendido en el barro en el fondo del estanque, esperando, esperando que algo lo invocara. Kristin metió su mano dentro de mi cremallera, pero no me interesó. No estaba entusiasmado. Esto no era lo que quería. El sexo me había decepcionado. Quería plantar una bomba en su vientre, dispararla, oírla explotar. Que el aire y los escombros salieran por su garganta, expulsándole los dientes, al mismo tiempo que de su boca saliera un chillido, en mi versión de un

orgasmo mutuo, me gustaría experimentar el clímax carmesí, el chorro de sangre entre los senos, como el vampiro de los sobos chinos.

Pero así fue como sucedió. Le aparté la mano y la llevé a casa. Mientras manejaba lejos de su casa, vi una corredora al lado de la carretera, era rubia, de mediana edad, con pechos grandes rebotando dentro de un traje deportivo blanco. Pasé a su lado. Me di vuelta. Pasé de nuevo a su lado. Ella se corrió a la orilla del camino. Era de noche. Me metí en la entrada de Kristin y giré otra vez. Bajé la ventana. Apagué mis luces. Sostuve mi grabadora por la ventana. Encañoné a la chica. Encendí las luces. Ella gritó. La apunté con la grabadora. Majé los frenos y di una vuelta en u. Corrí en reverse, aun sosteniendo la grabadora por la ventana.

—Voy a matarte —grité.

—¡Aaaaaaaahhhh! —gritó.

La golpeé, tirándola contra el zacate.

—¡Aaaaaaaahhhh! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Di vuelta otra vez. Se puso de pie y tropezó.

Aceleré. — ¡Voy a matarte, perra!

—¡Aaaaaaaahhhh! —gritó— zambulléndose en el agua de la zanja.

A toda velocidad conduje hasta que llegué al parque estatal unos kilómetros más adelante. Me metí en la carretera de acceso. Rebobiné la cinta. La reproduce. La rebobiné. La reproduce de nuevo, y mientras gritaba por décimo séptima vez, los

espermatozoides blancos se dispararon contra todo el velocímetro, una aguja de semen que iba de 0 a 60 en el espacio de un suspiro.

Había descubierto mi modus operandi.

Yo escogía chicas —Vamos, subíte atrás. Luego me adentraba en el espacio nocturno, amenazándolas con apuñalarlas, dispararles, tirar sus cuerpos en un pantano. Gritaban, yo grababa, gritaban, yo grababa, rogaban por misericordia, yo amenazaba con matar. A veces abrían la puerta trasera y se caían en la calle desierta, entonces yo trataba de atropellarlas, sin herirlas nunca, solo cogiéndomelas con miedo, excitándome a mí mismo con su terror, dándome placer con su pánico.

Había chicas blancas y negras, ricas y pobres, viejas y jóvenes, altas y bajas, gordas y delgadas. No importaba cómo se veía una chica, porque no tenía ninguna preocupación por su aspecto visual. Todo lo que me importaba eran sus cuerdas vocales, su boca, el sonido que hacían vomitándose del miedo. En verdad descubrí que si asustas a las chicas lo suficientemente bien, si realmente atacás el punto g del terror, todas suenan igual de todos modos. Lo que sale ya no es blanco o negro, joven o viejo, bajo o tenor, sino una especie de ruido universal, la prisa y el rugido del horror, el diafragma que estalla en pánico, enviando un chorro de existencia primordial hiriendo la garganta, lava hirviendo que derrite los dientes y estalla en el aire, una lluvia ardiente de hueso y sangre, la voluntad básica para sobrevivir transformada en espuma viscosa que rocía su miedo a la muerte a través del cielo, porque todo miedo se reduce al miedo a la muerte, y todos los gritos son los gritos de los moribundos, y así deleitarse en la consternación, deleitarse en el pánico,

erotizar las pesadillas y encontrar placer en sus miedos, equivale a un amor auditivo de la morbidez, un beso acústico a la muerte, necrofilia para los oídos.

# **Informe de investigación**

## Introducción

La actividad traductora abarca múltiples ámbitos y este mismo carácter interdisciplinario es el que lo hace tan propicio para la investigación. Una de las áreas en las que han proliferado las traducciones a lo largo de la historia es el ámbito literario y es dentro de este que se inscribe este proyecto. El presente trabajo consiste en la traducción de una serie de cuentos del texto *Necrophilia Variations*, así como de una investigación posterior sobre la respectiva traducción.

Este texto fue escrito en el año 2005 y tiene la particularidad de que el nombre de su autor (o autores) se esconde tras un pseudónimo: Supervert. En vista de que no hay suficientes datos acerca de su creador, la temática se convierte en un elemento esencial para esquemar una caracterización. Uno de los aspectos que distingue esta selección de cuentos es el hecho de que pertenece a uno de los campos que acoge todas aquellas producciones que suelen transgredir una norma o se alejan de los principios que rigen lo que se conoce como canon literario, el cual se entiende tradicionalmente como la lista de autores y obras literarias consideradas como prestigiosas con base en valores estéticos y representatividad en cuanto a un género literario.

A esta categorización se le denomina literatura periférica; este tipo de literatura encierra todas las producciones que circulan fuera de los circuitos de las editoriales canónicas. Los textos inscritos dentro de esta denominación representan una ruptura de las prácticas de escritura y lectura, desestabilizan las visiones literarias institucionalizadas y suponen el posicionamiento de la práctica literaria como una dimensión lúdica que representa los defectos sociales. Asimismo,

se convierte en un puente que permite acercarse a la otredad al descaracterizar todo aquello que se considera como repugnante o extraño.

Este texto se eligió para ser traducido debido a su riqueza en cuanto a elementos que permiten un análisis lingüístico y traductológico. Como lo sugiere su título, la temática de los cuentos representa un tabú *per se*, al igual que el uso exhaustivo del lenguaje ofensivo y tabú como una forma de intensificar el contenido. A partir de estos rasgos es que se plantea el problema de investigación: ¿cómo traducir el lenguaje ofensivo-tabú y conservar la carga interdictiva? Y surge la necesidad de referirse a la importancia de mantener estas características en el texto meta.

Con base en lo señalado, el objetivo general de este trabajo de grado es exponer la importancia de conservar la interdicción lingüística en la traducción del lenguaje ofensivo y tabú en la selección de cuentos mencionada, con el fin de conservar la fidelidad semántica y pragmática que poseen estos términos en el texto meta. Lo anterior se llevará a cabo mediante los siguientes objetivos específicos:

1. Categorizar los términos relacionados con el lenguaje ofensivo y tabú.
2. Determinar qué estrategia es más adecuada para conservar la carga interdictiva de los términos relacionados con el lenguaje ofensivo y tabú.

De esta manera es posible exponer lo indispensable que resulta trasladar a otra lengua los elementos que dotan de fuerza al texto original, incluso si ello supone transgredir una convención social en el idioma meta. Todo esto, a sabiendas de que el traductor es un mediador y tiene el compromiso de transmitir fielmente los

sentidos que un texto le exige. Lo anterior se logrará al recurrir a los aportes teóricos de Hatim y Mason (1995).

Sobre esta misma línea es posible referirse a las diversas razones que sustentan el interés en este proyecto. En primer lugar, es indispensable acotar que el motivo principal para seleccionar este texto surge a raíz de que es desconocido en el ámbito literario costarricense. En segundo lugar, y estrictamente relacionado con lo anterior, es el hecho de que este texto no solo es desconocido, sino que además no cuenta con una traducción. Por ende, realizar una por primera vez hará posible que el texto circule en el ámbito literario y que aquellos que desconozcan el idioma inglés puedan tener acceso a él. Aunado a lo anterior, el análisis de la carga interdictiva del lenguaje ofensivo y tabú permitirá probar el valor literario del texto, el cual reside en la transgresión.

Finalmente, otro rasgo importante para la realización de este análisis es la presencia del lenguaje ofensivo y tabú, ya que este rasgo está presente en la estructura social contemporánea, y las producciones que se generan dentro de ella. Por esta razón, este estudio pretende contextualizar y dar a conocer más sobre cómo se trabaja con este tipo de lenguaje y las implicaciones de mantener la carga interdictiva a la hora de la traducción.

## Capítulo 1

### Estado de la cuestión

A continuación se exponen diferentes investigaciones académicas previas que versan, de forma directa o indirecta, sobre tópicos relacionados con la propuesta traductológica de este proyecto. Las fuentes bibliográficas escogidas se agruparán en las siguientes categorías: características del lenguaje tabú, importancia y función del lenguaje interdicto, y el lenguaje interdicto y el acercamiento traductológico al que ha sido sometido.

#### Características del lenguaje tabú

Para comprender el lenguaje tabú es necesario referirse, en primer lugar, a sus orígenes. Los autores Allan Keith y Kate Burridge (2006), en su libro *Forbidden Words: Taboo and censoring of the language* retoman la procedencia de la censura y cómo reaccionan los individuos ante esta imposición. Los autores exponen que el uso de la palabra *taboo* puede rastrearse en el siglo XVIII en la cultura polonesa para referirse a aquellos objetos o actitudes a las que no se habían enfrentado antes. Asimismo, señalan que a lo largo de los años se ha observado que esta palabra ha adquirido una extensiva significación y varía de época en época, cultura a cultura: «nothing is taboo for all people, under all circumstances, for all time. There is an endless list of behaviors ‘tabooed’ yet nonetheless practiced at some time. Taboos and their origins in (pre)history by people for whom they are presumably not taboo» (10).

Esto es fundamental pues lleva a comprender que el tabú es una mera construcción social y que los individuos la aprehenden en la medida en la que se les es impuesta, mas esto no significa que sea una categoría inmutable. De igual forma, su trasgresión existe de la mano de su prohibición y esto sí es una constante en la línea del tiempo.

La prohibición es, por otra parte, una de las principales características de este tipo de lenguaje. Desde tiempos inmemorables ha existido una atmósfera de secretismo y censura en cuanto a estos usos lingüísticos.

Por otra parte, está la emotividad. Respecto a este tópico, Timoty Jay (2009) en su artículo «The Utility and Ubiquity of Taboo Words» propone un enfoque psicológico, en el que analiza la censura por parte de las estructuras de poder. En sus observaciones afirma que los hablantes escogen emplear un léxico tabú u ofensivo, ya que su uso resulta más efectivo para comunicar emoción o frustración:

The taboo lexicon is like a box of tools engineered for a wide range of emotional expression. This is what is meant by their utility: one can achieve a myriad of personal and social goals with them. From an evolutionary standpoint, swearing is a unique human behavior that developed for a purpose. Taboo words persist because they can intensify emotional communication to a degree that nontaboo words cannot (155).

Según esta línea de intencionalidad, cabe destacar que los términos tabú no solo están presentes en la oralidad y en las producciones textuales o audiovisuales

con el fin de ir en contra de la norma, su aparición responde a la necesidad de los hablantes de intensificar el mensaje que desean transmitir y generar una respuesta en el receptor.

Finalmente, otra de las características esenciales del tabú es su injerencia en la construcción de identidades. Los autores Chaim Fershtman, Uri Gneezy y Moshe Hoffman (2011) en el artículo «Taboos and Identity: Considering the Unthinkable» analizan los tabúes como bases para la construcción de determinados grupos sociales. Los autores señalan que las pautas sociales establecidas rigen distintas esferas como lo son el comportamiento, la vestimenta, el sexo e incluso los hábitos alimenticios. Estas normas establecidas les permiten a los individuos identificarse con los otros, al mismo tiempo que funcionan como punto de diferenciación con aquellos que siguen normas que les son ajenas.

La construcción de identidades con base en el tabú dependerá de la cantidad de individuos que lo interioricen como una realidad social. Ahora bien, con estas realidades surgen también una serie de mecanismos para aplicar castigos si hay alguna desviación:

Some taboos activities are prohibited under the law and transgressions may lead to severe punishment, some taboos are regulated by religious practices while others are enforced only by social punishment. The most familiar social punishment involves the attitudes and reactions of other society's members. For such social punishment to be effective, behavior must be observable (4).

El tema del castigo supone el acatamiento por parte de los individuos, ya que como seres sociales existe la necesidad de buscar aprobación. Esto funciona como punto esencial para comprender el porqué del rechazo a manifestaciones lingüísticas como lo son el lenguaje ofensivo y tabú.

### **La interdicción y su función**

El ámbito de la sociolingüística aborda un fenómeno conocido como interdicción lingüística, el cual consiste básicamente en la prohibición de determinados términos tabú usados para designar situaciones temidas o desagradables. Dicha prohibición está, como se mencionó anteriormente, estrechamente ligada a la noción de lenguaje normativo, y todos aquellos usos que estén fuera de esta línea son estigmatizados.

Para comprender a mayor cabalidad este fenómeno es posible referirse al artículo de Carmen García (2002) «Estudio sobre la interdicción sexual, erótica y escatológica en los *Cuentos de Eva Luna* de Isabel Allende», en el que expone la necesidad comunicativa de los hablantes de la lengua por conceptualizar todo aquello que resulta innombrable según la tradición.

La autora señala específicamente que:

El lenguaje es ante todo un hecho social, y una de las manifestaciones más claras de este hecho es la incidencia de la presión que la sociedad misma ejerce en el habla, que, por medio de la interdicción lingüística en general y la perteneciente a la esfera sexual, erótica y

escatológica en este caso en particular logran provocar, tal y como decíamos, repercusiones, en último término, en el sistema (106).

Lo anterior quiere decir que hay una fuerza psicológica y social encargada de estigmatizar determinado tipo de lenguaje asociado con esferas específicas. Las principales estrategias utilizadas por los hablantes para referirse a este tipo de lenguaje son el eufemismo y el disfemismo. El eufemismo, por su parte, se refiere a la intencionalidad de disfrazar un término inderdicto al mismo tiempo que intenta comunicarse, mientras que el disfemismo persigue la liberación impuesta por las estructuras sociales. Como es de esperarse, el eufemismo impera en las diferentes producciones culturales, y su aparición en las obras es significativa, ya que promueven el rechazo a todas aquellas manifestaciones que busquen la transgresión.

### **El estudio y traducción del lenguaje interdicto**

Anette Calvo (2009), en su artículo «Sobre el tabú, el tabú lingüístico y su estado de la cuestión» realiza un estudio panorámico sobre la evolución de los estudios académicos de la censura. La autora señala que en los años posteriores a la década de los setenta, las investigaciones con el tabú como eje temático central proliferan y abren un espacio para las discusiones desde una perspectiva sociolingüística. Esto es fundamental, pues pone en evidencia la relación entre la lengua con las normas culturales, y el contexto en el que los hablantes usan estas formas:

El tema del tabú lingüístico está circunscrito al ámbito del tabú como la diversidad de mecanismos sociales que se relacionan con actitudes respecto de lo peligroso, lo prohibido (por sagrado o por profano), lo restrictivo, lo que está fuera de lo común en la cultura, y varía de acuerdo con cada sistema de valores (123).

En relación con esta dicotomía entre lengua y normas sociales, cabe destacar que si bien existe una interdicción lingüística en la sociedad contemporánea, en la actualidad se muestra una tendencia a transgredir el impedimento social y las estrategias para atenuar lo prohibido. Esta transgresión es, con certeza, la que ha permitido que haya un mayor interés en el estudio de este tipo de lenguaje.

En cuanto al estudio y la traducción del lenguaje interdicto, el artículo de Ana María Rojo y Javier Venezuela (2000) «Sobre la traducción de palabras tabú» expone el problema lingüístico alrededor de los términos malsonantes. Los autores hacen hincapié en la falta de estudios académicos a pesar de que su uso está extendido en diferentes plataformas sociales (como lo son el cine, la televisión, la literatura, etc.), y además señalan que la traducción de esta terminología tiende a caer en estrategias de anglicismos o bien de atenuación (208).

Muchas veces esta actitud de pudor por parte del traductor entorpece la naturalidad del discurso o bien ocasionan la omisión de fragmentos o expresiones claves que presentan la búsqueda de autenticidad por parte de las producciones textuales contemporáneas. Para solucionar este problema proponen el acercamiento a la terminología desde un enfoque sociolingüístico:

En la traducción correcta (...) se suman consideraciones sintácticas (dependiendo de la categoría sintáctica del núcleo al que modifique: adjetivo, nombre, verbo, adverbio, etc.), semánticas (dependiendo de los rasgos semánticos del núcleo al que modifique) y pragmáticos (dependiendo de la intención comunicativa que se dese expresar; irritación, asombro, incredulidad). La mayoría de estos factores son frecuentemente ignorados, encontrándose a menudo con traducciones rígidas y desnaturalizadas (208).

Lo anterior sugiere la necesidad de buscar más allá, en vista de que muchos equivalentes que no están presentes en los diccionarios convencionales y es posible incurrir en errores. Sobre esta línea de modificación o elusión de los términos tabú Pedro Chamizo (2008), con su artículo «Tabú y lenguaje: las palabras vitandas y la censura lingüística», expone la censura existente en torno a este tipo de lenguaje en la sociedad contemporánea. El autor señala que el fenómeno de la interdicción es el mecanismo más extendido para lidiar con estas expresiones, sin embargo, impera la necesidad de nombrar lo ofensivo o tabú por su nombre:

Pues bien, para que sea aceptable socialmente hablar de lo que está prohibido nombrar las lenguas recurren a una serie de mecanismos de transferencia de significado que los lingüistas denominan genéricamente eufemismos. El eufemismo es, pues, el mecanismo lingüístico que permite referirse a lo innombrable para una sociedad dada. Pero comoquiera que el tabú sigue siéndolo, por más que no lo nombremos con el término que lo designa literalmente y por ello es un

término vitando, el término eufemístico suele acabar contaminándose, por así decirlo, del objeto al que nombra y dejar de ser eufemístico con el paso del tiempo (35).

A pesar de la tendencia a los usos eufemísticos, queda claro que hay una proliferación de manifestaciones culturales, las cuales persiguen instaurarse a un nivel social y romper con la censura impuesta.

De igual forma, es transcendental referirse a algunas investigaciones relacionadas con la propia traducción de los términos, ya que esto permitirá determinar la tendencia de análisis que estas utilizan a la hora trasladar los términos de la lengua de origen a la lengua meta. El artículo de Guillermo Sanz-Gallego y Guillermo Gallego (2013), «Translating Taboo Language in Joyce's "Ulysses": A Special Edition in Spanish for Franco and Perón / La traducción del tabú en el "Ulises" de Joyce: Una edición especial en español para Franco y Perón», se centra en el análisis del caso específico de la novela *Ulises* de Joyce, la cual fue censurada en su país de origen debido a sus múltiples referencias sexuales.

Los autores manifiestan que en el caso de España esto no sucedió a raíz de la alteración de las referencias a la hora de la traducción. Los textos que poseen este tipo de lenguaje sufren con frecuencia alteraciones semánticas, lo cual debe evitarse puesto que «obscure translations can have the same effect as deleting a passage» (151). Lo anterior evidencia cómo, independientemente de la motivación que tenga un autor para realizar estos cambios, siempre habrá una pérdida que altera el sentido del texto en su totalidad.

Asimismo, Cristina García (2002), en su artículo «Estrategias de atenuación del lenguaje soez: algunos procedimientos lingüísticos en el doblaje para Hispanoamérica de la película *Death Proof*», se centra en el análisis de la atenuación de todos los términos relacionados con el vocabulario soez. Esta estrategia se utiliza como un mecanismo para lograr la aceptabilidad de las producciones audiovisuales en determinada esfera social:

(...) la necesidad de emplear estrategias de atenuación, tanto en las traducciones como en la lengua general, no viene motivada únicamente por la realidad a la que hemos de referirnos, sino que la situación de discurso representa también un papel muy importante. De manera que determinados elementos son tabú únicamente en situaciones de formalidad, mientras que no lo son en un discurso familiar o coloquial (142).

Como es de esperar, en las prácticas audiovisuales, lo más usual es encontrar un mayor grado de formalidad en el vocabulario, esto con el fin de garantizarse la recepción del público. Existe una tendencia en el ámbito académico, como se evidenciado, a centrarse solamente en el estudio de las estrategias utilizadas para la censura o la atenuación, ya que la mayoría de producciones se adscriben a la norma social del pudor.

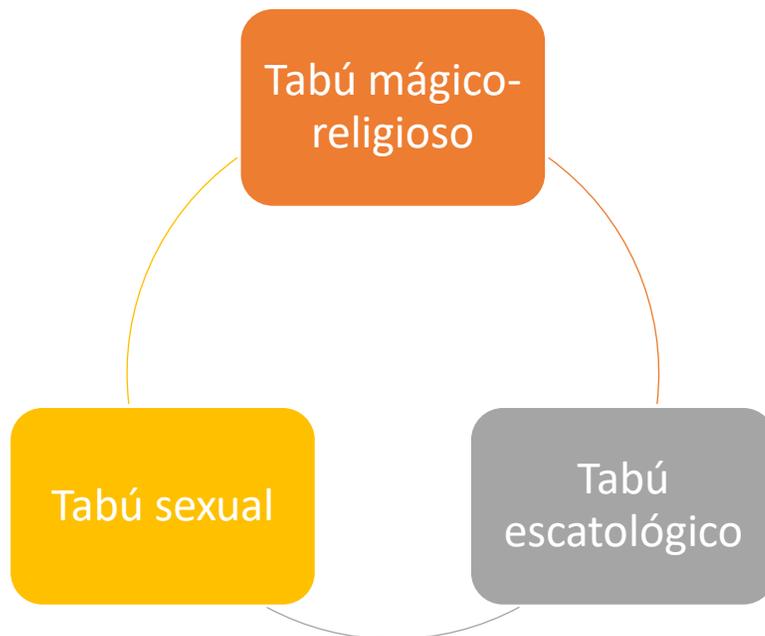
En suma, las fuentes bibliográficas esquematizan la línea de estudio que se sigue en cuanto al vocabulario ofensivo y tabú, y la interdicción. Todo lo señalado apunta a que no hay suficientes investigaciones académicas que versen sobre cómo mantener la carga interdictiva o bien sobre cuál es la importancia de la fidelidad a

los términos. Específicamente, en el ámbito académico costarricense las investigaciones sobre lenguaje ofensivo y tabú son escasas; en su mayoría constan de un enfoque descriptivo y no abarcan de forma alguna un análisis de la traducción en el que se opte por conservar la carga interdictiva de los términos.

## Capítulo 2

### Presencia de términos ofensivos y tabú en *Necrophilia Variations*

El presente capítulo tiene como eje central categorizar los términos relacionados con el lenguaje ofensivo y tabú, ya que son el elemento principal de análisis en la traducción realizada, así como evidenciar su presencia e importancia en la obra *Necrophilia Variations*. Los ejemplos que aquí se exponen se clasificarán de acuerdo con las siguientes categorías, tal y como se resume en el siguiente esquema:



**Esquema 1. Categorización términos tabú.**  
Esquema de elaboración propia.

Una vez esbozado el esquema por trabajar es imprescindible ampliar respecto a la clasificación. Para este punto, el artículo de Ana Cestero (2015) «La expresión del tabú: estudio sociolingüístico», es fundamental, ya que la autora

agrupa los términos en cuatro esferas: en primer lugar la mágico-religiosa, en la cual se clasifican los lexemas tabú relacionados con «la religión (deidad y otras entidades) (...) lo sobrenatural, muerte y enfermedad» (82). La esfera sexual, por su parte está específicamente relacionada con:

Partes del cuerpo erógenas o relacionadas con el sexo y ropa que las tapa o desnudez, procesos y fluidos fisiológicos, prácticas sexuales, actos y efectos producto de prácticas sexuales, conductas y lugares, cualidades relacionadas con atracción sexual, condiciones u opciones sexuales y, especialmente, relaciones socioafectivas asociadas a la práctica sexual, estados producto de tales relaciones y personas implicadas en ella (82).

Finalmente, la esfera escatológica es una de las categorías más complejas de delimitar, sin embargo, para efectos de esta investigación se utilizará lo propuesto por Cestero. Así, lo escatológico se entenderá como los términos asociados con «actos de evacuación, partes del cuerpo implicadas, residuos escatológicos y, especialmente, lugar para realizar las necesidades físicas» (82). Por último, la esfera social: esta se entenderá como aquella que involucra los elementos de «carácter delictivo, carácter no deseable, defectos físicos o rasgos físicos no deseables, defectos psíquicos, raza, etnia o grupo cultural asociados a comportamientos delictivos y, sobre todo, edad avanzada y no deseable» (82). La esfera social se incluye como categorización existente; no obstante, para efectos de este análisis no se tomará en cuenta debido a la falta de referentes en los textos traducidos.

Los ejemplos seleccionados se han extraído de una selección de cuentos titulados «Hideous Desiderata», «Cruel and Unusual», «Fragment of a Love Letter», «Prescription for Grief», «How Would You Like It?», «Christmas for the Sick», «Death Drive», «Meat Substitutes» y «Shriek Freak». Asimismo, las palabras o frases por estudiar están resaltadas con negrita, las demás marcas son propias del texto original.

## 2.1 El tabú religioso

En la historia del mundo es posible encontrar una infinidad de tabúes, muchos de los cuales son meramente culturales. Estos tabúes son parte inherente de la vida cotidiana (y por qué no del ser humano en general) y no hace falta indagar demasiado para llegar a la conclusión de que uno de los ámbitos más comunes en los que existe la censura es cuanto a la religiosidad. El texto *Necrophilia Variations* hace múltiples alusiones a este tipo de tabúes, y a continuación se destacan algunos ejemplos.

Cabe destacar que los siguientes ejemplos de tabú religioso no se entienden a partir de términos léxicos, sino de ideas o actitudes que son censuradas o castigadas en la mayoría de estructuras religiosas por ser actos reprochables, especialmente en un contexto como el costarricense, ya que su arraigo a la religión haría que los extractos textuales sean interpretados como ofensivos o fuera de lugar.

**Ejemplo 1.** «Essentially the funeral would become something like an Irish wake, **but with fucking rather than drinking**» (20).

El autor no solo profana mediante imágenes la ceremonia fúnebre y los instrumentos, considerados sagrados, que se usan en ellas, sino que estas llevan un cuestionamiento implícito de la tradición religiosa instaurada para las exequias.

Asimismo, el siguiente ejemplo es una muestra del rompimiento del supuesto de sacralidad de las figuras eclesiásticas:

**Ejemplo 2.** «Sex workers must no longer be impugned since, **like the priest, the prostitute provides solace and comfort to the bereaved**» (31).

Como se aprecia en la cita anterior, el autor equipara la figura del sacerdote, con la de una prostituta y afirma que su función social es igualmente respetable.

Por su parte, el siguiente ejemplo hace referencia a actitudes o comportamientos que han sido censurados por la Biblia:

**Ejemplo 3.** «I was prepared to take a final step, down, down into a realm so far from normal human sensibility that, **unlike adultery, homosexuality, and bestiality, it was not even proscribed in the Bible.** Who would have thought to forbid an act—a perversion—that already seemed so inherently repellent?» (11).

Los aspectos señalados no suelen censurarse en todas las culturas, sin embargo, en la cultura costarricense, por ejemplo la homosexualidad, aún en el siglo XXI sigue siendo un tema que provoca que algunos individuos se escandalicen o reaccionen con repulsión. Por lo tanto, esta mención en el texto se considera tabú religioso porque las motivaciones de la censura se basan en la tradición eclesiástica. Asimismo, respecto a los términos religiosos relacionados con la censura sexual se puede exponer el siguiente fragmento:

**Ejemplo 4.** «For example, the tombstone of a necrofriendly man could be carved in the shape of an erect penis, and then his coffin could have a little padded hole in the bottom to facilitate a sick sort of **sodomy**. (Instead of a “**glory hole**” you could call it a “**gory hole**.”)» (2).

La cita expuesta presenta un ejemplo de transgresión, no solo al hablar de un acto sexual que es castigado por la biblia, sino al proponer juegos de palabras, con términos generalmente utilizados para referirse a Dios. Otro ejemplo del uso del sarcasmo y blasfemia se encuentra en la siguiente cita:

**Ejemplo 5.** «**God forbid we should both go to heaven.** Its endlessness would make us hate each other. **Better for you to be in heaven and me in hell.** We would long for each other, dream of each other, idealize each other. **You would rail against God,** since He was keeping you from consummating your love. **I would send smoke signals from my pit of brimstone**—love letters that smelled like sulfur and made you choke. **Maybe we would even try to sneak off to purgatory for illicit rendezvous.** **You’d be an angel and me a demon, with horns and hooves like a goat,** but that wouldn’t detract from our passionate reunion. **Your golden halo would shake while we fucked. I’d take you from behind and the feathers on your wings would tickle my snout**» (130).

Como puede apreciarse, no solo se habla del cielo y del infierno, las cuales son temáticas poco comunes y hasta cierto punto tabú, pues en la cultura occidental no se suele hablar sobre la muerte ni sus implicaciones al trascender, más que en el contexto religioso. Sino que también se utilizan estas imágenes de lo sagrada para dar vida a una suerte de sátira o parodia.

En suma, los ejemplos señalados son la representación de uno de los tabúes más poderosos y esclavizantes para los individuos, y la causa, como se menciona en los múltiples textos que versan sobre este tema, es el temor al castigo divino. No obstante, como puede apreciarse, el autor transgrede esta norma y decide incluir estos rasgos en sus cuentos.

## 2.2 El tabú sexual

La sexualidad es otra de las esferas en la que, por cuestiones de moral, se ha instaurado una actitud de recelo y censura. Sin embargo, manifestaciones artísticas como la literatura se han encargado de incluir esta temática con la intención de superar o transgredir este tipo de imposiciones. *Necrophilia Variations* en todos sus cuentos incluye términos pertenecientes a este ámbito, a continuación se ilustran algunos ejemplos que son recurrentes a lo largo de las narraciones.

**Ejemplo 6.** «And maggots, however appalling it may at first sound—and I recognize that it does sound appalling—maggots, when they crawl or scamper across your **organ of pleasure**, send delightful tickles through your nervous system, **like little fingers or a vibrator**» (11).

En el fragmento anterior, como puede apreciarse, se hace referencia de manera eufemística al órgano reproductor masculino. Al mismo tiempo, el autor evoca actos producidos dentro de las prácticas sexuales, así como al acto de la masturbación. De igual forma, se evoca a partes femeninas como se muestra en la siguiente cita:

**Ejemplo 7.** «For the rest of your life, it will be impossible to see the **clitoris** of the most beautiful woman in the world without feeling astonished at how much it resembles a maggot on her cadaver» (12).

En el ejemplo anterior se hace referencia de forma abierta a una parte del órgano sexual femenino. Otro ejemplo que incluye estos elementos asociados con el acto sexual y sus partes es el siguiente:

**Ejemplo 8.** «We changed positions and she straddled me with her knees on either side of my head. **I licked her** with the steady rhythm of a gravedigger. I started to **masturbate**, wondering **how I wanted to finish**. Then she moved down, grabbed a firm **hold of my penis and guided it toward her vagina**. “No.” I sat up abruptly. “Don’t.” “What? You no want **fuck**?” “No, no **fuck**.” She let go of my **penis** with disgust. “You have **disease**?” “No, I don’t have any **disease**. I just don’t want to get a **disease**» (89-90).

Como se aprecia en la cita anterior, el autor realiza múltiples referencias al acto sexual, no solo mediante eufemismos, sino con términos explícitos (considerados también como lenguaje soez). Aunado a esto, se expone el tema de enfermedades sexuales, el cual también puede ser considerado como un tema tabú, ya que su evocación genera incomodidad en el entorno social y por tanto suele evadirse.

Por otra parte, como lo sugiere el título del libro, el eje temático es la necrofilia. Por lo tanto, es esperable que haya múltiples referencias a esta práctica en los cuentos:

**Ejemplo 9.** «But where do you go from there? **Necrophilia** is where the relativity of beauty butts up against a limit: death. What could possibly be uglier? You can't go any further down, any further away from innate human sensibilities» (11).

Este tipo de prácticas se evocan mediante términos e imágenes y es una de las más censurables, pues aunque se tiene conocimiento de individuos que tienen un gusto por estas experiencias, es un tema del cual en la sociedad no se habla nunca.

Dentro del tabú sexual también se incluyen aquellos términos relacionados con fluidos fisiológicos relacionados con las prácticas sexuales, y en los cuentos también se hace alusión a esto:

**Ejemplo 10.** «In the morning, I got out of bed and picked up the tissues I'd tossed on the floor. The **sperm had dried in them overnight**, so they were crusty like a stale croissant» (93).

En este ejemplo se aprecia cómo se hace referencia de forma explícita a la masturbación y al semen resultante de ella. De igual manera, para referirse a este tipo de fluidos y actos también se puede aludir a la siguiente cita:

**Ejemplo 11.** «When the screaming was over I saw the blood trickling down into the cleavage, the crimson **cum shot**, the vampire **titty fuck**. It excited me. It made me want more—but more what?» (104).

En este extracto, se pueden apreciar las claras referencias sexuales mediante un lenguaje más coloquial, lo que provoca que su uso sea aún más transgresor. Finalmente, también los cuentos presentan términos relacionados con

lugares que involucran prácticas sexuales ilícitas, tales como lo son la prostitución o bien espacios como burdeles o clubs de stripteás. Para ejemplificar se exponen el siguiente fragmento:

**Ejemplo 12.** «Ceremonies might even move from funeral homes to **go-go bars** and **porn emporia**. And anyone so prudish as to cling to their wailing and woe could be slipped a strong dose of aphrodisiac or date-rape drug» (30).

### 2.3 El tabú escatológico

El término escatológico en este contexto en específico está relacionado con el uso de expresiones, imágenes y temas soeces relacionados con los fluidos corporales, vómito y excrementos. En los cuentos hay múltiples referentes lingüísticos que directamente aluden a esta temática, algunos ejemplos son los siguientes.

**Ejemplo 13.** «Doesn't it sound romantic? That's just the point. When we're together, love is assailed from all sides by little imperfections. **I smell. I belch. I fart. I shit.** How can you possibly feel romantic about me? And you—you're no angel. You whine. You piss and moan. You bitch and kvetch» (130).

Como se aprecia en el fragmento anterior, se utilizan términos informarles referentes a los actos de evacuación. Otro ejemplo de estas formas lingüísticas es el siguiente:

**Ejemplo 14.** «Evidently they—the corporate owners—didn't want nature **shitting the place up**» (98).

Los fluidos corporales, como se mencionó antes, también se consideran tabú y se evita hablar de ellos de forma explícita por pudor. Sin embargo, en el texto las escenas incluyen múltiples referencias a este tipo de elementos, como se aprecia a continuación:

**Ejemplo 15.** «I could smell her breath close to my face—food smells. I wondered if her teeth were clean. When she put the condom on me with her mouth, did she leave chop suey **saliva** on it? Did my penis now smell like chicken chow mein? I could feel myself losing interest» (89).

La saliva, a pesar de ser parte natural de los fluidos corporales del humano, se considera incómoda, según las normas sociales establecidas: más aún cuando su función se asocia directamente con un acto sexual. Otro ejemplo de un acto común que es considerado desagradable y tabú es el vómito; este tipo de actos, por lo general, se mencionan de forma eufemística (tanto en las conversaciones rutinarias como en los textos) como una forma de adherirse a la cortesía social. No obstante, en los cuentos es un elemento recurrente:

**Ejemplo 16.** «Odds are he'll **puke** and never ask for more—and the same might apply to necrophilia» (100).

No solo se menciona mediante los términos considerados como «vulgares» sino también con sus variantes más estandarizadas:

**Ejemplo 17.** «They could give you a specially tailored emetic that would induce **vomiting** at the sight of a cadaver» (98).

Con base en todos los ejemplos mostrados en este capítulo (y muchos ejemplos más que quedaron sin incluir en este análisis por limitaciones de espacio obvias) es posible afirmar que hay una gran cantidad de términos, frases y referentes denominados como ofensivos y tabú en *Necrophilia Variations*. La aparición de este tipo de estructuras lingüísticas relacionadas con la censura, en la gran mayoría de textos o en los contextos sociales, suelen expresarse mediante interdicciones (como los eufemismos). No obstante, el texto *Necrophilia Variations* evade la prohibición y no se limita a la hora de nombrar objetos, comportamientos o actitudes respecto a lo considerado socialmente reprochable. Es entonces esta particularidad la que posiciona a este texto como un claro intento de transgresión, ya que no hay cabida para las interdicciones.

## Capítulo 3

### Marco teórico-conceptual

El presente trabajo de investigación se desarrolla a partir de los siguientes conceptos: lenguaje tabú, tabú mágico-religioso, tabú sexual, tabú escatológico y tabú social, así como un aproximación teórica en particular para realizar la traducción.. A continuación se ofrece una breve descripción de estos términos con base en el artículo de Ana Cestero, «La expresión del tabú: estudio sociolingüístico», «Notas sobre el tabú lingüístico», de Gustavo Rodríguez, y el texto *Forbidden Words: Taboo and the Censoring of the Language* de Keith Allan and Kate Burridge, esto con el fin de comprender los principios en los que se basa la clasificación.

#### 3.1 El lenguaje tabú

Si se parte de que el eje central de este estudio son las expresiones tabú, se vuelve imprescindible esbozar lo que significa propiamente este término, antes de proceder con cualquier tipo de clasificación. Según Gustavo Rodríguez (1987) la palabra tabú, en un sentido más amplio, es un tipo de interdicción lingüística que está presente en todas las sociedades y puede rastrearse de manera histórica en todas las sociedades. Asimismo, el autor expone que este puede definirse de dos maneras más específicas:

Como palabra o expresión que debe ser evitada por temor supersticioso o religioso (tabú propiamente tal), y 2° en el sentido más amplio de evitar (por sustitución, alteración o modificación) voces o

expresiones de dominios más vulgares (obscenos, pecaminosos, desagradables, penosos) en presencia de extraños, de niños, de miembros del sexo contrario, de personas ancianas, etc. (...) (57).

Para comprender más a fondo este concepto el texto de Keith Allan and Kate Burridge es fundamental. Los autores exponen que la palabra tabú se registra como tal por primera vez a finales del siglo XVIII, en las anotaciones del explorador británico James Cook, quien exploró el reino polinesio de Tonga. Asimismo, afirman que la discusión sobre los términos tabú no se centra en qué mecanismo lingüístico para expresarlos prevalece en el uso social, sino en el hecho mismo de la transgresión. Es necesario comprender que la censura varía, y con ello surgen nuevas formas creativas para nombrar aquello que se considerado prohibido.

Lo anterior lleva a otro punto esencial que es necesario aclarar, el lenguaje tabú es una constante en todas las épocas y las sociedades, no obstante, esto no significa que todos los términos tabú (junto con los comportamientos que son la motivación lingüística de su creación) lo sean de forma universal. Por lo tanto, los términos, ideas, frases, etc., que se encuentran dentro de esta categoría de análisis responden a las prohibiciones establecidas por una comunidad específica en un tiempo específico, las cuales podrían mutar en determinado momento.

### **3.2 El tabú mágico-religioso**

Según la autora Ana Cestero (2015), el tabú lingüístico puede agruparse en diferentes esferas, una de estas es el tabú mágico-religioso. Este es uno de los tabúes más poderosos, o bien esclavizantes, a los que se enfrentan los individuos,

ya que implican una actitud de recelo o de sumisión, la cual está motivada por el miedo. Dentro de esta categoría se ubican todos aquellos términos que están relacionados con deidades o bien con los temas místicos o sobrenaturales, así como aquellos referentes a la enfermedad o la muerte (83).

### **3.3 El tabú sexual**

En esta segunda esfera se localizan todos aquellos términos que están relacionados con una connotación sexual. Con respecto a este tabú, la (83) autora (afirma que la motivación principal de que se restrinjan todos los referentes es la decencia. Esta categoría es una de las más amplias y abarca:

1. Partes del cuerpo erógenas
2. Desnudez
3. Procesos y fluidos fisiológicos
4. Prácticas sexuales
5. Actos y efectos producto de prácticas sexuales
6. Conductas y lugares
7. Cualidades relacionadas con atracción sexual
8. Condiciones u opciones sexuales

### **3.4 El tabú escatológico**

Esta categoría es una de las más complejas por definir; sin embargo, para efectos de esta investigación se utilizará la acepción establecida por Cestero (83).

Por su parte, el tabú escatológico tiene su motivación en el pudor e incluye los siguientes elementos:

1. Actos de evacuación y las partes del cuerpo implicadas en ellos
2. Residuos escatológicos
3. Lugares para realizar las necesidades físicas

### **3.5 La aproximación teórica**

Para sustentar la importancia de mantener la carga interdictiva de los términos en la traducción es necesario esbozar la aproximación teórica de los autores Hatim y Mason (1995) desarrollada en su texto *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso*. Esta obra propone un modelo traductológico basado en elementos pragmáticos, semióticos y culturales. Desde su perspectiva, es necesario analizar los propósitos retóricos específicos de los textos, lo cual implica que el traductor tenga clara la intencionalidad del autor a la hora de transferir significados:

El papel del traductor en su calidad de lector consiste, por tanto, en construir un modelo del significado pretendido del original y en elaborar hipótesis acerca del probable impacto en sus receptores pretendidos; mientras que en su calidad de productor textual, el traductor, que opera en un entorno socio-cultural distinto, trata de reproducir su interpretación del «significado del hablante» para alcanzar los efectos pretendidos en los lectores del texto de llegada (121).

Para los autores, la figura del traductor es la de un mediador entre culturas y su objetivo debe ser eliminar sus limitaciones ideológicas con el fin de reflejar en

sus producciones textuales la recepción perseguida por el autor. Un texto, por lo general, es un reflejo de una corriente ideológica específica, la cual tiene implicaciones en un contexto social. Es por esta razón que de la fidelidad al registro, intencionalidad y género textual juegan un papel determinante a la hora de traducir una obra.

Al respecto de las esferas analizadas por Hatim y Mason, Amparo Hurtado (2001) expone puntualmente la relación entre pragmática, semiótica y actos comunicativos propuesta por los autores. Según Hurtado (543), estos afirman que los actos comunicativos tienen su motivación en la semiótica del contexto, la cual es al mismo tiempo la motivación de los elementos pragmáticos.

En cuanto al texto como un producto social, la autora afirma que «(...) toda traducción, como toda interacción lingüística, es un acto de comunicación y no puede ser considerada aisladamente, sino como parte de la vida social» (542). Este aspecto es esencial, ya que el foco de esta investigación es el lenguaje ofensivo y tabú, el cual está mediado por normas estrictamente sociales.

Las esferas que deberían tomarse en consideración a la hora de realizar la traducción de un texto, como se mencionó anteriormente, son: la comunicativa, la semiótica y la pragmática. En primer lugar, la dimensión comunicativa se refiere específicamente «a la trama del proceso comunicativo y explica la variación lingüística, relacionada con el uso de la lengua y el usuario en cuestión» (543). Lo anterior significa que, comunicativamente hablando, una traducción requerirá de un registro en específico según lo dicte el contexto. Por ejemplo, a nivel contextual, el texto *Necrophilia Variations* tiene una función y esta es la de romper con un tabú,

no solo a nivel temático sino también a un nivel lingüístico. Por lo tanto, su traducción requiere del uso de un registro transgresor que refleje estas características del texto original.

En segundo lugar, la dimensión pragmática se entiende como la asociación entre las relaciones lingüísticas y un determinado contexto. Dentro de ella se incluyen «las nociones de implicatura, inferencia y presuposición, así como el conjunto de reglas para que la comunicación funcione» (546). En términos pragmáticos, esto quiere decir que una traducción de *Necrophilia Variations* demandaría la reproducción de una cierta intención que tiene el autor para con el lector meta. Esto solo es posible alcanzarlo y reproducirlo a través de usos determinados de términos y significados (tanto en el texto original como en la traducción).

Por último, la dimensión semiótica se define como la rama que «trata los textos como signos dentro de un sistema de valores de una determinada cultura» (548). La cita anterior se refiere entonces a las normas sociales existentes asociadas a un género o tipo de discurso, es decir, todas las producciones textuales desde el momento de su creación están regidas por las convenciones propias del polo de recepción, lo cual implica entonces que la traducción también debe adaptarse a las características del género al que pertenece el texto original.

## Marco metodológico

Una vez esbozadas las definiciones de cada término y los diferentes aspectos que se abarcan dentro de ellas, es necesario señalar la metodología que se seguirá para analizar los términos y frases tabú extraídos del texto *Necrophilia Variations*.

Según Helio Gallardo (2002), como bien lo especifica en su libro *Elementos de la investigación académica*, una investigación es de tipo documental cuando las fuentes de información primarias (o elementales) utilizadas son documentos que han sido previamente recolectados. Por su parte, una investigación de campo es aquella en la cual las fuentes primarias de información se constituyen por datos que no están acuñados en ningún documento, por lo tanto el investigador, a través de observaciones, pruebas o experimentos, genera elementos de análisis.

De acuerdo con lo señalado, es posible clasificar este estudio fundamentalmente como una investigación documental (bibliográfica), ya que para cumplir con los objetivos establecidos se implementará el uso de libros, documentos y artículos, los cuales facilitarán el desarrollo del trabajo. En síntesis, esto quiere decir que en primer lugar se realizará un análisis de las fuentes referentes al lenguaje tabú, sus orígenes y sus clasificaciones. Posteriormente, se llevará a cabo la selección de los términos y expresiones asociadas con el tabú presente en los cuentos seleccionados, para proceder a clasificarlos en las esferas mencionadas. Por último, se realizará una propuesta de traducción con el fin de establecer la importancia de conservar la carga semántica de este tipo de expresiones.

En cuanto a la selección de los términos tabú de los textos originales, se realizó, en primer lugar, a partir de la competencia lingüística de la traductora fuente en el idioma meta, esto permitió reconocer aquellas expresiones que no son típicas del habla considerada como normativa o formal. Una vez escogidos los términos se utilizó, la herramienta de los diccionarios; Urban Dictionary, Merriam-Webster y Linguee. Estos diccionarios en línea señalan el origen coloquial o «vulgar» de las palabras, y de esta forma se corroboró que los términos seleccionados en la lengua de origen pertenecían, en efecto, al lenguaje ofensivo y tabú en este caso.

Asimismo, para la traducción se escogió la variante lingüística costarricense, ya que este es el público meta del texto y es, en este caso, la más funcional para romper con la interdicción de este tipo de lenguaje. Una vez escogidos los términos originales, se utilizó el Diccionario de la Real Academia Española, puesto que al introducir las palabras la herramienta señala si dicho vocabulario es normativo o no.

Por otra parte, el criterio teórico para mantener el grado de interdicción de los términos es el propuesto por los autores Hatim y Mason: estos autores proponen que las traducciones deben realizarse tomando en cuenta la perspectiva semiótica, pragmática y cultural de los textos. Una vez categorizados los términos originales se procedió a ubicarlos en tres tablas divididas en los tipos de tabú seleccionados. Cada una de estas tablas está compuesta por el texto de origen, el texto meta y un comentario de análisis respecto a la escogencia de las equivalencias.

## Capítulo 5

### Análisis y traducción de términos

El presente capítulo tiene como eje central la ejemplificación y el análisis de las traducciones de términos relacionados con el lenguaje ofensivo y tabú, esto con el objetivo de brindar una propuesta traductológica que permita conservar la carga semántica de los términos seleccionados en el texto meta. Esto se logrará siguiendo los postulados de Hatim y Mason (1995) acerca de la traducción y el análisis del discurso. Según su teoría, el traductor debe tener claros los propósitos retóricos de un texto, esto quiere decir que la tarea del traductor es reflejar las intencionalidades pragmáticas, retóricas, semióticas y culturales de los textos (57).

Todas las producciones textuales reflejan determinada ideología y su traducción tiene una serie de implicaciones en el contexto sociocultural. En el caso de *Necrophilia Variations*, la intencionalidad está ligada a una serie de relaciones sociolingüísticas. El texto persigue la ruptura y la transgresión de la censura a través del uso del lenguaje ofensivo, y por esta razón, el traductor está obligado a reflejarla tal cual en la traducción.

Los ejemplos que aquí se exponen se trabajarán mediante tres tablas, las cuales se dividirán en tabú sexual, tabú escatológico y tabú religioso. Cada una de ellas estará compuesta por el texto original (TO), el texto meta (TM) y un comentario que explicitará la justificación de las escogencias terminológicas.

## 5.1. La traducción del tabú sexual

La tabla 1 muestra una serie de extractos con ejemplos relacionados con uno de los más grandes tabúes, sobre todo en las sociedades más conservadoras, como lo es el sexo. Como ya se sabe, este es un tema que se evade o bien si se hace algún tipo alusión en contextos sociales se utilizan técnicas como el eufemismo para conservar la interdicción.

Los ejemplos aquí señalados son transgresores por mostrar imágenes explícitas y reforzarlas mediante el uso de un lenguaje que podría considerarse como ofensivo o tabú. Cabe destacar también que esta categoría tabú es la más recurrente en los cuentos de *Necrophilia Variations* y por esta razón se muestra más ejemplos.

**Tabla 1. Ejemplos de lenguaje ofensivo asociado con la esfera sexual**

TO	TM	Análisis de escogencia terminológica
«For example, the tombstone of a necrofriendly man could be carved in the shape of an <b>erect penis</b> (...)» (2).	«Por ejemplo, la lápida de un hombre amigable con la necrofilia podría ser tallada en forma de un <b>pene erecto</b> (...)»	La palabra «pene», si bien es cierto, forma parte del lenguaje estándar o normativo, forma parte del vocabulario ofensivo y tabú, ya que las partes del cuerpo masculino o femenino suelen nombrarse a partir de términos eufemísticos. Como se puede apreciar, en ambos textos se opta por una equivalencia que sea fiel a esta explicitación.

<p>«Every <b>vagina</b> would be my grave, every <b>clitoris</b> my headstone, and by way of tribute perhaps you could even shave my epitaph into your <b>pubic hair</b>» (03).</p>	<p>«Cada <b>vagina</b> sería mi tumba, cada <b>clitoris</b> mi lápida, y a modo de tributo, tal vez vos podrías incluso afeitarte mi epitafio en tu <b>vello púbico</b>».</p>	<p>Como se explicó con anterioridad, el mencionar las partes íntimas por su nombre implica recelo y censura, incluso si están siendo nombradas por los nombres establecidos. En el extracto anterior se usan términos asociados al cuerpo femenino y su órgano reproductor, esto por sí solo es símbolo de una transgresión.</p>
<p>«When someone you love dies, should you <b>masturbate?</b>» (29).</p>	<p>«Cuando alguien que amás muere, ¿deberías <b>masturbarte?</b>»</p>	<p>El acto de masturbación es uno de los más censurados y no es un tema del que se hable abiertamente, es por esta razón que este término es considerado como ofensivo o tabú y su aparición implica una transgresión.</p>
<p>«The <b>sperm</b> had dried in them overnight, so they were crusty like a stale croissant» (93).</p>	<p>«El <b>semen</b> se secó en ellos durante la noche, por lo que quedaron crujientes como un croissant rancio».</p>	<p>Los fluidos asociados al acto sexual son parte del tabú, aun cuando se nombren de la forma normativa. Por lo tanto, este es un ejemplo de la ruptura con la censura que busca el autor en su texto al hacer alusión al producto de la masturbación.</p>
<p>«I like to push fear inside of you, penetrate you with fright the way other men</p>	<p>«Me gustaría empujar el miedo dentro de ti, penetrarte con pavor de la</p>	<p>El término «cock» es una de las formas para llamar al órgano reproductor masculino considerada como ofensiva y soez. Para la traducción de este término al español, se optó por la palabra «picha»</p>

<p>penetrate you with their <b>cocks</b>» (102).</p>	<p>manera en que otros hombres te penetran con sus <b>pichas</b>»</p>	<p>sobre otras equivalencias como lo son «pinga» o «polla», ya que esta representa de mejor manera la carga semántica de la palabra original. En la sociedad costarricense esta es considerada como una palabra malsonante y genera en los receptores una sensación de ofensa y desaprobación.</p>
<p>«Sure, they'd leave <b>cum stains</b> on your grave marker, but it has to be better than decomposing in the ground like a human turd» (01).</p>	<p>«Claro, dejarían manchas de <b>leche</b> en tu lápida, pero eso tiene que ser mejor que descomponerse en el suelo como un excremento humano»</p>	<p>El extracto anterior muestra los términos más coloquiales utilizados para referirse al semen. Para la traducción se optó por la palabra «leche», ya que es la que más aparece en los estudios realizados (ver Calvo, 2011) sobre este tipo de lenguaje en la variante costarricense. Además, es importante mencionar que puede tener una acepción en los cuentos como verbo, la cual es el equivalente en la jerga popular a «regarse».</p>
<p>«The heart, that organ of romance, can be used as a four-chambered pocket <b>pussy</b>» (01).</p>	<p>«El corazón, ese órgano del romance, puede ser utilizado como un <b>mico</b> de bolsillo de cuatro cámaras».</p>	<p>Otro ejemplo de vocabulario soez para referirse al órgano reproductor femenino es la palabra «pussy». Se escogió como equivalente la palabra «mico», ya que es el término que está presente en la variante costarricense como equivalente y es el más extendido en el habla popular.</p>
<p>«Her <b>breasts</b> would be too jiggly—the real necrophile likes</p>	<p>«Sus <b>pechos</b> serían demasiado suaves, al verdadero</p>	<p>El extracto anterior muestra dos términos como referencia a los senos femeninos. Uno es formal y el otro más coloquial. Ambos representan una ruptura con el</p>

<p>rigor mortis <b>tits</b>, <b>breasts</b> with hard shells like exoskeletons». (98)</p>	<p>necrófilo le gustan las <b>tetas</b> de rigor mortis, <b>pechos</b> con cobertura rígida como los exoesqueletos».</p>	<p>tabú pues nombran de forma explícita partes del cuerpo de la mujer.</p>
<p>«You get bored <b>fucking</b> the same old cadavers, day in and day out» (101).</p>	<p>«Te aburrís de <b>cogerte</b> los mismos cadáveres, día tras día».</p>	<p>Para el término «fuck» se escogió el equivalente «coger», sobre otras opciones como «follar» por ser propio de la variante costarricense y porque representa una ruptura con la interdicción.</p>
<p>«<b>Prostitutes</b> could <b>mingle</b> with mourners, giving away free <b>handjobs</b>» (31).</p>	<p>«Las <b>prostitutas</b> podrían <b>meterse</b> con los afligidos, dándoles <b>sobos</b> gratis».</p>	<p>Este fragmento muestra tres referencias al ámbito sexual. La palabra «mingle» tiene una doble connotación, en este caso se refiere a la coloquial, la cual implica involucrarse de forma sexual con otro individuo. Es por esta razón que el traductor debe discernir cuando se emplean este tipo de usos. De igual forma, se escogió «sobos», ya que es la más común en la variante costarricense para referirse a esta acción.</p>

<p>«An inscription might suffice, an epitaph that titillates like <b>dirty talk</b>» (02).</p>	<p>«Una inscripción puede ser suficiente, un epitafio que excite como lo hace <b>decir cochinadas</b>»</p>	<p>La expresión «dirty talk» puede encontrarse en diferentes lugares traducida como «hablar sucio», no obstante esta es una traducción literal y es mejor optar por alguna expresión en la lengua meta que tenga la misma carga semántica. Una opción en el contexto costarricense, por ejemplo, sería «decir cochinadas». Esta expresión se refiere al acto de expresar vulgaridades.</p>
<p>«I <b>fingered</b> Kristin in the back of my car and she panted and I shut my eyes, focusing on the sounds she made» (104).</p>	<p>«<b>Endedé</b> a Kristin cuando estábamos en la parte trasera de mi auto, y ella jadeó, y yo cerré los ojos, enfocándome en los sonidos que hacía».</p>	<p>El término «fingered» aparece en los diccionarios como «manosear», no obstante, esta acción no encierra el significado de origen en su totalidad. Por esta razón, se optó por «endedar», el cual es un término bastante coloquial que si bien no está registrado en los diccionarios sí es parte de la jerga popular respecto al acto sexual.</p>
<p>«Afterward she lay there, quietly giggly. “I’ll <b>blow you</b>,” she offered, laying her head in my lap» (104).</p>	<p>«Voy a <b>mamarte</b>, se ofreció, poniendo la cabeza en mi regazo».</p>	<p>La palabra «blow» tiene múltiples significaciones, las cuales no están en principio, asociadas a un valor sexual. Sin embargo, en determinado contexto se utiliza para referirse a la felación. En la variante costarricense «mamar» es el</p>

		equivalente que se utiliza, el cual se cataloga como parte del léxico vulgar.
--	--	---

### Tabla 2. La traducción del tabú escatológico

Lo escatológico tiene distintas acepciones, en esta categoría se tomarán como escatológicas determinadas funciones corporales que socialmente se ha considerado más conveniente no mencionar o bien mencionarlas de forma eufemística. Asimismo, como parte de lo escatológico se entenderán las alusiones a la muerte, ya que es un tópico que se ha destinado a la clandestinidad a pesar de ser un acontecimiento inherente a la condición humana. Es posible afirmar que es uno de los tabúes más instaurados socialmente, casi tanto como el que existe alrededor de la esfera de lo sexual.

Cabe destacar que se escogen ejemplos muy puntuales, ya que los términos para referirse a las acciones señaladas con anterioridad son los mismos a lo largo de los textos.

### Tabla 2. Ejemplos de lenguaje ofensivo asociado con la esfera escatológica

«When we're together, love is assailed from all sides by little imperfections. I smell. I <b>belch</b> . I <b>fart</b> . I <b>shit</b> . How can you possibly	«Cuando estamos juntos, el amor es atacado por todos lados por pequeñas imperfecciones. Huelo. <b>Eructo</b> .	Este fragmento muestra una serie de ejemplos de términos referentes a las funciones fisiológicas. Este tipo de tópicos se evitan a toda costa y si en determinado contexto social se mencionan suele ser a partir de interdicciones. En este extracto no solo es transgresor el hecho de mencionarlos, sino que se utiliza un
---	--	---

<p>feel romantic about me? And you —you're no angel. You whine. You <b>piss</b> and moan» (130).</p>	<p>Me tiro <b>pedos</b>. <b>Cago</b>. ¿Cómo es posible que sintás romanticismo por mí? Y vos? No sos un ángel. Llorás, <b>meás</b> y gemís».</p>	<p>registro que sería considerado inapropiado. Por esta razón, es mandatorio que la traducción utilice un registro lingüístico que refleje la carga de los términos en cuestión. El registro escogido busca intensificar las acciones en lugar de atenuarlas.</p>
<p>«When she put the condom on me with her mouth, did she leave <b>chop suey saliva</b> on it? Did my penis now <b>smell like chicken chow mein?</b>» (89)</p>	<p>«Cuando me puso el condón con su boca, ¿Me dejó <b>saliva de chop suey?</b> ¿Mi pene ahora <b>huele a pollo chow mein?</b>»</p>	<p>Si bien es cierto la saliva por sí sola no podría considerarse como tabú, en este fragmento se incluye como parte de lo escatológico por estar asociado a una escena desagradable que implica mal olor y residuos alimenticios. Se busca provocar un sentimiento de repulsión en el lector, y la forma de hacerlo es mediante la fidelidad a cada uno de los detalles.</p>
<p>«Odds are he'll <b>puke</b> and never ask for more— and the same might apply to necrophilia» (100).</p>	<p>«Lo más probable es que <b>ranche</b> y nunca pida más, lo mismo podría aplicar para la necrofilia»</p>	<p>Los extractos textuales anteriores presentan referencias al acto de vomitar. Este es un tópico que resulta desagradable y es común que se guarde cierto decoro respecto a esta acción. Para la traducción del término «puke» no se utilizó el diccionario para dar con el equivalente. La palabra «ranchar» es un modismo; esto se refiere a que son términos privativos de una lengua y su significado no se deduce por las palabras</p>

<p>«They could give you a specially tailored emetic that would induce <b>vomiting</b> at the sight of a cadaver» (98).</p>	<p>«Podrían darte un emético hecho especialmente para inducir el vómito al ver un cadáver».</p>	<p>que lo conforman. Costa Rica tiene una amplia gama de modismos y muchos de hecho están relacionados con lo ofensivo y tabú.</p>
<p>«In death we become defenseless and, to necrophiles, irresistible. Every cadaver is a sex object, and in that sense the terrorist who blew off his body is a symbol of our common fate» (04).</p> <p>«The worst hours are not those hectic ones</p>	<p>«En la muerte nos convertimos en seres indefensos y, para los necrófilos, en irresistibles. Cada cadáver es un objeto sexual, y en ese sentido el terrorista que explotó su cuerpo es un símbolo de nuestro destino común».</p> <p>«Las peores horas no son esas agitadas del</p>	<p>Los extractos anteriores muestran alusiones al tema de la muerte. Este es un tópico que en la sociedad actual se considera tabú, por lo general para referirse a esta condición existen una serie de modismos o eufemismos que atenúan el sentimiento de incomodidad que puede generar este tipo de discusión. No obstante, en los cuentos seleccionados, la muerte es el tópico principal y se describe ampliamente, no solo posibles escenarios en los que esto podría suceder, sino también las sensaciones que evoca en quienes están alrededor.</p>

<p>of the <b>funeral and interment, when you're still in a state of shock and disbelief, but the ones that come after—when you're alone, lying in bed reminiscing or sifting through the belated's belongings.</b> Those are the hours when <b>loss crushes you like a displaced boulder</b> and you feel like you can hardly move or breathe let alone touch yourself» (30).</p>	<p><b>funeral y el entierro, cuando todavía estás en un estado de conmoción e incredulidad, sino las que vienen después, cuando estás solo, tumbado en la cama rememorando o examinando las pertenencias tardías.</b> Esas son las horas en las que <b>la pérdida te aplasta como a una roca desplazada</b> y te sentís como que apenas podés moverte o respirar y mucho menos tocarte».</p>	
---	--	--

### 5.3. Traducción del tabú religioso

El término tabú religioso se utiliza para referirse a todos los actos cuya prohibición tiene un trasfondo religioso o espiritual. Si bien es cierto, hoy en día hay

una actitud más abierta respecto a este tipo de tabú, en el caso particular de la población costarricense (que es a la que está dirigida la traducción realizada) aún están instaurados una serie de pensamientos que implican recelo hacia determinados tipos de comportamientos. De ahí que las obras literarias con escenas transgresoras de esta índole causen polémica o que su recepción se limite a un pequeño grupo de lectores.

**Tabla 3. Ejemplos de lenguaje ofensivo asociado con la esfera religiosa**

<p>«Essentially the funeral would become something like an Irish wake, <b>but with fucking rather than drinking</b>» (20).</p>	<p>«En esencia el funeral se convertiría en algo así como un <b>velorio irlandés, pero con coger en lugar de beber</b>».</p>	<p>Este fragmento se considera parte del tabú religioso, ya que sugiere asociar un acto solemne para la religión, como lo es un funeral, con un acto sexual. Estos dos eventos juntos, para la cultura receptora, resultarían ofensivos y repulsivos.</p>
<p>«Sex workers must no longer be impugned since, <b>like the priest, the prostitute provides solace and comfort to the bereaved</b>»</p>	<p>«Los trabajadores del sexo ya no deben ser impugnados, <b>ya que como el sacerdote, la prostituta proporciona refugio y consuelo a los afligidos</b>»</p>	<p>Este fragmento es considerado tabú, ya que se equipara la figura del sacerdote con la de una prostituta. Esta comparación, en una sociedad creyente, resultaría impensable e incluso ofensiva, ya que un oficio es considerado sagrado mientras que el otro de los más despreciables en un contexto social.</p>

<p>«For example, the tombstone of a <b>necrofriendly man could be carved in the shape of an erect penis, and then his coffin could have a little padded hole in the bottom to facilitate a sick sort of sodomy.</b> (2)</p>	<p>«Por ejemplo, una <b>lápida amigable con la necrofilia podría tallarse en forma de un pene erecto, y entonces su ataúd podría tener un pequeño agujero acolchado en el fondo para facilitar una especie de sodomía enfermiza»</b></p>	<p>Este fragmento se incluye en el tabú religioso por sus referencias la necrofilia y por las sugerencias respecto a la forma de enterrar a los muertos. En la cultura receptora, estos deben respetarse y son vistos con una suerte de sacralidad. A la hora de traducir, la fidelidad a los detalles es sumamente decisiva, ya que el texto busca transgredir la actitud sumisa y de respeto ante este tipo de actos. Todo esto se hace con el fin de evocar sentimientos de repulsión en el lector.</p>
<p>«You <b>would rail against God,</b> since He was keeping you from consummating your love. I would send smoke signals from my pit of brimstone—love letters that smelled like sulfur and made you choke. Maybe we</p>	<p>«Vos <b>te revelarías contra Dios,</b> ya que él te impide consumar tu amor. Yo enviaría señales de humo desde mi pozo de azufre, cartas de amor que olerían a azufre y te harían ahogarte. Tal vez incluso</p>	<p>Finalmente, el fragmento anterior se considera tabú por las referencias a revelarse contra dios y la integración de figuras religiosas, como lo son los ángeles y demonios, en un acto sexual. Las personas creyentes en la religión, actúan de forma sumisa y revelarse sería algo impensable, digno del castigo divino. De igual forma, evitan nombran las figuras asociadas al pecado por temor a ser castigadas. Esto hace que el extracto textual sea transgresor, puesto que crea una ruptura de una serie de pensamientos</p>

<p>would even try to sneak off to purgatory for illicit rendezvous.</p> <p>You'd be an angel and me a demon, with horns and hooves like a goat, but that wouldn't detract from our passionate reunion. <b>Your golden halo would shake while we fucked. I'd take you from behind and the feathers on your wings would tickle my snout»</b> (130).</p>	<p>intentaríamos escaparnos al purgatorio para el encuentro ilícito.</p> <p>Serías un ángel y yo un demonio, con cuernos y pezuñas como una cabra, pero eso no restaría a nuestra apasionada reunión. <b>Tu halo dorado temblaría mientras cogemos. Te cogería por detrás y las plumas de tus alas me harían cosquillas en el hocico».</b></p>	<p>instaurados socialmente. Muchas veces este tipo de alusiones tienden a eliminarse por razones culturales, no obstante, por la intencionalidad del texto estos detalles se traducen tal cual.</p>
---	--	---

Como fue posible observar en las tablas anteriores, el propósito general de la traducción es la adaptación de las esferas pragmáticas, semióticas y culturales que están inscritas en todos los cuentos. Esta noción de fidelidad es de vital importancia, ya que sugiere que la meta principal del traductor debe ser «conservar

la forma lingüística que tiene el original en la lengua de salida, tratando de imitarla en la sucesión de las palabras, en la sintaxis y, en la medida de lo posible, en la sonoridad y la fonología de la lengua de llegada» (Ponce, 2008).

Como sugieren los postulados teóricos de Hatim y Mason (1995) la traducción debe ir más allá de un mero traslado de estructuras o términos, pues traducir de forma literal solo daría como resultado una serie de estructuras lingüísticas forzadas. Por esta razón, debe privar en la traducción el uso de recursos que reproduzcan la misma carga interdictiva en la lengua meta así como lo plantea el autor en el texto de origen.

Estos recursos serían en este caso el uso de un registro coloquial o «vulgar» costarricense, ya que es el que permite mantener la carga interdictiva de los términos seleccionados en los textos. Si esta carga se hubiese alterado de alguna forma a la hora de traducir, los términos habrían perdido su intencionalidad de transgresión así como el impacto que el texto busca causar en el lector.

## **Conclusiones**

En este apartado se expondrán las principales conclusiones y recomendaciones derivadas del análisis del proceso de traducción realizado, esto con el fin de mostrar los conocimientos obtenidos a lo largo de la investigación, así como posibles focos de investigación a los cuales se les podría dar continuidad a futuro.

### **7.1 Sobre la traducción del lenguaje ofensivo y tabú**

El análisis bibliográfico permitió concluir que la mayoría de investigaciones que versan sobre este tipo de lenguaje señalan la atenuación o la censura como los enfoques más utilizados, que el abordaje de este tipo de lenguaje entonces debe centrarse en la conservación de la carga inderdictiva de los términos tabú, en la transgresión del tabú y en la recepción que los hablantes tienen de ellos.

Asimismo, se concluyó que en este ámbito proliferan los estudios asociados con el subtítulaje; sin embargo, son casi inexistentes los trabajos investigativos con un enfoque en las producciones literarias contemporáneas en las que es característico el uso de este tipo de lenguaje. Si bien es cierto que en la actualidad la televisión y el cine son medios populares, la literatura sigue ocupando un espacio importante en la cultura. Este medio también acoge múltiples producciones en las que la lengua de origen no es el español. Por esta razón, es indispensable garantizar que los traductores se acerquen a este tipo de lenguaje desde una postura más abierta y en la que el principio básico sea la fidelidad a la carga interdictiva de los términos.

## 7.2 Sobre la efectividad y las limitaciones del enfoque traductológico

Cuando el traductor se enfrenta a un tipo de lenguaje caracterizado por la censura social, como lo son las expresiones tabú, debe decidir si se inclina por la adaptación o bien si respeta la función de la terminología utilizada en un determinado texto. En el caso de *Necrophilia Variations*, el uso de expresiones tabú es abundante y su aparición no es fortuita, por el contrario, están presentes en el texto porque cumplen una función específica.

Para garantizar la conservación de la carga interdictiva de los términos de origen fue necesario adaptar un enfoque traductológico que propiciara la ruptura de la interdicción. A través de esta investigación, se concluyó que para transgredir la carga interdictiva de los términos es necesario hacer uso de la técnica de equivalencia, ya que es la más adecuada para representar las significaciones de los términos en la lengua meta. La eficacia de este enfoque, entonces, se alcanza solo si la equivalencia no se interpreta desde un enfoque literal.

La estrategia de traducción es efectiva entonces si, por el contrario, se adopta un enfoque comunicativo. Esto quiere decir que la traducción de términos se realice con el fin de provocar el mismo efecto interdictivo tanto en la lengua de origen como en la lengua meta. Para esto el traductor debe acercarse a los supuestos teóricos de la interdicción, puesto que le facilitará el discernimiento sobre los procedimientos más adecuados para transgredir la atenuación.

Por otra parte, las limitaciones de este tipo de enfoque para trabajar el lenguaje tabú se centran en la escogencia de los equivalentes. Un mismo término

puede tener diferentes acepciones o bien algunos pueden ser más transgresores que otros y es ahí donde se vuelve indefectible que el traductor posea una competencia lingüística como hablante de la lengua que le permita discernir cuál equivalente es el más preciso para comunicar una determinada emoción.

### **7.3 Sobre las ventajas y limitaciones de la metodología utilizada**

Como se mencionó al inicio del trabajo, la metodología se centró en la clasificación de los términos ofensivos o tabú. A raíz de la implementación de este modelo se concluyó que clasificar permite dar con las traducciones de manera más precisa, ya que se definen con certeza cuáles lexías poseen una carga interdictiva (así como el tipo de carga específica) y cuáles no. Para esto fue fundamental el uso de herramientas como el Diccionario de la Real Academia Española o el Urban Dictionary, pues permitieron verificar si en efecto los términos pertenecían a una jerga normativa o bien a lo que se conocería como habla «vulgar» o inapropiada.

Las limitaciones se centraron específicamente en las esferas de clasificación y lo que estas encierran. En un principio, una de las esferas por tratar fue el tabú social, no obstante, su definición es difusa y no se refiere a términos específicos sino a actitudes o apreciaciones sociales subjetivas, lo que propició que no fuese funcional a la hora del análisis y tuviese que dejarse de lado. El tabú escatológico, por su parte, representó todo un reto, puesto que los autores lo definen desde diferentes perspectivas y existen elementos que no parecerían ser tabú cuando en realidad sí lo son y deben identificarse, por ejemplo con los referentes a la saliva.

Por último, el tabú religioso implicó una redefinición de la clasificación, ya que no está compuesto por una serie de términos específicos. Esta esfera está compuesta por una serie de actitudes y opiniones censuradas según la cultura en la que estén inscritas. Todo lo anterior, significó que el método no solo se basara en clasificar vocablos, sino en el reconocimiento de actitudes o pensamientos presentes en los cuentos que también implicaran una transgresión.

#### **7.4 Sobre los trabajos previos y el análisis realizado**

La revisión bibliográfica realizada en un inicio permitió exponer que los traductores del lenguaje ofensivo y tabú en general se inclinan por atenuar o bien por eliminar los elementos lingüísticos que no son aceptados socialmente. No obstante, con base en los postulados de Hatim y Mason, sobre la traducción como un tipo de producción textual y sus esferas comunicativa, pragmática y semiótica, es posible afirmar que las traducciones de este tipo de lenguaje deben realizarse manteniendo la carga interdictiva de los términos, ya que si se hace de otra forma se pierde la intencionalidad con la fueron escritos los textos.

Con base en lo anterior, la traducción del lenguaje ofensivo y tabú en este proyecto se realizó, en términos comunicativos, bajo el principio de la fidelidad al uso específico del registro utilizado en el texto de origen. En términos pragmáticos, demandó la reproducción de la intencionalidad transgresora del autor (la cual se logró a través de los usos del lenguaje y la generación de determinados significados) y en términos semióticos implicó adoptar las características o pautas establecidas para el género textual en cuestión.

## 7.5 Recomendaciones

- Recepción de textos: la forma en la que los lectores reaccionan ante un texto juega un papel clave, ya que esta garantiza si determinada producción textual cumplió su objetivo inicial o no. Un foco de investigación en el futuro sería someter las traducciones de los cuentos a algún tipo de prueba en la que se mida la percepción del público meta, esto con el fin de determinar si el lenguaje seleccionado para la traducción cumple con el propósito de transgredir el tabú. Este punto no se desarrolló en este trabajo de grado por razones de tiempo y por el proceso normativo que implica obtener la aprobación para desarrollar un trabajo de campo.
- Adaptación: a la hora de traducir textos se emplean una serie de técnicas con el fin de garantizar la adecuada recepción de los textos en determinada cultura. En las traducciones de los cuentos seleccionados se optó por utilizar la variante lingüística costarricense con el fin de mantener el principio de complicidad y cercanía que persigue el texto en la lengua de origen. Sin embargo, hay una serie de referentes (como nombres de personajes y lugares, compañías, marcas, etc.) que no concuerdan con la ambientación del texto. Por razones de puntualidad temática y de tiempo no fue posible realizar una adaptación completa de los textos, por lo tanto este podría ser un tópico a retomar en investigaciones futuras, ya que al adaptar los aspectos señalados se garantizaría que el lector se sienta aún más identificado con el texto y que la variante lingüística tenga aún más sentido en el contexto de los cuentos.

- Variante lingüística: este tópico fue el más complejo a lo largo de la traducción de los cuentos. Las opiniones de los compañeros de clase y profesores a los que se presentó el texto estuvieron divididas en cuanto a cuál variante lingüística (costarricense, española, latinoamericana, etc.) era la más adecuada para romper con la interdicción según el público meta, es por esta razón que resultaría provechoso retomar esta línea temática en el futuro. Podría llevarse a cabo un estudio en el que se determine cuál es la variante que se utiliza en determinadas obras literarias que usan lenguaje tabú y el porqué de dicha inclinación.
- Recopilación de términos: a lo largo de la investigación fue necesario recurrir a diccionarios para determinar si un término es tabú o no. No obstante, este tipo de diccionarios solo están disponibles para el inglés; en español solamente existen listas en algunos pocos artículos académicos o trabajos de grado. A raíz de la importancia de la recopilación de léxico a la hora de traducir, otro punto por desarrollar de forma posterior podría ser la creación de un glosario que incluya los términos tabú y sus diferentes variantes en el español costarricense. Con el fin de facilitar la labor del traductor si en determinado momento debe enfrentarse a la traducción de este tipo de lenguaje.

## Referencias bibliográficas

- Calvo, A. (2011). Sobre el tabú, el tabú lingüístico y su estado de la cuestión. *Kánina*, 35(2), 121-145. Recuperado de: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/kanina/article/view/558>
- Cestero, A. (2015). La expresión del tabú: estudio sociolingüístico. *Boletín de filología*, 50(1), 71-105. Recuperado de: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-93032015000100003>
- Chamizo, P. (2008). Tabú y lenguaje: las palabras vitandas y la censura lingüística. *Thémata*, 40, (31-46). Recuperado de: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/46853/Chamizo.pdf?sequence=1>
- Fershtman, C., Gneezy, U., y Hoffman, M. (2011). Taboos and Identity: Considering the Unthinkable. *American Economic Journal: Microeconomics*, 3(2), 139-164. Recuperado de: <https://rady.ucsd.edu/faculty/directory/gneezy/pub/docs/taboo.pdf>
- Gallardo, H. (2002). *Elementos de la investigación académica*. San José, Costa Rica: EUNED.
- García, C. (2002). Estudio sobre la interdicción sexual, erótica y escatológica en los Cuentos de Eva Luna de Isabel Allende. *Ámbitos: revista de estudios de ciencias sociales y humanidades*, (7), 105-120. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2603783>
- García, L., y García, R. (2013). Estrategias de atenuación del lenguaje soez: algunos procedimientos lingüísticos en el doblaje para Hispanoamérica de la película "Death Proof". *Estudios de Traducción*, 3, 135-148. doi:10.5209/rev ESTR.2013.v3.41995
- Hatim, B., y Mason, I. (1995). *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso*. Barcelona, España: Ariel.

- Hurtado, A. (2011). *Traducción y traductología: introducción a la traductología*. Madrid, España: Cátedra.
- Jay, T. (2009). The Utility and Ubiquity of Taboo Words. *Perspectives on Psychological Science*, 4(2), 153-161. Recuperado de: <http://www.jstor.org/una.idm.oclc.org/stable/40212309>
- Keith, A., y Burrige, K. (2006). *Forbidden Words: Taboo and the Censoring of Language*. Cambridge, United Kingdom: Cambridge University Press.
- Rodríguez, G. (1987). Notas sobre el tabú lingüístico. *Documentos lingüística y literatura*, (13), 57-60. Recuperado de: [http://www.humanidades.uach.cl/documentos\\_linguisticos/document.php?id=760](http://www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=760)
- Rojo, A y Venezuela, J. (2000). Sobre la traducción de palabras tabú. *Revista de investigación lingüística*, 3(1), 207-220. Recuperado de: <https://revistas.um.es/ril/article/view/4351/4231>
- Sanz-Gallego, G., y Gallego, G. (2013). Translating Taboo Language in Joyce's "Ulysses": A Special Edition in Spanish for Franco and Perón / La traducción del tabú en el "Ulises" de Joyce: Una edición especial en español para Franco y Perón. *Atlantis*, 35(2), 137-154. Recuperado de: <http://www.jstor.org/una.idm.oclc.org/stable/4486063>
- Supervert. (2005). *Necrophilia Variations*. United States of America: Supervert 32C Inc.

## Bibliografía de consulta

- Calvo, A. (2009). *Análisis sociolingüístico sobre el tabú sexual en el español de Costa Rica. Tesis doctoral*, Facultad de Humanidades, Universidad de Bergen. Recuperado de: <http://bora.uib.no/handle/1956/3954>
- Fernández, R. (2012). *La traducción de las palabras tabú. Tesis doctoral*, Facultad de Traducción y Documentación, Universidad de Salamanca. Recuperado de:  
[https://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/120783/1/rocio\\_fernandez\\_TFG.pdf](https://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/120783/1/rocio_fernandez_TFG.pdf)
- Fleming, L., & Lempert, M. (2011). Introduction: Beyond Bad Words. *Anthropological Quarterly*, 84(1), 5-13. Recuperado de:  
<http://www.jstor.org.una.idm.oclc.org/stable/41237477>
- Fuentes-Luque, A. (2015). El lenguaje tabú en la traducción audiovisual: límites lingüísticos, culturales y sociales. *E-Aesla*, 1-11. Recuperado de:  
<https://cvc.cervantes.es/lengua/eaesla/pdf/01/70.pdf>
- Haviland, J. (2011). Who Asked You, Condom Head? *Anthropological Quarterly*, 84(1), 235-264. Recuperado de:  
<http://www.jstor.org.una.idm.oclc.org/stable/41237488>
- Maurer, D. (1976). Language and the Sex Revolution: World War I through World War II. *American Speech*, 51(1/2), 5-24. doi:10.2307/455351
- Quintilla, T. (2004). La interdicción lingüística para la palabra prostituta. *Revista de Estudios Latinos*. 4, 103-124. Recuperado de:  
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1262388.pdf>
- Santaemilia, J. (2015). Translating Sex(uality) from English into Spanish and Vice-versa: A Cultural and Ideological Challenge / La traducción del sexo/sexualidad del inglés al español y viceversa: Un reto cultural e ideológico. *Atlantis*, 37(1), 139-156. Recuperado de:  
<http://www.jstor.org.una.idm.oclc.org/stable/24757735>

West, K. (2010). Translating the Body: Towards an Erotics of Translation. *Translation and Literature*, 19(1), 1-25. Recuperado de: <http://www.jstor.org.una.idm.oclc.org/stable/20789092>

## **Anexos**

## Necrophilia Variations

“It is one of the considerable privileges of art that the horrible can be transformed, through artful expression, into beauty.” — Charles Baudelaire

**How  
Would  
You  
Like  
It?**

Inevitably there came a point at which I had to pause and ask myself: How would you like it? How would you like to be lying there on the autopsy table having the coroner slice you up into a variety of sexual aids? The femur bone makes a fine dildo. Intestines are natural prophylactics. The heart, that organ of romance, can be used as a four-chambered pocket pussy. Whatever remains of your body afterward can be filled with KY instead of embalming fluid—or vice versa, perhaps a horny little necro nymph will come along and leech the embalming fluid from your body to use as a “personal lubricant.” Who knows? The possibilities are endless. Do you prefer your corpse to be a waste product or a sex object?

When you put it that way, you would think that people would naturally prefer to be a sex object. After all, to say that your body becomes a waste product is to say that when you die you become excrement. The cadaver is a parody of you made out of shit. Who wants that? Wouldn't it be better to be a sex object? Your cerements become lingerie, you could do a striptease with your death shroud—and if you can't move or dance, eventually your shroud will rot away or be eaten by worms, so in that sense every cadaver ultimately becomes a stripper anyway. You could install a reverse periscope in your headstone so morbid voyeurs could come and ogle you.

Sure, they'd leave cum stains on your grave marker, but it has to be better than decomposing in the ground like a human turd. You could even charge a quarter for each look through the periscope, and in your will you could stipulate what to do with the funds—maybe hire a man to scrape the sperm from your stone every spring.

You would think that at least a few people would see how reasonable this is. Preferring to think of their remains as seductive rather than repulsive, they would take an open-minded attitude toward necrophiles coming to disturb their rest. Maybe they would even want to mark their graves so that necrophiles would know how to find them. An inscription might suffice, an epitaph that titillates like dirty talk. And yet for the necrophile it is a time-consuming task to read all the stones in a graveyard, especially in the dark, and oftentimes these inscriptions are eroded by rain and wind. A better solution might be to transform the gravestone itself into a powerful visual icon. For example, the tombstone of a necrofriendly man could be carved in the shape of an erect penis, and then his coffin could have a little padded hole in the bottom to facilitate a sick sort of sodomy. (Instead of a “glory hole” you could call it a “gory hole.”)

Opponents to this vision will no doubt argue that accommodating necrophiles would encourage sexual deviance and social malaise. And yet, might it not just be the reverse? Is it not possible that necro-friendly cadavers can serve the social good? Think of it. If you repress a sadistic individual, he only gets worse—meaner, crueler, more vicious, to the point where he just might be headed down the road toward that ultimate act of sadism: murder. But what if you provide a release for his pent-up penchant? Send him to the cemetery to find necro-friendly graves. Let him

put handcuffs on the dead and beat them senseless with whips. Who cares? He's not hurting anybody—and you might just be saving a life by giving him a stiff. And perhaps the same applies to deviants of every type. Let pedophiles molest the bodies of dead children. If they're really hardcore and want younger and younger flesh, give them the medical waste resulting from first-trimester abortions. Why not? It's not hurting anybody—and you just might perform a social good by draining off the evil.

Here again the shocked and appalled will raise their voices in protest. It's not a matter of physically hurting the dead, they will say, but of inflicting emotional wounds on the living, the loved ones, the survivors and heirs. Who wants to think of a guy in leather pants beating grandma's cadaver with a whip and a dog chain? Even if there's no heaven and granny doesn't know the first thing about it, it's still upsetting for the rest of us to contemplate. Certainly this is a valid objection, and yet you have to remember: you can't prevent it anyway. What are you going to do—stand watch on granny's grave? Bury her in an assault-proof coffin? About the best you can hope for is that the necrophile might respect something like the sexual equivalent of a living will. Specify how you would or wouldn't like your body to be utilized when you're gone. If you're lucky, the necrophile will be sensitive enough to respect your last wishes. Maybe he'll refrain from tying you up and giving you forty lashes, if that's what you don't want. On the other hand, maybe he'll wipe his ass with your will and whip your remains with a cat-o'-ninetails. At that point, there's not much you can do about it—unless you were buried alive, but that's even more unpleasant than a posthumous flogging.

How, then, would I like it? Would it bother me to think of my body having sex without me? Or to imagine my ass giving pleasure when I'm gone? In a way, this is a funny question for a necrophile to pose himself. A pedophile cannot become a child, a shoe fetishist cannot become a shoe, but a necrophile can and does flip over to the other side. Eventually—nay, inevitably—he becomes the object of his own weird brand of perversion: a dead body. So what then? What does the necrophile want done with his body? Of course the necrophile spends a lot of time contemplating death and therefore may have some variation on it that you wouldn't anticipate. He may not insist on being preserved in a pristine condition, for example, because he knows that a cadaver does not have to be a perfect but inert replica of a living body in order to be exploited and enjoyed. You could cook a severed limb and eat it as part of an erotic game, much the same as bored suburban couples lick whipped cream off each other's genitalia. It may not be outrageous hardcore cadaver-fucking, but is it any less an act of necrophilia?

After thinking about it, I have decided I want to be cremated—not because I want to deprive other necrophiles of my body, since that would be hypocritical. Rather, I would like to have a tombstone where people could come to pay tribute to me. And at that site, I would like to have my ashes in a dispenser of some kind, like a bubblegum machine. And from that dispenser I would like my loved ones, my survivors and heirs, my fans and followers, as well as random passersby and genealogists of the future, to take a thimbleful of ashes and sprinkle them inside their underwear. I'm particularly thinking of girls here, so that my ashes would be disseminated in panties of all kinds—cotton, silk, and satin— pink, blue, and cream.

Every vagina would be my grave, every clitoris my headstone, and by way of tribute perhaps you could even shave my epitaph into your pubic hair.

## Hideous

## Desiderata

Beauty is in the eye of the beholder. Love is blind. One man's goddess is another man's shrew. Everyone has sex appeal for someone, or many of us wouldn't be here... Platitudes! Beauty is relative, you say—but perhaps you should be cautious. Perhaps you have not really thought through the consequences of your words. Beauty is relative—right! Do you realize that that, if true, is a veritable abyss? Beauty is relative—but might it be so relative that some of us plunge right through to the very bottom and end up finding downright ugliness appealing?

What I'm going to tell you about is the systematic reversal of my libido—or rather what I learned as a result of this reversal. Don't try this experiment at home.

Like anyone else, I naturally wanted beauty—prettiness—loveliness—charm and allure made flesh. I lived in a culture indicted for its shallow worship of supermodels, beauty queens, starlets and cover girls—and I liked it. I thought it set a standard of gorgeousness by which everyone would do right to abide. In the most mundane advertisements for lipstick and eye shadow, with their pure white backgrounds and precise pictures of exotic hues, I saw a moral value—a lesson—an incitement to strive for excellence and perfection. The superficial world of appearances, I thought, was the product of a subterranean world of effort and drive. Beauty was relative not just to the person who beheld it, but to the one who produced it as well.

Accordingly, I took great personal pride in my appearance. I kept fit. I went to the gym. I swam especially, since I thought it more appealing to be lithe than to bulk up like a weightlifter. I went regularly to a nutritionist, a barber, and a masseuse. I dressed in a manner that was fashionable yet classic. I avoided fads and casual wear in favor of wellmade, rather expensive suits. I was—I admit it—rather dashing—a man about town if not a downright cad.

I had my way with women. There was no need to call beauty relative in the presence of my lady friends. Any man would have slobberingly agreed that my women were ravishing. But let me tell you a little secret. The man married to the most beautiful woman in the world? He's bored of her. B-o-r-e-d—bored. He cheats on her with crack whores. He goes behind her back with pre-op transsexuals. Why? It's like a famous crooner said. On his wedding night in Las Vegas, he asked one of his handlers to get him a hooker. The handler was astonished. "A hooker? But why? It's your wedding night! You've got one of the most beautiful women in the world waiting for you upstairs!" The crooner looked at his handler. "Yeah," he said, "but she's my wife."

Get it? At some point the Law of Diminishing Kicks sets in. You go out with an actress—and then you want a model. You go out with a model—and then you want a supermodel. You go out with a supermodel—and what do you want then? A super-dupermodel? Tough luck! When you're intimately involved with the most beautiful woman in the world, there's nowhere to go but down—down, down, down—down into the abyss of relative beauties. First you go from a supermodel back to a model,

or perhaps to a mere screen queen. Then from there you plunge and keep plunging—a cheerleader. A hairdresser. A waitress. A female construction worker.

But where is the bottom?

By the time I'd tired of the construction worker, with her body that resembled a bull terrier, I'd started to understand something very fundamental about the libido. When you try to outdo yourself, the Law of Diminishing Kicks exerts itself—you want more, better, sooner. And yet you are exhausted—bored—weakened—faithless. Conversely, when you play the Law of Diminishing Kicks backwards—when you stop trying to top the last kick and voluntarily turn around to descend through the depths of the nether thrills—something very surprising happens. Listen. You feel stronger—better—harder. Imagine! The libido is a muscle: it grows stronger through repeated exposure to resistance. And what, to the libido, is resistance? Ugliness.

Friends were no doubt shocked to see that, after the construction worker, I moved on to a fat woman—and I do mean fat. They saw me with my thin marathoner's body and wondered what it was that I admired in this portly paramour with the plus-size panties. You, no doubt, now know—you can see clearly what it was that they could hardly divine. My obese odalisque was a drill instructor to my libido. She made it lift the barbell of disgust and run the treadmill of repulsion. She made it sweat out its narrow aestheticism and steel itself for erotic encounters with an ever-increasing range of hideous desiderata.

Next was a deformed man—an amputee—and after him, a dog. In bestiality, I felt as though I had neared the bottom rung on the ladder of relative beauties. I was

prepared to take a final step—down—down into a realm so far from normal human sensibility that, unlike adultery, homosexuality, and bestiality, it was not even proscribed in the Bible. Who would have thought to forbid an act—a perversion—that already seemed so inherently repellent? Even for me it remained repulsive—and yet that was precisely what I was after: something to provide resistance to my increasingly potent libido.

It couldn't be anything too reminiscent of—normal life. It needed to be fully itself, with no pretense or gesture of compromise toward the natural predilections of the male libido. It couldn't be a mere simulacrum of sleeping beauty, Juliet in her tomb with the blush of youth still masking the effects of a lethal poison. I needed something—sickmaking. Something not just dead but so very dead that there could be no mistaking it for anything else.

And do you know what I discovered? Rigor mortis, pallor, rot— these too can be sources of exquisite sensation. Flesh that is—shall we say, overripe—can provide a soft, snug embrace, even in places where formerly there was no orifice. And maggots, however appalling it may at first sound—and I recognize that it does sound appalling—maggots, when they crawl or scamper across your organ of pleasure, send delightful tickles through your nervous system, like little fingers or a vibrator.

But where do you go from there? Necrophilia is where the relativity of beauty butts up against a limit: death. What could possibly be uglier? You can't go any further down, any further away from innate human sensibilities. From there, you can only turn around and begin climbing your way back up the food chain of beauty—but listen. Once you've been there, once you've touched bottom in the abyss, you will

be forever after condemned to see beauty through a lens of ugliness. The rest of your life, it will be impossible to see the clitoris of the most beautiful woman in the world without feeling astonished at how much it resembles a maggot on her cadaver.

**Prescription  
for  
Grief**

When someone you love dies, should you masturbate? To anyone who has experienced true grief, this may be a counterintuitive—if not downright repulsive—suggestion. The common tendency, upon learning of a loved one’s demise, is not to induce pleasure but rather pain: we tear our hair, pound our fists on the floor, lash ourselves and long to die. Grief reduces us to a self-mutilating spectacle—and this pathetic display is so obviously masochistic that you can’t help but wonder if there is a sadistic audience for it, sick individuals who derive sexual titillation from exhibitions of mourning. No doubt there are indeed those whose pulse quickens at the sound of sobbing and the sight of black veils, and yet the arch-sadist himself, the Marquis de Sade, proposed at least one cure for the pangs of irrevocable loss. Iwan Bloch, who wrote the first biography of the divine marquis, noted Sade’s point in *Justine* that a certain “passionate excitation, which can be done every moment without the aid of another, was the best consolation for sorrow, for onanism caused all pain to disappear with safety.” This was in fact the advice that Juliette offered her younger sister Justine after their parents’ death. Juliette counseled her “that it was possible to find in oneself physical sensations of a sufficiently voluptuous piquancy to extinguish all the moral affections whose shock could be painful; that it was all the more essential so to proceed, since true wisdom consists infinitely more in doubling the sum of one’s pleasures than in increasing the sum of one’s pains.” Such logic is hard to refute. Few non-sadists would argue that pain should be inflicted upon the pained. If a man were lying in bed suffering from a terminal illness, would you beat

him with a whip? Of course not. You would not want to multiply his distress. And yet, if that's the case, why do we lacerate ourselves when we grieve? You might say that, when we are sad, pain itself becomes pleasurable, but really this makes no more sense than saying that, when we are happy, pleasure becomes painful—an obvious untruth. Perhaps Sade was right: if the pursuit of pleasure is superior to the exacerbation of pain, then when someone dies you really ought to masturbate. Of course, this would have radical consequences for death rites and exequies. No longer would clerical figures be summoned to give speeches and eulogies at funerals. Instead, there would be stimulating entertainment. Exotic dancers would leap out from behind bouquets of flowers to create an uplifting atmosphere of sexual license. A star attraction might pop out of a coffin to do a striptease with shrouds and cerements. Instead of tearing their clothes, mourners would pop their zippers and express their laments in sighs of pleasure. Ceremonies might even move from funeral homes to go-go bars and porn emporia. And anyone so prudish as to cling to their wailing and woe could be slipped a strong dose of aphrodisiac or date-rape drug. Essentially the funeral would become something like an Irish wake, but with fucking rather than drinking. Certainly such a ceremony would ease the sorrow and sadness of bereavement. But what after? The worst hours are not those hectic ones of the funeral and interment, when you're still in a state of shock and disbelief, but the ones that come after—when you're alone, lying in bed reminiscing or sifting through the belated's belongings. Those are the hours when loss crushes you like a displaced boulder and you feel like you can hardly move or breathe let alone touch yourself. How then do you take the cure prescribed by the divine marquis? On one hand, there is an element of self-discipline involved. After all, it is you who allows

yourself to indulge in loneliness and lamentation. Rather than ruminate, you could fantasize about acts of outrageous sexual gratification. Rather than look at snapshots of the dear departed, you could read pornographic magazines or watch fisting videos. At worst, if you absolutely must cry, you could gather your tears and use them as a sexual lubricant. Mucous accumulated from the sniffles can make an effective replacement for lubes and gels. Try rubbing a soiled tissue in your groin. On the other hand, it may be unrealistic to expect people racked by grief to exercise such self-discipline. It is important, therefore, that measures be taken to help mourners help themselves. For example, the old and the terminally ill should be careful to leave dildos, pocket pussies, and pornography amongst their things in order to lighten the hearts of their inheritors. Such sexual aids might even become heirlooms, passed from one generation to another. "These were my great grandmother's ben-wa balls," your proud descendants will say. Broader social changes would have to be instituted as well. Memorial Day could become a Saturnalia, with local governments providing strippers to dance on graves. Celebrity porn stars could autograph tombstones while their fuck films are projected behind them on the white walls of mausoleums. Prostitutes could mingle with mourners, giving away free handjobs. Engravers could volunteer to brighten up old tombstones with new epitaphs of a more titillating nature: "do me baby" and "fuck me harder" provide more spiritual uplift to the bereaved than "rest in peace." And perhaps there could even be product demonstrations for completely new types of grave markers. Marble is cold and hard, a concrete reminder of the irreversibility of loss. Why not use friendlier materials? Tombstones could be made to resemble beanbag chairs, so that mourners could lie comfortably on them and drown their sorrows in autoerotic

sensations. Of course, this mass alleviation of the suffering of mourners will necessarily entail other shifts in social perception. Masturbation must no longer be taboo. Sex workers must no longer be impugned since, like the priest, the prostitute provides solace and comfort to the bereaved. And if on a sunny day a man in a trench coat approaches you, unbuckles his slicker and touches himself, you should not leap to the conclusion that he is an exhibitionist creep. More likely, in the new order of things, he is probably just someone trying to deaden a nerve after a tragic loss, and therefore the moral thing is to give him a hand—or better yet, a handjob.

## **Meat**

### **Substitutes**

I was taking some money out of the automatic teller machine when I turned to see my butcher at the screen next to me. He was an older man with big hands that you could easily imagine strangling a chicken. Normally I envisioned him in a white apron stained with blood, so it was strange to see him at the ATM dressed in a nylon jogging suit. He looked uncomfortable manipulating the keypad and touchscreen, as though he would prefer to cut his money out of the bowels of the machine with a knife.

“Haven’t seen you around lately,” he said.

“My wife’s into the organic thing now,” I replied, counting my money. Although I’d never gotten the wrong amount from an ATM, I still felt the need to count it. “You know—no insecticides, no genetically modified tomatoes, no bioengineering. We haven’t really been eating much meat.”

“You and everyone else.” He took his transaction receipt and scrutinized it with the face of a man receiving bad news. “No one goes to the butcher anymore. Meat is a dying business. When my father started the shop, people ate bacon for breakfast, hamburgers for lunch, and for dinner—pork chops, steak, veal, whole chickens. Now all they want is tofu and soy.” He shook his head from side to side. “Artificial chicken. Imitation beef. People want meat to grow on a plant, for Christ’s sake.” Suddenly I felt guilty for all the veal I’d avoided and the pork I’d eschewed. An

old joke floated through my mind. What do soy beans and vibrators have in common? They're both meat substitutes.

"I wish I could sell out," he continued, "but who wants to invest in a butcher shop nowadays?"

"Your kids don't want to go into the business?"

"My kids are adults. They have lives already. And you think my grandkids want to go into meat? All they can talk about is computers."

"Maybe you have to keep up with the times," I offered. "Reinvent the business."

"What do you mean?"

"It's all a matter of perception. The word butcher scares people. They imagine you ringing the neck of a chicken, hitting a cow in the head with a sledgehammer, hanging a pig upside down and slitting its throat. You have to put a different spin on it. Instead of calling yourself a butcher shop, think of yourself as a meat boutique. Put some chairs out on the sidewalk and serve espresso. Have a live jazz band on Thursdays. Schedule some poetry readings."

"Yeah, and I should have a clown act too? Bozo the Bacon Eater? I should be the P. T. Barnum of meat?"

"If that's what it takes." "Nah." He slapped at the air. "I'm too damn old."

"You're not too old," I said. "It just that the times are changing."

“For the worse. What kind of world is it when you have to do a dog-and-pony show just to get people to buy meat? It’s food, for Christ’s sake.”

I smiled. Though I felt sorry for him, I could see the truth in what he was saying.

“I just don’t get it,” he continued. Taking me by the elbow, he pulled me away from the money machines. He reached into a plastic shopping bag and withdrew a pile of letters bound by a rubber band. “Look at this,” he said. “Today’s mail. Three credit-card offers—I can remember a day when it was shameful to borrow money from somebody. And now they throw it at you!” Then he pulled a glossy brochure from the stack. “And look at this one. I can hardly understand what it’s about.”

I looked at the return address on the brochure: The Institute for Posthumous Fertility. On the cover was a collage showing a newborn baby, test tubes, and a modern-looking glass building. “I guess it’s some kind of reproductive technology,” I said.

“Reproductive technology?” He leaned close to me and whispered. “You mean like a dildo?” “No, it’s medical technology that helps people have babies.”

“What’s a man need that God didn’t put in his pants already?” For emphasis he tugged at the waistband of his sweats.

I opened the brochure and scanned the text, picking up random phrases like “sperm bank of the future” and “have children with your grandchildren’s children.” It described the Institute’s archival facility near Silicon Valley, California. It gave bullet points listing all the reasons you might want to save your egg or your sperm for

posterity. “The Institute for Posthumous Fertility believes,” the brochure claimed, “that in the future genetic material will be bought and sold like stocks and bonds. Imagine the income that could derive from the sperm of Leonardo or the semen of Einstein. You can provide for your heirs and your heirs’ heirs simply by making regular deposits to the Institute for Posthumous Fertility’s world-class repository for reproductive materials.”

I could imagine the marketing campaigns that would ensue once you had competing genetic products. Sperm donors would smear each other in the media, egg donors would take out print ads lambasting each other’s DNA. There would be nasty rumors about defective material, recessed genes, tendencies to deformity and disease. There would be seminal forgeries and ovular fakes, women weeping when they discover that devious lab techs have labeled the tubes “Einstein” but filled them with their own degraded emissions... If you couldn’t trust a bank with your money, how could you trust it with your posterity?

“Well,” I said, “this place is kind of like a bank.” I nodded back toward the ATMs. “Except that instead of depositing your money, you send in your sperm to be frozen and saved for the future.”

“Now why would anybody want to go and do a thing like that?”

“Lots of reasons, I guess.”

“Name one.”

“Ok,” I said. “Imagine a man your age has a wife of twenty. Maybe she’s not ready to have a baby, so she asks him to freeze some of his sperm so she can be sure to have it when she’s ready.”

“And then she has a baby when I’m dead?”

“Well—yes.” “But that’s an abomination!” “What do you mean?”

“It’s like those fellers who sneak into cemeteries and fool around with the bodies.”

I thought for a minute. I could see his point. It was astonishing, when you really considered it, that women who would shudder at the thought of copulating with a dead person would gladly conceive a baby with one. Reproductive technology had basically created a socially acceptable form of necrophilia, one that had no more to do with cadavers than beefless burgers had to do with meat.

“Well,” I said, “people don’t really think of it in those terms.”

“You’re probably right,” he sighed. “I don’t know what people think. I’m just an old man. What do I know? I just know meat.”

**Cruel  
and  
Unusual**

I was happy when I had my own cubicle. But then my employer expanded and decided to jam another computer—or worse, another person—into my space. Janice, my new coworker, tried very hard to be friendly. “So where do y’all eat lunch?” she asked, no doubt hoping I’d escort her to a chic corporate sushi bar.

She stood behind me and I could see her reflection on the computer monitor in front of me. The spreadsheet on screen cut her body into little numbered cells. If you dismembered her and put the parts in a box, you could mail it somewhere with the spreadsheet and they could use the numbers to reassemble her. “I eat at my desk,” I said.

“Oh.” She drooped a little and started to take the handbag off her shoulder.

“Everyone goes to the bistro across the street,” I said, fearing she’d stay. “Order the steak-frites.”

She left and I spread the latest copy of the local alternative newsweekly across the top of my file cabinet. I paged through the advertisements in the back, then made a furtive phone call. A heavily accented voice answered.

“Can you tell me what your rates are?” I asked.

“Two hundred for the hour, one-fifty for the half.”

“And where are you located?”

The voice gave an address and I hung up. I called several other numbers and repeated the same questions. I was not looking for the best price but rather the worst accent. I preferred girls who didn't speak English at all. That way there was no possibility of talking.

When Janice came back, she brought me a cup of coffee. "I didn't know how you take it, so I got it black and brought back cream and sugar."

"I don't drink coffee," I lied.

"Oh, that's too bad." She took up a perch on top of the file cabinet, evidently intending to chat. Carelessly she had sat right on the newsweekly, which was no doubt staining the back of her skirt with ink. I could imagine newsprint on her ass, blurry black letters that looked like they had been smoked into the flesh. If you were going to brand a person like a cow, I wondered, what words would you choose?

Janice leaned past my computer monitor to look at a picture I had tacked to the wall. "What is that?" she asked, trying to make small talk.

"Ruth Snyder."

"It looks like she's being electrocuted."

"She is being electrocuted."

"Creepy." She shuddered.

"That's one of the most famous photographs in the history of journalism. Ruth Snyder was found guilty of murder in a sensational trial in the 1920s. When she was

sentenced to die in the electric chair, over fifteen hundred people applied to witness it.”

“How awful... Are you into photojournalism?”

“No,” I said. “I’m into executions.”

After work I walked toward my appointment. I was still trying to decide what words to brand on Janice’s ass. Would I prefer a symbol? A slogan? A line of poetry? Suddenly I could imagine sexual mug shots. Instead of criminals holding placards of numbers beneath their faces, I envisioned asses branded with dockets and case numbers, breasts with identifications burned into them. I could see a wanted poster showing a penis tattooed with a barcode. I could see court clerks masturbating to photographs of criminal genitalia.

Finally I arrived at my destination, a crumbling brownstone just on the outskirts of midtown. There was a Chinese restaurant on the ground floor. The smell was sickening. I rang the bell, half gagging on the heavy odor of monosodium glutamate, and climbed the stairs to the second floor. A door opened, and I stepped into a shabby apartment. The light was dim. A television flickered. One girl was sitting on the floor eating noodles from a bowl. Another took my hand and guided me into a bedroom. She spread a threadbare towel on the bed and patted it. I took off my clothes and lay down. She wrapped her mouth around me and when she pulled back I was already wearing a condom. She took a bottle of baby oil from the nightstand and was about to splash it on herself when

I stopped her.

“What? You no want fuck?”

“Not yet, not so fast.” I spoke to her with the exaggerated simplicity you use for foreigners. “Slow, ok? Slow.”

I pulled her down on top of me. I could smell her breath close to my face— food smells. I wondered if her teeth were clean. When she put the condom on me with her mouth, did she leave chop suey saliva on it? Did my penis now smell like chicken chow mein? I could feel myself losing interest. I tried to imagine an old-fashioned typewriter, a keyboard attached to large metal prongs with engraved letters on the tips. You could heat up the letters in a fire, glowing red hot letters that would brand words into a body when you typed on the keyboard.

“You have lipstick?” I asked.

“Ripstick?”

“Yeah, lipstick.” I pouted and circled my mouth with a phantom lip liner.

“You give good tip,” she admonished. She got up from the bed and fetched lipstick from a purse. She started to put it on.

“No,” I said. “Give it to me.”

“You no want ripstick?”

“Give it to me.” I held out my hand.

She shrugged and handed it to me. She lay back down on the bed. I turned her over on her stomach and balanced the point of the lipstick over the small of her back. I wrote “China Doll, RIP” in two rows across her skin, effectively transforming

her back into a headstone. I could imagine an entire cemetery in which headstones were the backs of naked women. They would sit cross-legged in the grass on top of the graves, and the names of the dead would be scarred into their backs. Flowers would grow up between their legs and they would water them with urine and tears.

We changed positions and she straddled me with her knees on either side of my head. I licked her with the steady rhythm of a gravedigger. I started to masturbate, wondering how I wanted to finish. Then she moved down, grabbed a firm hold of my penis and guided it toward her vagina.

“No.” I sat up abruptly. “Don’t.”

“What? You no want fuck?”

“No, no fuck.”

She let go of my penis with disgust. “You have disease?”

“No, I don’t have any disease. I just don’t want to get a disease.”

She looked insulted. She mumbled something I didn’t understand.

She repeated it. “You scaredy-cat?”

“No, I’m not a scaredy-cat. I just don’t want to catch anything... It’s for your safety too.”

But she still looked insulted, almost angry. “What you do with girl outside?” She gestured with her head toward the door. “You no fuck?”

“Yeah, I fuck,” I said, lamely.

“Then why you no fuck me? You scaredy-cat?”

“No, I’m not a scaredy-cat. It’s just a girl outside, she probably hasn’t had so many men as...” I didn’t know how to finish the sentence. Not as many men as you, you hooker?

“Ha.” A contemptuous laugh told me I was stupid and naive. It was as if she had said, “Do you think every girl is a virgin? What a fool...”

“So what you want, scaredy-cat boy?” She was openly mocking me now. “You want me suck you? Or you too scared, scaredy-cat boy?” She chomped her teeth and grinned.

Frankly I didn’t know what I wanted anymore. I didn’t want this—I didn’t want to be mocked by a hooker. I felt humiliated but also indignant, tempted to spout the old adage about the customer always being right. At the same time, I felt a need to prove myself, fuck her hard, convince her I was no scaredy-cat by pummeling her vagina with my pelvis. And yet that wasn’t really what I wanted. Really I wanted her to lie very still on the bed, face-down, while I masturbated onto her epitaph. But I couldn’t do that now, I couldn’t trick myself into thinking she was something she wasn’t, not when she was obviously so—lively. So I paid her, reluctantly, but figuring it was better to lose the money than risk getting beat up by her Chinese mafia pimp. When I hit the street her voice still echoed inside my head, “You no fuck me? You scaredy-cat?”

I knew I hadn’t wanted a girl who could speak any English. On the way home I stopped at a tiny falafel stand. A fan blew heat from the stove into the seating area.

There were no other customers and the lone guy who ran the stand sat at a table staring at an Arabic news station on an old TV. I watched the exotic letters scroll by—headlines, pullquotes, captions—and thought of headstones made of television sets. Epitaphs would be broadcast by the Mortuary Network, and every few minutes the epitaphs would be interrupted for an advertisement, “This gravestone brought to you by the makers of...” There would come a day that corporate sponsors would pay for our burials in order to market hemorrhoid cream to our grieving families.

After eating I felt an overwhelming need to wash my hands and hurried home. Picking up the mail, I noticed three letters—one from a prison in California, another from a prison in Alabama, and a third from a prison in Texas. I usually received about two or three letters a day from various correctional facilities. I set these on the kitchen table and scoured my hands with dish soap. Then I took a seat and opened the first letter. It was from Maria. She was very passionate. She spoke of God and undying love and being together in heaven. Then I opened the second letter. It was from Linda. Linda wrote that she missed me and wanted to know when I was going to visit again. Then I opened the third letter. It was from Christa. Christa expressed all kinds of self-doubt. She loved me but she didn’t understand how I could love her, given what she’d done. She felt like a bad person, and it made no sense that a nice guy like me would care for her.

This outpouring of love and affection made me feel much better. I thought of the Chinese hooker with contempt. Did anyone write to tell her how loved she was? Probably not. She was just an old rag. Men wiped their sperm on her and threw her in the trash. I took a legal pad and a black felt-tip marker from a drawer and sat down

to write. “Dear Maria,” I began. “Jesus is our Cupid. When our love is in God and God is in our love, nothing can stand in its way. What are jail cells and prison guards before the will of the Lord? Nothing! If He can part the Red Sea, he can unite two who love each other with a passion such as ours. You write of being together in heaven, but I know that you will be exonerated one day, and then our heaven will be here on this earth.”

I signed it and began the next letter. “Dearest Linda,” I wrote. “I think of you constantly. I count the seconds until I can come back to see you. I need you, I want you, and I know that one day, when you are exonerated, you’ll be mine—all mine and mine alone. I love you and will come to visit at the first opportunity. It’s just that Alabama is so far away, and I only get one week of vacation...”

The telephone rang. The answering machine picked up, and I could hear my mother’s voice through the speaker. “Are you there, dear? Pick up. Pick up. Are you there? I guess you’re not there. Call me when you get home.”

I remembered the last time I’d visited Linda. We’d had a kind of phone sex inside the non-contact booth at her maximum security prison. Sitting across from her, emitting sweet nothings into the intercom, pressing our hands together against the Plexiglas divider, I had thought of the similar booths at peepshows. In both places, I was free to leave while the girls were constrained to their little clear booths. It tended to make me think of inmates as exotic dancers doing a bump-and-grind in the great peepshow of crime and punishment—va va voom on death row.

I finished Linda’s letter and started on Christa. “Darling,” I wrote.

“You ask how I could love you. How could I not? Just because you once did a bad thing does not mean you are a bad person. When I look at your picture, I see your beautiful eyes—the window to the soul!—and know that you are good. I see your smile and know that you are kind. I see you—the entire woman—and know that you are mine. One day you will be exonerated, I know it, and then we will be free to live and love in peace and harmony. I know it! I love you.”

Taking off my clothes, I went into the bedroom and lay down. In Texas, Christa would probably die by lethal injection. In Alabama, they had recently used the electric chair on a woman, but I wasn't sure they still would by the time Linda's appeals failed. I'd have preferred she die by the electric chair, like Ruth Snyder. I could see her bouncing in the chair like a stripper giving a man a lapdance—but it was not likely to happen. The electric chair was plainly going the way of the guillotine, the gun squad, and the gas chamber. Lethal injection was the capital punishment du jour. Probably they would use it on Maria in California too.

In the morning, I got out of bed and picked up the tissues I'd tossed on the floor. The sperm had dried in them overnight, so they were crusty like a stale croissant. I flushed them down the toilet, watching them disappear like sodium thiopental in the veins of my beloved, and then I took a hot shower. In the narrow stall, I imagined what it would be like to make love in a gas chamber.

On the subway, I drank black coffee and tried to read the headlines on other people's newspapers. It was astonishing how many different languages there were: Spanish newspapers, Korean newspapers, Yiddish newspapers. But you didn't need to read the headlines to know what they all said, because they all had the same

pictures and the faces in the pictures all belonged to people dying, dead, or indicted for murder.

Finally I arrived at my therapist's office. The receptionist ushered me in and I settled into a comfortable chair across from the doctor's desk. After a moment he stepped in through a side door. He looked like he had just come from the gym: his hair was slick, his skin glowing, his clothes neat and clean over his compact, athletic figure. I could imagine him pointing to the floor and ordering me to give him fifty push-ups. But instead he smiled and shook my hand as though I were an old friend he hadn't seen since medical school.

"So what's on your mind today?" he asked.

I looked at the floor. "Well," I mumbled, "if you don't mind my saying so, I wish you wouldn't shake my hand like that every time I see you."

"Why not?"

Really it was because it afflicted me with an unbearable urge to wash. Throughout the entire session, I was already imagining myself in the bathroom at work, scrubbing my hand. "You're not my best friend,"

I said. "When you shake my hand like that, it seems really disingenuous."

"It's not fake," the doctor insisted. "I'm glad to see you. I'm genuinely curious to know how you're feeling. A handshake is an expression of my regard for you as both a client and a person."

"Maybe," I allowed. "But how could you care for me as a person?"

We only meet because my insurance pays for it.”

He laughed. “Do you think I’m a mental health provider or a mental health prostitute?”

“If I had to choose…”

He leaned forward in his chair and clasped his hands over his desk.

“This isn’t really what you want to talk about, is it? Is this really about something else?”

I said nothing. He watched me a minute, waiting for me to begin the dialogue. Finally he loosened his collar and glanced out the window.

“It’s a hot day out,” he offered.

“I guess.”

“Are you still corresponding with those—” He hesitated. What should he call them—women or convicts?

“Yes,” I said.

“How many?”

“Nine or ten.”

“All on death row?”

“Yes.”

“Have you given thought to the fact that these women are very vulnerable? Is it fair for you to build up their hopes or toy with their emotions?”

“They’re murderers.”

“Does that justify exploiting them?”

I looked at the floor. “I don’t know.”

“And what about you? Why don’t you go out and get yourself a regular girlfriend?”

“What’s regular?”

“Regular—I mean not in jail, not condemned to die.”

“But aren’t we all condemned to die?”

“In a certain sense, yes. But you can’t let that interfere with life and living. Odds are you’ve got a lot of years left in you.”

“So have they. It can take years until they run out of appeals.”

“That may be,” he conceded. “But even so, these women are incapable of maintaining a normal relationship. You can’t go to the movies, you can’t take them out to dinner, you can’t bring them home to bed.”

“I secure visitation rights by marrying one at a time. When one’s executed, I just marry another one.”

“But it’s—” He seemed tempted to say unhealthy, but he stopped himself. “It’s frustrating for you, isn’t it?”

“Not really. I like it this way. I don’t have to see them or speak to them any more than I want to.”

“Are you afraid of people?”

“What do you mean?”

His voice rose a little, and I had the distinct impression that he might order me to do a hundred push-ups. “I mean,” he said, standing up, “what are you afraid of?”

“Afraid of?”

“Are you afraid of people?”

“You think I’m some kind of scaredy-cat?”

“Are you?”

“You’re the expert, doctor. Is that your diagnosis—scaredy-cat syndrome?”

He walked to the window and looked out over the parking lot. It was easy to see that he was exasperated. He clenched his hands together behind his back. In his mind, he was probably smashing a serve or nailing a volley. I think he was annoyed with me, as though I were a doubles partner who refused to take the game seriously.

He turned to face me. “What exactly do you hope to achieve from these sessions?”

“I don’t really have a goal,” I said.

“Then why do you come?”

“To talk.”

“Don’t you have any friends?”

“I prefer to pay for it.”

“Why is that?”

I thought about the hooker. “I don’t know,” I said.

“Is it because it gives you control? Is that why you like these women on death row? Because it gives you control?”

“I don’t know,” I said.

“Well, if I asked you to think about it, what would you say?”

“I don’t know. I’d have to think about it.”

He sighed and looked at his watch. He picked up my case folder from his desk, took a fountain pen from his pocket, and made a note.

“During our next meeting, we should try to establish a broader goal for these sessions.”

“Ok,” I lied. “I’ll think about it.”

He closed my case folder. “Since I know it bothers you,” he said, watching me stand up to leave, “I won’t offer you my hand.”

**Death**

**Drive**

In the parking lot there were spaces clearly marked for prospective patients. I parked between the two glaring orange lines defining the space that had been reserved for me by the omniscient power that knew I would come. I already felt hemmed in. The parking lot was a moral system painted on the ground. It told you the right and the wrong way to park. It told you which direction you could face and how much space you could occupy. It prohibited you from blocking your neighbors or boxing them in so they couldn't drive away. And yet—what was stopping me from ramming my car into the platinum Lexus that no doubt belonged to the resident neuropathologist?

Nothing. Nothing was stopping me. I could ignore the orange grid on the black asphalt—I could ram my neighbor—if I really wanted to. That was the essence of it. I had driven here and parked politely because I wanted to. I thought it would be good for me. I thought I needed it.

I looked up at the angular glass building, six stories of sexual psychopathology discreetly situated in a corporate park in suburban New Jersey. Here, everything was carefully manicured—the grass had been seeded, the trees had been purchased from nurseries, the placid ponds and gently rolling hills had been sculpted by bulldozers. It made you doubt the reality of the sky, its skittish sun and unpredictable clouds.

The SexPath Clinic was a boutique medical service catering to upper-income “victims” of sexual pathology. When a securities analyst was arrested outside a Catholic school in Connecticut, where he had been attempting to buy the cardigans of adolescent schoolgirls for one hundred dollars a sweater, this is where he came for a program of erotic deconditioning. When a professional tennis player was discovered committing lewd acts in the bathroom of a sports arena, he was able to save his lucrative endorsement contracts by signing himself into SexPath for intensive erotic normalization. And when I first came to the point where I thought I should be an active rather than a passive pervert—when I started to think I should kill, rather than wait for chance and circumstance to throw decent-looking dead bodies my way—I realized that perhaps I too needed SexPath.

But what would they do to me in there? I studied the building, trying to see something—anything—through its glass walls, but their highly polished surface only reflected the neat grass, the trimmed trees, the placid ponds. A pickup truck rolled to a stop beside one of the manmade lakes, and I could make out the lettering on its side: “Geese Police. Get the flock out of here!” Evidently they—the corporate owners—didn’t want nature shitting the place up. But what did the geese police actually do to the birds, I wondered. Shoot them? Condition them to keep away? Probably they received little electrical shocks when landing on the surface of the ponds.

It seemed symbolic. I too was a goose. I had come to have myself conditioned, redeemed, put back on the straight and narrow. But how would they do it? What would they do to me in there? It seemed impossible that the normal forms

of therapy could disabuse me of my fetish. I didn't see how sitting in a group of repentant perverts and comparing experiences could prevent me from acting on the unnatural lusts I felt. I didn't see how lying on a couch and talking about my mother could uproot a fundamental titillation at all things morbid. I didn't see how any of the usual psychoactive drugs could suppress the strange delight I took in the presence of a body that smelled like moldy bread.

They must have other techniques, I said to myself. But what? They could give you a specially tailored emetic that would induce vomiting at the sight of a cadaver. They could put you through a gentle reconditioning program: hookers would imitate corpses and then slowly come around as you fucked them, thus habituating you to sex partners that lived and moved and breathed. But then again, hardcore necrophiles might react psychotically and murder the hookers. Malpractice insurance alone would surely prevent the clinic from taking such a risk. Besides, a bona fide necrophile would never be taken in by a comatose hooker. She would smell too good. Her skin would be too warm. Her breasts would be too jiggy—the real necrophile likes rigor mortis tits, breasts with hard shells like exoskeletons.

So how, I wondered, looking up at the impenetrable glass building, how would they cure me of this craving? What techniques would they apply? Aversion therapy? Possibly. They could require me to have sex with increasingly rotten cadavers, in the hopes that at some extreme point a fundamental repulsion with decay would cause me to repudiate my repellent predilection. Or perhaps they could force me to dig a grave with my penis, scrape it along the ground like a hoe, and as my penis grew blistered and raw and then ultimately calloused, perhaps I would come to understand

the inherent wrongness of what I had been prone to do with it. The culmination of this therapeutic approach would involve burying someone—a weeping family would indict me with their tears while I used my penis to push dirt back into the grave of their loved one. Theoretically, I would never be able to experience an erection in the presence of a dead body without seeing the scars on my penis and recalling the grief of that poor bereft family.

But the problem with this approach was that it excited me. The mourners became cheerleaders in my sick fantasy of punishment. Their tears lubricated my desire. Probably I would ejaculate in the dirt of the grave before being able to finish burying—

Ring.

It was my cell phone. Ring.

“Hello?”

“Hi, it’s Junie.”

“Hi, Junie.”

“Compare and contrast Existentialism and determinism.”

I laughed. My little sister was in her second semester at Princeton and had developed a habit of calling with recondite questions. “Well,” I said, “determinists believe that everything is preordained, either through God or through fate. Existentialists believe the opposite—that man is free to make his own decisions.

There's a quote by Dostoievski that textbooks always use: 'If there were no God, everything would be permissible.'"

"Oh, that's great. That's a great quote. Let me write that down. Can you repeat it?"

"If there were no God," I said, enunciating carefully, "everything would be permissible." "That's great," she enthused.

"Where did Dostoievski say that?"

"I don't know."

"I'll check on the internet." She thanked me and hung up.

I sat there in the car, brooding. The motor was still running— should I drive away? Or should I go in? I looked at the clinic. What did they do to people in there? What would they do to me? Drug me? Shock me? Lock me up? I sat there absentmindedly playing with the keys in the ignition and imagining what would happen. I could see myself approaching the front desk, filling out forms, squirming with embarrassment as I admitted what my problem was. A doctor would interview me, an orderly would lead me to a room and introduce me to my new roommate, a coprophile from White Plains. And the next morning, the treatments would begin...

But what kind of treatments? The ones that I could imagine working were treatments I could not imagine anyone performing or permitting. They could kill my sister, for example, or my mother, and oblige me to have sex with the corpse. Though Junie was attractive, all in all I would have been aggrieved and appalled. The same with my mother—it would sicken me. But then again, it would sicken me to have sex

with my mother if she was alive, too. Besides which, I highly doubted this could be an accepted approach to the treatment of any perversion. In the first place, it was illegal. In the second place, there may well be certain sick individuals who would relish such a mixture of incest and necrophilia. In the third place, though it might disgust you to have sex with the cadaver of a family member, there is no guarantee you would therefore swear off cadavers as such.

Perhaps, I thought, SexPath took a different approach altogether. The smart thing might be to saturate the fetish, overwhelm it, kill it with kindness. If a child pesters for chocolate, force him to drink a gallon of chocolate syrup. Odds are he'll puke and never ask for more—and the same might apply to necrophilia. You sign in to the clinic, and at first you think you've found heaven. They supply you with bodies, as many as you want. (Where do they get them? Organ donors. Once all the kidneys, hearts, and livers have been removed, the human husks are donated to science. And rather than forensic schools receiving them for their section labs, a few get squirreled away by clinics such as SexPath, where they are utilized in the treatment of morbid perversions.) After a month of this, the Law of Diminishing Kicks sets in. You get bored fucking the same old cadavers, day in and day out. You start to long for something different, something new—at the limit you long for something so different that it's not even dead anymore, it's alive. And at that point you're cured.

But how do they presume to cure necrophilia, anyway? Is perversion really pathology and sickness? They used to try to cure women of frigidity and men of homosexuality. Now that had fallen out of style. Feminists blamed frigidity on men and their "culture of rape." Homosexuals formed political interest groups. Maybe

perversion was not illness after all. Maybe every form of deviance was just a potential force of union and community, one that had not yet organized itself into political lobbies, self-help groups, bowling leagues. Maybe one day necrophiles would have their moment in the sun too. Why not? Once you grant social legitimacy to one sexual proclivity, what's to stop the others from demanding their rights too? Homosexuals were simply a vanguard that had blasted open the gates for a future army of perverts. It would be like the barbarians sacking Rome.

I looked over at SexPath again. A security guard had left his post behind the impenetrable glass walls to smoke a cigarette outside. I could imagine—and I enjoyed imagining—a horde of perverts rushing up, throwing him to the ground, assaulting him. Uniform fetishists would strip him of his clothes. Sadists would tie him up. Homosexuals would rape him. Psychopaths would kill him. Necrophiles would amuse themselves with the corpse while the rest of the horde rushed into the clinic to free the patients. Soon chairs would be hurled through the windows and examining tables pushed through the walls. Smoke would seep out through shattered panes of glass. Orderlies would be lynched and the resident neuropathologist would be tried in a spontaneous people's court for his crimes against the free expression of sexual eccentricity.

It was a nice fantasy. I lowered the driver's side window, half hoping to hear screams and smell smoke. But it was quiet, except for the sound of a distant lawnmower, and the air was perfectly pure, a potpourri of flowers and cut grass. I shut the window, retreating into my world and leaving SexPath to its glass tower. I knew what I really wanted now. I threw the car into reverse and stepped on the gas.

The car hurled into the platinum Lexus behind me, smashing the rear end. The bumper was mangled and the red plastic shell of a taillight hung precariously from a wire, like a severed limb dangling by a nerve or an artery. I smiled, happy, and raced back to the turnpike to continue on my own merry way.

**Shriek**

**Freak**

I want to hear you scream. I like to hear you scream—not in anger or exuberance, not in pleasure or in pain. I like to hear you scream in fright. I like to run up behind you in the dark or pop out from some bushes when you're alone in the park. Boo! I like to push fear inside of you, penetrate you with fright the way other men penetrate you with their cocks, and then I like to hear the sound you make, the sigh of pleasure amplified to a shriek. Fear fucks you, fucks you hard, with passion and intensity, and you express how much you love it when you open your mouth in a great wide wail. Oh, the naughty blisses I have known, climactic panics and orgasmic horrors...

There are so many delicious types of terror, so many darling brands of dread. Some women worry about worms, others take fright at black flies. There are nymphomaniacs with their neuroses, virgins with vertigo and whores afraid of heights. You can slip a spider inside a starlet's stilettos or a snake inside a schoolgirl's sneakers and scare up a squeal of ecstasy. Arachnophobia, bacteriophobia, claustrophobia, demonophobia, electrophobia, frigophobia, gymnophobia—these are all sweet spots to me, the places I touch you to bring out the fear. I put a frog in your hat—you scream—it's music to my ears.

How did I get to be this way? How did I learn to delight in dismay? Blame Dracula. Blame Frankenstein. Blame monsters and ghouls and celluloid homicides. Blame Hollywood and b-movies and special effects galore. Blame blood and guts and horror and gore. Blame—mommy. When I was a wee little freak, a pubescent

perv, a fetishist with a future, I saw Dracula bend over a buxom babe, bare his fangs, incline toward her cleavage—and then—as he began to descend—darkness! I couldn't see! But I could hear—and oh, what things I could hear. Moans—gasps—shrieks!

Was it sex? It had to be. Why else would mommy blindfold me with her hands?

When the screaming was over I saw the blood trickling down into the cleavage, the crimson cum shot, the vampire titty fuck. It excited me. It made me want more—but more what? Did Dracula fuck his victims in the neck? Did he use those ferocious fangs to commit a kind of creepy cunnilingus on them? Did he drink blood from their clits? I didn't know. I hadn't seen. But I did know what it sounded like—very intense, uncontrollable, spasmodic. It was like a sudden urge to vomit, except it came boiling up out of the voice box, a raw, primitive sound, undifferentiated vocalization, primal noise, a vent in the shell of the self-giving way to an ejaculation of fiery magma, burning tongue and exploding brain bursting in the air, an aural eruption sending shards of white cranium hurtling through infinite black space, the reverberation of a supernova.

That's what it means to climax, I thought. That's how a woman has an orgasm. She explodes in space, and the ear-piercing scream you hear is the sonic boom as she achieves escape velocity. Afterward she drifts back down to earth attached to a parachute gently shaking in the wind, and she lands in the ocean.

That's what I thought. That's what I heard when I listened to the cassette tapes I had cobbled together, holding my recorder to the speaker of the television during horror show reruns. I had entirely confused pornography with fright night. I thought fear was foreplay and panic fornication. But the joke was on me, because I had only set myself up for the big shock. I fingered Kristin in the back of my car and she panted and I shut my eyes, focusing on the sounds she made. And it sounded like somebody whispering, or tossing her head in an unpleasant dream. There was also something vaguely rodent-like about it, a scampering of the lips, as though orgasm were a piece of cheese in a trap and she were nervously trying to grab it without the trap snapping on her.

Afterward she lay there, quietly giggly. "I'll blow you," she offered, laying her head in my lap. She rubbed and I could feel her hair against my crotch. I thought of skinny-dipping in a pond full of seaweed. My penis was an eel. It just lay there in the mud at the bottom of the pond, waiting, waiting for something to call it forth. Kristin reached her hand inside my zipper—but I wasn't interested. I wasn't excited. This wasn't what I wanted. I was disappointed by sex. I had wanted to plant a bomb in her belly, trigger it, hear it explode. The air and debris would rush up her throat, blow out her teeth as it escaped from her mouth in an earpiercing shriek—and simultaneously, in my version of a mutual orgasm, I would experience the crimson climax, the spurt of blood between the breasts, the vampire titty fuck.

But that's now how it happened. I pushed her hand away and drove her home. Then, as I was driving away from her house, I saw a jogger on the side of the road—blonde, middle-aged, with large breasts bouncing inside a white jogging suit. I

passed her. I turned around. I passed her again. She moved to the very edge of the road. It was night. I pulled into Kristin's driveway and turned around again. I rolled down the window. I turned off my headlights. I held my tape recorder out the window. I barreled down on the jogger. I flicked on the headlights. She screamed. I pointed the tape recorder at her. I slammed on the brakes and u-turned. I raced back, still holding the tape recorder out the window. "I'm going to kill you," I hollered.

"Aaaaaaaahhhh!" she screamed.

I sideswiped her, knocking her into the grass.

"Aaaaaaaahhhh! Help! Help!" I u-turned again. She stood up and stumbled.

I raced up. "I'll kill you, bitch!"

"Aaaaaaaahhhh!" she screamed, diving into the water in the ditch.

I flew past her, driving on until I reached the state park a few miles down. I pulled into the access road. I rewound the tape. I played it. I rewound it. I played it—and as she screamed for the seventeenth time, white sperm spurt across the speedometer, a needle of semen going from zero to sixty in the space of a gasp.

I had discovered my modus operandi.

I would pick up girls—"C'mon, hop in the back"—then hurtle through nocturnal space, threatening to knife them, shoot them, dump their bodies in a swamp. They would scream—I would tape—they would shriek—I would record—they would beg for mercy—I would threaten to kill. Sometimes they'd open the back door and fall out on the deserted roadway, then I'd try to run them down, never

hurting them, only fucking them with fear, titillating myself with their terror, pleasuring myself with their panic.

There were white girls and black girls, rich and poor, old and young, tall and short, fat and thin. It didn't matter what a girl looked like, because I had no concern for her visual appearance. All I cared for were her vocal chords, her mouth, the sound she made vomiting up dread. And in truth, I discovered that if you frighten girls well enough, if you really attack the g-spot of terror, they all sound alike anyway. What comes up is no longer black or white, young or old, tenor or bass, but a kind of universal noise, the rush and roar of horror, the diaphragm bursting in panic and sending a gush of primal existence hurtling up the throat, a boiling lava that melts the teeth and flares up into the air, a burning rain of bone and blood, a basic will to live transformed into a viscous spume that sprays its fear of death across the sky—for all fear reduces to fear of death, and all screams are the screams of the dying, and thus to delight in dismay, to revel in panic, to eroticize your nightmares and get off on your fears, amounts to an aural love of morbidity, an acoustic kiss of death, a necrophilia for the ears.

**Fragment  
of  
a  
Love  
Letter**

It was March rain, a cold rain, rain that had been cooled by winter but not yet warmed by summer. It wasn't refreshing or invigorating, like some rains can be. There was something terrifying about it. The clouds acted as cover for malevolent angels shooting machine guns out of the sky. The raindrops had cores of ice. You wouldn't want one to hit you in the eye. It would plow right through to your brain and kill you. That's the kind of rain it was. Homicidal. I opened the car door for you and you got in. You plugged your cell phone into the cigarette lighter. You looked in the rearview mirror and put on lipstick. I thought you might just drive away. We'd been fighting. I knocked on the window. You opened. I leaned my head in. You could have raised the window and decapitated me. You could have trapped my head in the window frame and hit the gas on the car. You could have dragged me down the street until my body came loose from my head. But you didn't. You kissed me and then you drove away. I watched you go. I was glad we'd made a gesture of reconciliation before you left. I was worried that the rain would turn into ice on the highway. The car would hit a patch of black ice and slam into the concrete abutment. You would bash your head against the windshield. A speeding SUV would be unable to stop and would plow into you from behind. The force of the impact would throw you a hundred yards from the vehicle. You would land in oncoming traffic. A green truck hauling Perrier water would plow over you. It would crash and carbonated water would smear your blood across the highway. Night would come, the rain would stop,

and it would freeze. There would be new sheets of ice across the road, ice made of your blood. I never loved you more than that moment you drove away and left me standing there in the homicidal rain. There was something about the prospect of your death that piqued my feelings for you. It was not that I wanted you to die. It's just that the thought that I might never see you again—the thought that you'd be lying there on the cold wet pavement, murmuring my name for the last time—agitated my love, excited it, made it sharper and more poignant. I realized, as I turned to walk back into the house, that you would call me on your cell phone in ten minutes. I realized that you wouldn't die. And yet I also realized that the prospect of death—the miniscule, entirely unlikely prospect—fired my love in a way that your presence could never do. Alive and in my arms, you were a source of happiness, but also of frustration and resent. That's natural. But dead and in my dreams, you were a source of pain—and therefore love, I was forced to conclude, was more fully itself in this condition than in the actual routine of life. The cliché is that love should be forever. But eternity is precisely what flattens and destroys love. If familiarity breeds contempt, just imagine how familiar you can get with a person after a thousand or a million years. God forbid we should both go to heaven. Its endlessness would make us hate each other. Better for you to be in heaven and me in hell. We would long for each other, dream of each other, idealize each other. You would rail against God, since He was keeping you from consummating your love. I would send smoke signals from my pit of brimstone—love letters that smelled like sulfur and made you choke. Maybe we would even try to sneak off to purgatory for illicit rendezvous. You'd be an angel and me a demon, with horns and hooves like a goat, but that wouldn't detract from our passionate reunion. Your golden halo would shake while we fucked.

I'd take you from behind and the feathers on your wings would tickle my snout. Doesn't it sound romantic? That's just the point. When we're together, love is assailed from all sides by little imperfections. I smell. I belch. I fart. I shit. How can you possibly feel romantic about me? And you—you're no angel. You whine. You piss and moan. You bitch and kvetch. You make me wish I'd go deaf sometimes. When you talk, I fantasize about sticking knitting needles in my ears and perforating my ear drums. And if I actually did it, stood there with blood running out of my ears and down my neck, you'd probably stop bitching. All the little imperfections would disappear before an enormous swell of love and concern. You'd run to me, comfort me, hug me and hope I didn't hemorrhage to death. Violence, in short, would sharpen your feelings—just as they sharpen mine. But this is a precarious equation, a fucked-up formula, a recipe for indubitable disaster. If death, or the prospect of it, makes love better, where do you draw the line? For example, is it acceptable—is it psychologically healthy—to fantasize about the death of the woman you love precisely in order to love her better? There is something deeply twisted about imagining you dying in an automobile accident just so I can say the four-letter L-word. And yet, suppose that it's acceptable to fantasize about you crashing into a concrete abutment, since a fantasy is just a fantasy. Would it also be ok to fantasize about killing you? Must you only die in accidents? Why can I not daydream of stabbing you in order to make myself love you more? Does it matter what happens to you in my dream life if in reality I'm a nicer boyfriend? A more sensitive husband? A more loving lover? And what if fantasy edges over into reality? We're driving down the highway. I'm behind the wheel, going too fast. I'm swerving in and out of the passing lane. I play chicken with the other cars. You're gripping the seat. Your

knuckles are white, like bone. I sideswipe a taxi and speed off, laughing. "What's the matter with you?" you shriek. I look at you with eyes like full moons. I'm just doing it because I think it's romantic. Death makes me love you. I think death makes you love me too. I explain it all to you and you understand. So we continue on jeopardizing our lives and those of the people around us, just to feel closer. Is that ok? If I run over a little boy riding a bike, will the jury absolve me if I say I did it not out of malice or negligence but out of love?

**Christmas  
for  
the  
Sick**

At lunch I joined some doctors in a conference room. Decorations had been hung but it did not look particularly festive. Primping the room for Christmas was like using wrapping paper for a tourniquet or sewing up a wound with tinsel. It was good cheer misdirected. There were children dying of incurable diseases upstairs.

Still, that didn't stop anyone from celebrating. There was turkey with stuffing and cranberry sauce, and a few bottles of liquor to make merry. A trauma surgeon told a funny story about operating on a drunk driver in the emergency room. "There were reindeer on his boxer shorts," he said, making a joke about how all the deer were red-nosed from blood.

Everyone laughed. The radiologist on my right selected a bottle of mescal from the booze on the table and poured some into a clear plastic cup. He tilted the bottle toward me, grinning, and I held out my cup for a shot. We all must have been thinking the same thing—if the drunk driver's shorts were bloody, what had happened to his penis?—because a pediatrician started telling a story that had happened to him during his residency. A teenaged boy had been brought to the emergency room after trying to castrate himself. "Unfortunately," laughed the pediatrician, "he didn't understand that castration is not, in the technical sense, amputation."

An oncologist held out a bone from a turkey leg and let it drop into some cranberry sauce. “Did you reattach it?”

The pediatrician grimaced. “I couldn’t. The boy’s mother didn’t bring it along. She couldn’t bring herself to pick it up.”

“She could have used a Pooper Scooper,” said the radiologist.

“Or a pecker picker-upper,” a male nurse suggested.

“Better yet,” said the oncologist, picking the turkey bone out of the cranberry sauce, “she could have used shlong tongs to put it in a cock sock.” He rolled the turkey bone inside a cocktail napkin and held it up.

“Does this lesson in gross anatomy amuse you?” asked the doctor to my left, a Brit by the name of Dr. Peterson. “Believe it or not, it’s not unusual to see a patient who’s tried to cut his member off. But I once had a man who did the opposite. He blew his whole body off.”

I downed my shot of mescal. I could feel it burn in my throat. “What do you mean?”

“Back in London we had a car bombing once—the IRA, you know. The emergency workers recovered all the body parts of all the victims, but we had a certain appendage that we couldn’t account for. All the male bodies had their penises, but we had a penis that had no body.”

“So it must have belonged to a female,” I said. “A hermaphrodite, or a pre-op taking hormones.” I do not know why I thought this was funny—was it the drink?—but I laughed and reached for the bottle of mescal to pour myself another shot.

Dr. Peterson was perfectly serious. “All the women had their genitalia as well.”

“Then where did it come from?” I asked, still holding the bottle in my hand. “There must have been another body. The emergency workers must have missed it.”

“In the western world, there are never unrecovered remains. People always claim their dead.” “What if the bodies are mutilated beyond recognition?”

“We have very sophisticated identification techniques: dental records, fingerprints, DNA...” “So where did this severed penis come from?”

“It could only have been the bomber.”

“How so?” I burped, and the alcohol burned up into my mouth again.

“We hypothesized that the bomb exploded prematurely. The bomber’s car must have hit a bump in the road and set off the bomb accidentally. He was probably carrying it on a plank or a board in his lap. The plank protected that one area, and everything else was literally blown to smithereens.”

“How come no one came forward to claim the—?”

“The remains? Who would? And what would they do with it?”

Just as I started to imagine a specimen jar full of formaldehyde, or perhaps one of those little coffins they put infants in, the radiologist reached in front of me. I

was still holding the bottle of mescal in my hand. “If you’re not going to pour,” he said, “allow me.” He took the bottle and, as he tipped it into my cup, the gusano slipped out. “The worm!” the radiologist hollered. “He’s got the worm!” Soon the doctors were banging with their fists on the table and cheering rhythmically. “Eat it. Eat it. Eat it.”

I watched the worm, a pinkish nub of flesh swirling in the alcohol, and thought of the bomber’s remains. What would his survivors do with it? Bury it in a tiny grave the size of a beer bottle? Or would his widow keep it on the mantle in a jar of formaldehyde? And if so, would she ever be tempted to take it out and—well—in a moment of loneliness... After all, it was a genital, and in the final analysis there’s not much you can do to guarantee the sanctity of your remains. “I’ll just cremate myself,” you say—but then some weirdo comes along to ejaculate in your urn and stir his semen into your ashes with a finger. For every type of cadaver, I thought, there must be a corresponding type of necrophile. Nobody is safe. Just because we cease to make active use of our sexual organs does not mean that others won’t make a passive use of them. In death we become defenseless and, to necrophiles, irresistible. Every cadaver is a sex object, and in that sense the terrorist who blew off his body is a symbol of our common fate. In the end, we are all of us reduced to a dead genital.

I felt a nudge in the ribs. “Go ahead,” said Dr. Peterson. “The gusano is not really a worm. It’s a butterfly larva. Think of it as a thing with the potential for great beauty. Go ahead. Do it.”



